



Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

Sello Editorial

**Conflicto armado en Tibacuy:
narrativas, procesos
y perspectivas**



CONFLICTO ARMADO EN TIBACUY: NARRATIVAS, PROCESOS Y PERSPECTIVAS

Autores:

Alfonso Alberto Angarita Buitrago

Ana Mónica Grismaldo Moreno

Héver Míguez Monroy

Grupo de investigación:

FISURA

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA – UNAD

Jaime Alberto Leal Afanador

Rector

Constanza Abadía García

Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza

Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres

Vicerrector de desarrollo regional y proyección comunitaria

Édgar Guillermo Rodríguez Díaz

Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Julialba Ángel Osorio

Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Leonardo Sánchez Torres

Vicerrector de relaciones intersistémicas e internacionales

Myriam Leonor Torres

Decana Escuela de Ciencias de la Salud

Clara Esperanza Pedraza Goyeneche

Decana Escuela de Ciencias de la Educación

Alba Luz Serrano Rubiano

Decana Escuela de Ciencias Jurídicas y Políticas

Martha Viviana Vargas Galindo

Decana Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Claudio Camilo González Clavijo

Decano Escuela de Ciencias Básicas, Tecnología e Ingeniería

Jordano Salamanca Bastidas

Decano Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias y del Medio Ambiente

Sandra Rocío Mondragón

Decana Escuela de Ciencias Administrativas, Contables, Económicas y de Negocios

Conflicto armado en Tibacuy: narrativas, procesos y perspectivas

Autores:

Alfonso Alberto Angarita Buitrago
Ana Mónica Grismaldo Moreno
Héver Míguez Monroy

Grupo de Investigación: FISURA

303.62

A581

Angarita Buitrago, Alfonso Alberto

Conflicto armado en Tibacuy: narrativas, procesos y perspectivas/
Alfonso Alberto Angarita Buitrago, Ana Mónica Grismaldo Moreno,
Héver Míguez Monroy [1.a. ed.]. Bogotá: Sello Editorial UNAD /2022.
(Grupo de Investigación: FISURA)

ISBN: 978-958-651-846-8

e-ISBN: 978-958-651-847-5

1. Conflicto armado 2. Tibacuy (Municipio de Cundinamarca) 3. Desplazamiento forzado 4. Grupos armados 5. Víctimas del conflicto armado I. Angarita Buitrago, Alfonso Alberto II. Grismaldo Moreno, Ana Mónica III. Míguez Monroy, Héver.

ISBN: 978-958-651-846-8

e-ISBN: 978-958-651-847-5

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades - ECSAH

©Editorial

Sello Editorial UNAD

Universidad Nacional Abierta y a Distancia

Calle 14 sur N.º 14-23

Bogotá, D.C.

Noviembre de 2022

Corrección de textos: Armando Robledo Rico

Imagen de portada: Cristian Camilo Sánchez Moreno. Estudiante de Comunicación Social UNAD

Diagramación: Natalia Herrera Farfán

Edición integral: Hipertexto SAS

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional.

https://co.creativecommons.org/?page_id=13.



CONTENIDO

Perfil De Los Autores	6
Un preámbulo	7
Introducción	9
El comienzo: una ruta de comprensión	9
Algunos antecedentes	10
¿Cómo se fue transformando en académico lo cotidiano del lugar?	11
El escenario metodológico	12
Las herramientas	13
La organización del documento	14
Capítulo 1.	
Relatos de desplazamiento en Tibacuy	18
El desplazamiento forzado	19
Tibacuy, territorio estratégico	20
Intimidar y humillar: despojo del sujeto y la tierra	21
Huir y reponerse: salvar la vida	23
Martha, proteger la familia	23
Teresa, cuando volver es perder la vida	25
Lida, bases resilientes de emprendimiento	27
Ser desplazado, una identidad imputada	29
Creencias	30
Una experiencia sorprendente	30
Aprendizajes para compartir	31
La familia en el centro de atención	32
Asociarse, punta de emprendimiento con el ejemplo de Minga Activa	32
Por otra mirada hacia los desplazados	33
El conocimiento como orientador de la acción	34
El desplazamiento, en un marco de tensiones locales	35
¿Desplazarse o aquietarse?	35
El refugio de la identidad: ¿víctima o superviviente?	36
Capítulo 2.	
Entrelazando voces para la paz. El homicidio en Tibacuy	40
Un riesgo digno de asumir	44
Como una bola de nieve	48
Una historia sin final	50

Capítulo 3.

Desaparición forzada en Tibacuy: contextualización y experiencia	55
A modo de acercamiento: algunos casos representativos	56
Sucesos y experiencias muy parecidas vivieron Paola y su madre	
Susana González, quien fue desaparecida en el año de 1998. . .	63
Desde la voz de Paola y otras voces: un relato representativo	63
Antecedentes y dispositivos que disponen la desaparición forzada	69
Consumación y emergencias subjetivas	71

Capítulo 4.

Conflicto y postconflicto en el municipio de Tibacuy: una mirada hacia el ámbito institucional	77
Contexto	78
Una mirada crítica a la institucionalidad	80
Percepciones desde el ámbito social. Los efectos en lo local	82
La Mesa de Víctimas	85
Consideraciones y perspectivas	88

Capítulo 5.

Tibacuy, cultura del olvido, oportunidad de la memoria	
Mirada desde los estudios culturales	92
Introducción	93
Claves conceptuales de los estudios culturales	94
Coyuntura	97
Cultura como centralidad	100
Relaciones sociales	101
Proyecto intelectual y político	105
El lugar de la memoria	107
Memoria colectiva	107
Memoria cultural	109
Pensar el futuro aceptando la complejidad del presente	110
Pesimismo intelectual	112
Presente	112

Capítulo 6.

La comunicación media hacia el reconocimiento social del conflicto	118
Rutas del proceso comunicativo que media	120
A manera de conclusión	123
Desplazamiento	124
Frente al homicidio	126
La comunicación como mediación	126

Referencias	128
--------------------	-----

PERFIL DE LOS AUTORES

ALFONSO ALBERTO ANGARITA

Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Desarrollo Educativo y Social de la Universidad Pedagógica Nacional. Director de curso, docente tutor e investigador en la UNAD. Intereses temáticos relacionados con la construcción de la subjetividad, las historias y relatos de vida y la memoria individual y colectiva.

ANA MÓNICA GRISMALDO MORENO

Comunicadora social - periodista. Especialista en relaciones internacionales y Magíster en ciencias de la educación en línea. Docente, investigadora y líder de semilleros de investigación. Intereses temáticos relacionados con la memoria colectiva e histórica, comunicación intercultural y organizacional, comunicación y medio ambiente y paz, en observatorio de medios comunicativos.

HÉVER MÍGUEZ MONROY

Comunicador Social de la Universidad Externado de Colombia, con especialización en Comunicación-Educación de la Universidad Central, y Magíster en Intervención Social de la Universidad Internacional de La Rioja (España). Es docente asistente de la Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades. Director de los cursos Estudios Culturales y Comunicación Intercultural. Sus intereses en investigación están relacionados con la dignidad humana, resiliencia, memoria y patrimonio.

UN PREÁMBULO

El rescate de los recuerdos que hablan del conflicto armado en la voz de sus propios habitantes incita a reconocer las peculiaridades, las señales que quedaron en los caminos veredales, en aquel paraje solitario que se convirtió literalmente en el escenario del último episodio en su vida, para aquella mujer que tuvo la osadía de desafiar el poder del frente 44 de las FARC; o la esquina hasta donde alcanzó a huir aquel agente de la policía, sentenciado por el grupo armado.

Es un mapa con incontables lugares, pintado de palabras que recogen dolorosas historias y otras menos tristes, como aquella tarde, casi noche cuando el comandante guerrillero dio la orden a los niños de suspender el partido de fútbol, puesto que iniciaba el toque de queda y una voz infantil respondió de forma clara y concluyente: **“espérese que solo nos falta un gol”**.

Son mil sucesos, quizás un millón, de los cuales este documento rescata apenas unos pocos, los cuales buscan ser representativos de aquello que con mayor insistencia señaló lo que la memoria de muchos habitantes guardaría en sus anaqueles. Muchos se fueron en la dignidad y el talante de desafío de su actuación en este teatro de la tragedia, como don Elías, que se negó a comprar las botas que le pidieron como *“aporte a la causa”* y ello significó que el día menos pensado y mientras ordeñaba sus vacas se encontrara con sus verdugos; apenas corrió algunos metros, llevando su cantina y derramando su sangre y su leche sobre el barro del corral. Murió en su ley; legendaria figura que indudablemente será parte de esa memoria que se impondrá con el paso de los años.

Hoy las andadas van de la mesa de víctimas a la determinación para hacer de sus fincas un lugar digno de ser visitado por quienes deseen contemplar sus paisajes, respirar aire puro, tomar un yogurt de chachafruto e ir a la piedra del diablo o a la cabeza del indio. Justo ahí va el Tibacuy que la UNAD se encontró un día, cuando alguno de sus docentes se cruzó con este territorio misterioso y evocador, con sus brujas, sus guacas, su cementerio panche, sus rocas milenarias, sus montañas imponentes y guardianas de las gestas de otros tiempos y de otros seres que nos habitan y están en nuestra sangre y en aquellos sutiles rasgos de dignidad y abandono que, de vez en cuando y casi sin saberlo, brotan de lo más profundo de nuestro ser.



INTRODUCCIÓN

EL COMIENZO: UNA RUTA DE COMPRENSIÓN

Los viejos amores que no están.
La ilusión de los que perdieron.
Todas las promesas que se van
y los que en cualquier guerra se cayeron,
todo está guardado en la memoria,
sueño de la vida y la historia.

León Gieco (La Memoria)

ALGUNOS ANTECEDENTES

Cada lugar que pretendemos conocer nos muestra algunos matices y oculta otros, no bien instalamos nuestros pies en su territorio. No era del todo visible su historia reciente, en el Tibacuy de hace algunos meses atrás; especialmente en lo relativo al conflicto armado que lo acompañó en tiempos cercanos.

En contraposición a algunos de los hechos vividos, que van encajando poco a poco en una narrativa territorial y que resultan muy evidentes, hay otros no tan visibles que se registran sutilmente y terminan convirtiéndose en las columnas de un gran relato que habitualmente aparece tras bastidores. Sus huellas se tornan difusas, pero aparecen ocasionalmente en virtud de circunstancias que traen signos y códigos que repiten o recuerdan el conflicto; o actores que generan algún estado de incertidumbre porque se asocian al regreso de un pasado adverso. Compartir eventos cotidianos dentro de este escenario resulta revelador y generador de conjeturas: ¿por qué destrozarse una manguera que lleva el agua a una finca, que es algo así como fragmentar la convivencia? Puede que las razones pasen por lo que suscita un nuevo personaje. ¿Qué representa esta novedad? ¿Qué ha significado, con relación a otros momentos de la historia de Tibacuy?

¿A qué se debe la reacción desmedida y violenta a una norma dictada por la inspección de policía, cuando es claro que conviene a todos? ¿Tal vez se resiste hoy, porque ayer no fue posible hacerlo? En fin... son los interrogantes que como pequeñas semillas van alimentando una idea, una hipótesis, una conjetura.

Una de las primeras impresiones, un tanto subjetivas, buscando un acercamiento inicial al municipio, era que tenía un aire a esos lugares del viejo oeste que conocimos en películas que relataban las gestas de legendarios personajes, que permitieron la conquista de ese agreste territorio del norte del continente. La ley del más fuerte, el infaltable conflicto con las autoridades, especialmente en los fines de semana y enmarcado en la ingesta de licor. No en vano Cumaca es uno de los centros poblados destacados a nivel nacional en cuanto al consumo de cerveza. Unido a lo anterior se relacionan otros dos hechos dignos de ser tenidos en cuenta. El primero de ellos tiene que ver con las formas de producción, en un municipio de vocación tradicionalmente agrícola, vinculada especialmente a un cultivo en situación de crisis, como lo es el café. En este sentido, al momento de nuestra llegada, la expresión más recurrente era que hoy “Tibacuy vive de milagro”. Fue productivo, pero hoy no lo es. Cabe entonces la pregunta acerca de cómo vincular este hecho a nuestra reflexión sobre el conflicto armado: ¿Coincidió la crisis cafetera con la agudización del conflicto armado?, ¿o la

crisis fue producto del desplazamiento forzado y la pérdida de condiciones mínimas para los productores? Lo cierto es que hasta el momento el municipio no se repone de este trance y sigue deambulando entre una y otra iniciativa productiva que no logra consolidarse y sigue preguntándose si va a seguir viviendo de milagro.

El otro acontecimiento está relacionado con las formas de gestión de las relaciones vecinales, especialmente en la zona veredal, que expresan escasa disposición a la construcción de consensos para facilitar la convivencia en comunidad. Prima más una relación fundada en cierta distancia social, algo de desconfianza frente a quién es el vecino y una utilización relativamente frecuente de diferentes formas de agresión vedada o explícita, para tramitar las diferencias que se presentan cotidianamente.

A partir de estas impresiones, fundadas en los tres hechos ya mencionados y en algunos eventos que permitieron reforzarlos, se empieza a revelar una imprecisa hipótesis: *“El habitante de Tibacuy vive en clave de conflicto; lo que se expresa en la adopción de comportamientos defensivos, en algún grado de desconocimiento y de rechazo frente a la normatividad existente para garantizar la convivencia y en la agresión y la intimidación como mecanismo habitual para resolver relaciones cotidianas”*. Es como si el pasado conflictivo de Tibacuy siguiera vigente y se manifestara en algunos comportamientos que exhiben hoy sus habitantes.

En otro sentido, lo cierto es que Tibacuy no figuró como un escenario visible del conflicto colombiano. Es muy posible que, como este municipio, existan muchos otros, que, aunque experimentaron la crudeza de la violencia armada, asociada a la confluencia de actores de distintas vertientes ideológicas y políticas, no figuraran en el mapeo del conflicto. Lugares invisibles, pequeñas poblaciones que han vivido de cara al olvido su relación con esta violencia organizada, estructural e histórica. Este proyecto busca generar visibilidad: procura situar en el mapa este lugar prácticamente desconocido, que en lo geográfico está muy cerca de Bogotá como el principal centro de poder político, social y económico, pero que paradójicamente se encuentra muy lejos de sus consideraciones y de sus intenciones de apoyo a las localidades afectadas por el conflicto armado.

¿CÓMO SE FUE TRANSFORMANDO EN ACADÉMICO LO COTIDIANO DEL LUGAR?

La necesidad de dar cuenta, en la práctica docente, de la relación cercana que la UNAD propone con las comunidades, armonizó con un momento histórico del país,

relacionado con las conversaciones del proceso de paz en La Habana (Cuba); con los primeros acuerdos y con la fase inicial de implementación de dichos compromisos. Todo ello coincidió con las conversaciones iniciales en relación con lo que podría ser la investigación acerca de la experiencia vivida en Tibacuy alrededor del conflicto armado, como un propósito académico en la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades. Una de las responsabilidades sustantivas de la universidad como institución, tiene que ver con su disposición al análisis y puesta en cuestión de los eventos relevantes que marcan la historia del país. En este orden de ideas el conflicto armado, los cuestionamientos acerca de la paz, su implementación en los contextos locales y la memoria construida sobre el particular, representan claramente esta responsabilidad sustantiva de los centros de pensamiento.

Las conversaciones de cafetería, el convertir en anécdota y poner en palabras cercanas el diario acontecer de un país que vive el conflicto armado como una realidad permanente, es un hecho profundamente significativo para transformar temporalmente esa cotidianidad en una indagación de orden científico que la acerque y la haga comprensiva en sus detalles al ámbito académico, que pretenda dar cuenta del entendimiento acerca del sentido y el alcance de una serie de hechos que definen una historia local, la cuentan y la documentan.

Un hecho habitual y naturalizado en su contexto particular, que se convierte en pregunta de investigación, demanda ser reconocido como algo muy significativo en un sentido especial. Los problemas de investigación, en esta línea de reflexión serían, antes que nada, hechos cotidianos en la vida de los habitantes de un determinado lugar, que después pasan a ser motivo de conversaciones, actos comunicativos destinados a convertirse en una reflexión continua para abrir la puerta a la construcción de un proyecto que esencialmente propone un encuentro para conversar, compartir confidencias, encontrar interlocutores dispuestos a la escucha y a la argumentación como una vía trazada con la intención de sacar a la superficie algo que no encontraba lugar en la cotidianidad de los actores comprometidos en el proceso de indagación. Es mutua la necesidad: ellos de rememorarla, nosotros de conocerla y comprenderla.

EL ESCENARIO METODOLÓGICO

Nos adentramos en la atmósfera del **CÓMO**. ¿Cómo enmarcar la relación con los participantes? ¿Desde qué perspectiva interactuar y cómo registrar esas interacciones? Las anteriores preguntas, por sí solas, nos están indicando que hay diferentes rutas,

distintas maneras de hacerlo. Para nuestro caso, se trata de permitir que la comunidad, representada por quienes vivieron de primera mano los hechos que son motivo de este documento, los relatos de vida narren, o mejor, cuenten desde sus palabras, desde su sentir, desde sus imaginarios, desde el significado profundo de su decir, qué fue lo acontecido, o mejor que nos cuenten cómo entendieron lo sucedido y de qué forma se relacionaron con ese acontecer. Son sus propias palabras y sus propios sentimientos los que buscan registrarse. La realidad, en este caso, es un sentir por parte de las víctimas y que se construye desde lo local.

En este sentido el rol fundamental que cumplen los investigadores es propiciar los discursos, indagar con la intención de abrir las puertas de la memoria colectiva. La cuestión es generar la confianza necesaria para que las palabras broten de una forma auténtica y espontánea y permitir que surja eso que en el discurso de las metodologías comprensivas se define como conocimiento situado o saber inductivo; es decir, esa expresión subjetiva que se encuentra representada en los acuerdos, o en los caminos escogidos para su implementación. Es un evento inductivo que invita a que el actor social remueva en su memoria para recuperar o poner en palabras su vivencia. Es potenciar una comunidad comunicativa que actúa para lograr una actualización racional y estructural de los acontecimientos narrados.

En este orden de ideas se podría decir que el territorio nos habla, desde lo que proyecta al ser observado. Al recorrerlo es inevitable pensar en aquel punto en el que se cruza la vía veredal con la departamental y como se fue significando como el lugar icónico donde alguien fue ultimado para dejar un mensaje a la comunidad. Ello dicta que la observación se hace sobre el presente, pero con ojos de pasado. Es una observación compartida, que se cruza con los relatos de sus habitantes en los que cuentan lo sucedido, señalan un lugar: una esquina, un punto en la carretera, una ruta para recorrer la cartografía del conflicto. La observación participativa, muy propia de las metodologías hermenéuticas apunta al descubrimiento del clima del territorio frente al conflicto armado, de su fenomenología.

LAS HERRAMIENTAS

Entre las mencionadas metodologías biográficas se destacan las historias y los relatos de vida. Para el desarrollo documental, el proyecto se decantó por los relatos de vida, pues se está hablando de un tiempo claramente definido y de una experiencia concreta en la vida de las personas que fueron afectadas por uno u otro hecho victimizante.

Dentro de la lógica del relato de vida, también cabe la apreciación relacionada con “*la contaminación*” que lleva a cabo el investigador cuando vincula una serie particular de categorías, plantea un acercamiento comprensivo o propone una ruta interpretativa de las experiencias ya mencionadas.

El relato, a su vez, nació de un acercamiento a las personas y a sus experiencias; en algunas inquietudes que posteriormente se convirtieron en categorías emergentes, las cuales fueron planteadas y atendidas por quienes vivieron los hechos victimizantes de primera mano. En este ejercicio se vislumbra una especie de entrevista no estructurada abordada en un encuentro casual en el parque principal de Tibacuy o de Cumaca, en una visita a la casa, cuando se estaba compartiendo un tinto, o cuando al mirar un paisaje lejano, se traía a la memoria un hecho particular que se convertía en un comentario suelto que despertaba recuerdos, memorias, diálogos espontáneos en los que se recuperaban aquellos acontecimientos, tiempos y espacios en los que el conflicto transitó por los resquicios de la cotidianidad en Tibacuy.

La observación fue otra de las herramientas que alimentó tanto la indagación, como la construcción documental. Una observación participante, activada en el constante ejercicio de caminar, conversar o narrar el conflicto armado. Como ya se mencionó, la intención fue, mirar el presente con ojos de pasado y el pasado con ojos de presente. Aseveraciones ensimismadas, que proyectan en el tiempo presente, lo que se viene sintiendo, pensando y considerando desde hace ya algunos años, en aquella época en la que el frente 48 de las FARC, era amo y señor de este territorio.

LA ORGANIZACIÓN DEL DOCUMENTO

Después de este texto introductorio, tres relatos de vida, vinculados con los hechos victimizantes más recurrentes: desplazamiento forzado, homicidio, desaparición forzada. Se entiende el relato como un espacio articulador de “...significados subjetivos, de experiencias y prácticas sociales” (La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico: Marcela Cornejo. Francisca Mendoza y Rodrigo Rojas. Pontificia Universidad Católica de Chile. PSIKHE, volumen 17. Pág. 29 - 39. 2008).

Según Ricœur (1983 – 1985, citado por Cornejo M. y otros) los relatos permiten la construcción de una identidad narrativa, lo cual da un sentido integrador a la experiencia narrada. En este caso, se puede hablar de un texto que constituye una “*ilusión biográfica*”, expresión acuñada por Pierre Bourdieu, aduciendo un dinamismo y un sentido

vigoroso, que terminan ocultando las contradicciones y ambivalencias de la narración. En estos términos se impone una producción narrativa significada, poner en palabras la lectura que se hace frente al discurrir de la vida, lo que a su vez implica poner en juego eso que cada uno es como individuo.

“Al solicitar a un narrador que nos relate su vida o parte de ella, además de la petición explícita de los contenidos que interesa investigar, existe una petición implícita: la de tomar una posición frente a lo que cuenta. El relato conlleva para el narrador una elección ineludible: optar por asumir o desconocer su posición respecto a su dicho”. (Cornejo et al., 2008).

Se podría decir, pecando de inmoderado, que es el relato el que lo convierte en actor de la historia que narra: “responsabilizarse por aquel margen de libertad que le ha permitido “hacer algo con aquello que han hecho con uno” (Sartre 1985, Citado en Cornejo et al., 2008). El papel de la narración en sí empuja a los afectados por los hechos victimizantes a recapitular, reflexionar y, por ende, ampliar el marco de la perspectiva, frente a lo que se ha experimentado alrededor de los hechos acaecidos.

Enseguida se plantea un momento coyuntural, en el cual los efectos del conflicto armado, que se manifestaba en los habitantes de centros poblados y veredas, pasaron a ser responsabilidad del Estado, por obra y gracia de la Ley 1448 de 2011. Este referente marcó algunos parámetros para el posterior desarrollo del tema. Se empezó a imponer un metadiscurso en el que términos como Ley de víctimas, declaración juramentada, verdad, justicia y reparación, postconflicto y mesa de víctimas, entre otros, empezaron a ser de uso frecuente entre los pobladores y sobre todo en los encuentros entre la personería y los representantes de las víctimas. Las personas se ilusionaron, rindieron sus declaraciones juramentadas, esperaron pacientemente, se frustraron y terminaron desilusionándose.

Hoy mantienen algunas de las prácticas señaladas en la Ley 1448; defienden con mayor consistencia su condición de víctimas del conflicto armado, insisten, por lo menos, en la necesidad de que se conozca la verdad. Además, se han vuelto los receptores de propuestas y recursos vinculados al post - acuerdo. Esta perspectiva corresponde a una mirada del comportamiento institucional que en el documento se titula: conflicto y postconflicto en el municipio de Tibacuy: una mirada desde el ámbito institucional. Este capítulo se cuenta a partir de las percepciones que sobre el tema ha expuesto la personera municipal que estuvo frente al tema al momento de la implementación del citado marco legal del post - acuerdo.

Desde la mirada de los estudios culturales se pone en cuestión el capítulo *Cultura del olvido, espacio para la memoria*, al considerar que la memoria es un desafío cultural, con la labor de tratar de superar los esencialismos (Klein, 2000) que la han llevado a convertirse en una especie de moda en casi todo el mundo, sin apego ni trascendencia. Y esto sucede justo cuando se separa de las características del lugar y las relaciones con sus gentes en donde se piensa la memoria. Es ahí, de la mano de Stuart Hall (Grossberg, 2017), donde se plantean claves que aportan los estudios culturales para Tibacuy, como su contextualismo radical, análisis de coyuntura, conocimiento y lucha política, todo con el fin de entender la especificidad del territorio y las relaciones entre sus gentes, cosa que solo puede leerse en la experiencia directa dentro de su contexto, es lo que permitirá dar pasos hacia la resignificación, tarea muy propia de la comunicación.

Es el avance de memorias culturales a memorias potenciales (Kansteiner, Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva., 2007) que, dicho sea de paso, configura un proyecto político si es que sus gentes sienten la posibilidad de ese movimiento. Por su vocación política, los estudios culturales echan mano de la comunicación como herramienta estratégica que buscará poner en contacto a los agentes del Estado y la ciudadanía, sin que esta articulación sea obligatoria pues, como se verá, el desdeño de una y otra parte, no promete nada, pero tampoco cierra los espacios a las iniciativas para hacer de la memoria una cultura forjadora de identidad y cohesión colectiva.

El último capítulo esboza desde la mediación, la necesidad de entender cada uno de los hechos victimizantes en su particularidad. Cabe reconocer que, en términos comunicativos, los hechos acontecen de distinta manera si se habla desde la desaparición forzada, el homicidio o el desplazamiento forzado. Se reconoce para todos los casos un recorrido circular, que va de la lectura particular anclada en campos como lo emocional o lo inconsciente hacia la posibilidad de interacción con otros actores sociales, que podrían ser también víctimas, vecinos o mediadores culturales, con los cuales existe la posibilidad de incorporar nuevas categorías, como el componente histórico, la memoria colectiva o el emprendimiento social.

Es muy posible que este recorrido se cierre en la posibilidad de un sujeto competente para pensar desde un nosotros, lo que podría marcar un camino, hacia la sinergia y la inteligencia colectiva.



CAPÍTULO 1

RELATOS DE DESPLAZAMIENTO EN TIBACUY

“Recordando los caminos esperando el próximo destino
Y aunque mi alma es viajera y mis pies son de la tierra.
Llevo mis penas por dentro pues voy viajando
sin tu aliento.
Cuando me fui mi corazón quedó contigo.
Ni siquiera mis canciones calmarán este dolor..”

Espérame (Sauti, 2014)

EL DESPLAZAMIENTO FORZADO

Huir es un golpe al amor propio, colectivo y territorial. Huir salva quizá la vida y esos amores, y al mismo tiempo los mata. Quien se desplaza, huye, claro, y se encuentra con la deshonra de su dignidad, la frustración del abandono, y la carga moral del desprecio y la sospecha. Tibacuy, como otros 1 115 municipios del país, sufrió este vejamen con sus propias particularidades dadas tanto por su condición cultural, ideológica y territorial, asuntos que no pueden verse separados sino amalgamados en los hábitos y formas de ser de su población.

Por definición, “el desplazamiento forzado —delito de lesa humanidad— es un fenómeno masivo, sistemático, de larga duración y vinculado en gran medida al control de territorios estratégicos” (GMH, 2013), y es ante todo una modalidad de violencia sistemática, es decir, pensada, programada e intencionada. Quienes obligan a desplazarse cumplen una misión soterrada la mayoría de las veces, de despojar la tierra, controlar un territorio, cercenar la ciudadanía, instalar o acentuar ideologías explícitas. Y con todo, debe anotarse que el desplazamiento forzado es un mecanismo de fragmentación personal, individual, comunal y social. Se caracteriza por dispersar a individuos y pueblos enteros en tierras ajenas, el sufrimiento de cada quien, que se obliga a huir, como los que se obligan a quedarse, rompe con el mundo simbólico construido en el contexto de su tierra, cultura, lazos familiares, sociales y afectivos. Es así como el desplazamiento rompe la vida, o como dijera un campesino migrante, “a uno lo matan, aunque siga vivo, “...Uno ya no es uno”

Y es que el conflicto armado cambió al pueblo y sus gentes. Si bien tras la expulsión de la guerrilla emergieron actividades dormidas, y la vida mostró caras florecientes, el alma de unidad se deshilvanó quedando acentos de resentimiento por los hechos de traición alimentados por una injusticia estructural negligente y operante por parte de los agentes de gobierno. Las emociones y sentimientos de las personas afectadas por el desplazamiento así no hayan huido, son ante todo una carga moral del colectivo sufriente-testigo de este. Y desde ya debe quedar claro que, en Tibacuy, las víctimas por desplazamiento no excluyen a quienes se quedaron pues, como se narra más adelante, la injusticia que encubre a quienes retornaron con máscara de damnificados, revictimiza a las víctimas. En este apartado veremos y esperamos sentir de la voz de algunos de los protagonistas, sus tensiones, que son las mismas de la comunidad, y con las cuales han debido seguir caminando después de finalizado el conflicto.

Como violencia sistémica, la guerrilla de las FARC, sus comandantes locales, alias el Negro Antonio y alias Rafael, utilizaron el amedrentamiento, la intimidación y la hu-

millación como prácticas que forzaron el desplazamiento de personas señaladas y de otras que querían poner a salvo sus hijos menores de edad ante el riesgo del reclutamiento ilegal. También fue estrategia de control social, focalizando su presión en líderes locales, presidentes de juntas de acción comunal, concejales o personas con relevancia comunitaria, coaccionando a través de estos la voluntad del campesino, so pena de ser asesinados. Así que el miedo a perder la vida y la protección de la familia marcaron la decisión de huir y despojarse de todo, incluso la propia identidad, o de someterse y obedecer sin poder tomar partido.

Algunos de los testimonios muestran que el desplazamiento trajo también la emergencia de subjetividades con actitudes resilientes promisorias de reconstitución del tejido social. La naturaleza humana obliga a seguir adelante, pese a todo, pero hay quienes convierten la adversidad en una salida, un nuevo camino y superando los desprecios y el peso de identidades imputadas (Naranjo, 2004).

Como se muestra al final de este capítulo, la memoria está ahí, sin contar, sintiéndose tocada por vínculos frágiles toda vez que la convivencia, la vecindad o la familiaridad obligan a ello. El aire renovado que traen las nuevas generaciones muestra un distanciamiento en época y referentes, más, sin embargo, se mantiene acuñada en el territorio como lo hicieron sus antecesores, lo que invitaría a suponer que el territorio, justamente por donde se transita y desplaza, es el eje o enclave articulador tanto de identidades, articulaciones y de recuperación de las hebras que hacen del tejido social, una oportunidad de ser comunidad, de ser sociedad y configurar una cultura.

TIBACUY, TERRITORIO ESTRATÉGICO

Tibacuy conecta a la región del Sumapaz con la provincia del Tequendama donde municipios como Viotá tuvieron tradicionalmente presencia guerrillera, y con la cuenca del Magdalena hacia el norte de Colombia. Además, enfrentado al cañón del río Chochó y la planicie de Chinauta, desde sus montañas tutelares como el Cerro del Quininí, y la cuchilla de Peñas Blancas, se observa un panorama que permite ubicar a una decena de municipios de las dos regiones (Tequendama y Sumapaz) y los límites con el departamento del Tolima con sus municipios de Icononzo y Melgar, y un poco más allá se vislumbra la capital, Ibagué. Todo esto para ratificar, que Tibacuy es un municipio estratégico territorialmente, más aún entre sus dos montañas, se abre paso un corredor boscoso propio para el camuflaje.

Así las cosas, el control sobre este territorio implicó coerción militar directa sobre la población que, de cierta manera, se vio acorralada por la disposición de sus accidentes geográficos. Estas razones podrían explicar de alguna manera la modalidad de la violencia ejercida en el municipio más centrada en asesinatos selectivos, reclutamiento y desaparición forzada. El desplazamiento forzado masivo no hizo parte de las afectaciones, sino que discriminado y optativo por distintos actores y agentes de la población.

Otro aspecto a tener en cuenta para observar el hecho del desplazamiento, son las vías de acceso que conectan a la población con otros municipios. Se parte de anotar que, pese a que algunas de las vías departamentales son señaladas en el mapa de Cundinamarca como pavimentadas, la realidad actual de la vía al 2021 es totalmente contraria. La carretera Fusagasugá-Tibacuy-Viotá, para hablar de la que conecta del oriente hacia el norte pasando por el municipio y la inspección de Cumaca, está en un alto nivel de deterioro donde por largos sectores el pavimento desaparece por completo, haciéndola ver como una trocha de menor nivel. Este actual estado, según versiones de los vecinos, es el mejor que ha gozado la vía en su historia, indicando con ello que, en los tiempos de la presencia guerrillera, las vías estaban altamente deterioradas lo que dificultaba moverse por esta, y al mismo tiempo facilitando su control, pues ningún vehículo puede desplazarse con rapidez.

Es en este escenario, rincón geográfico adornado por bosques exuberantes, y paisajes panorámicos, donde sucedió, entre los años 1998 y 2003, una cruenta y déspota presencia guerrillera, bajo cuya presión sus pobladores extraviaron el sentido colectivo y un centenar de vidas.

INTIMIDAR Y HUMILLAR: DESPOJO DEL SUJETO Y LA TIERRA

“Llegó y me acuerdo de que se paró ahí y me llamó: ‘¡Vecino! Que le manda a decir el jefe que comiencen a alistar un equipaje... poquito, un par de botas, una muda de ropa, un pedazo de panela y por ahí algo de comer pero que no sea mucho, no más, no tanto equipaje, porque nos toca irnos todos para Viotá, tuvieron una incursión paramilitar por el lado de la ... Tocaima, entonces toca ir a hacer frente’, y es cuando yo le digo, bueno y nosotros qué tenemos que ver ahí... ‘Toca ir a combatir’, cuando yo le dije: nosotros no sabemos de armas nada, sabemos es de machete y ... nada más... ‘No, es que es una orden, y hay que cumplirla’. ¿Bueno, y si yo no me quiero

ir?... *'Ahí sí usted verá, si no va se queda, pero se queda, pero muerto'*. Entonces, ahí fue cuando yo le dije, mire allá está mi viejo que está enfermo, hace dos años que quedó viudo y está entrando en etapa de depresión, él no va a querer ir... *'No el viejito tiene que ir, ese viejito nos sirve porque lo sentamos por ahí en una esquina y que hable y nos cuente. Y si no se va pues entonces... tocará dejarlo ahí porque qué, usted mismo puede hacer el trabajo, abre un hueco por ahí, lo dejamos y le pone una mata de plátano encima pa' que se acuerde dónde lo dejó, si es que vuelve'*. Entonces ya uno siente miedo, y yo le dije: *¿Bueno y las casas qué? Y dijo: 'No, esa mierda déjelas ahí, esperemos que den orden mañana o más tarde y les metemos candela a eso'*, uy juepucha dije, y dije: No, pero es el trabajo de todos, y dijo: *'No, es que no están preguntando eso, el tema es que toca irnos, todos... las mujeres... se van a quedar en los campamentos'*, ahí fue cuando vio a mi mujer y dijo: *'Apenas, para el comandante'*¹

En octubre de 2003, las FARC sintieron presión por cuenta de otros actores armados e iniciaron un reclutamiento relámpago para colocar a los campesinos en la vanguardia de un posible enfrentamiento armado. El diálogo es entre un miliciano y un campesino quien estando en su casa, le ordenan se sume a las filas de combate. El diálogo podría pasar como un referente más del modo de operar de esta guerrilla, pero quien llega a la casa del campesino, no solo es un miliciano del grupo insurgente, también es vecino y excompañero de pupitre en la escuela donde juntos hicieron sus primeros estudios. Si bien parecían extraños, no lo eran, es más, tenían muchos vínculos y se conocían bien; sin embargo, a partir de ese momento, pasaron a ser extraños y lo serán para siempre.

Intimidar (infundir miedo con la muerte propia o la de sus familiares) y humillar (tratamiento servil, utilizar a la mujer para el comandante), son mecanismos de subalternizar y colocar al otro en despojo (quemar la casa pues puede que no vuelva) y sin tierra. Quien sufre aquí la humillación, no podía irse, quedaba supeditado a la fuerza de la guerrilla, ya no es propio ni de sí mismo, todo se anula y deja de ser sujeto (su identidad previa, su tierra, familia y labor) a convertirse en objeto, carne de cañón. Cercado, aislado y sin amparo estatal, su derecho a la movilidad está coartado. Quien sí pudo más adelante desplazarse, fue el miliciano, quien con voz de víctima logró el auxilio del Estado.

1. Testimonio de un campesino de Albania quien pide no ser nombrado. Quien lo amenazó, aún vive en el municipio.

HUIR Y REPONERSE: SALVAR LA VIDA

*“Cuando regrese porque te juro que volveré,
cantaremos mil canciones,
viviremos sin temores
y seremos tan felices como ayer”,
Sauti.*

De la voz y testimonio de Teresa, Carlos, Lida, Martha y otros testigos y afectados cuyos nombres se reservan, se pudo constatar que el desplazamiento hace parte del rompimiento social que vivió el municipio y que aún dos décadas después recuerda las delaciones, deslealtades, injusticias e insolidaridad, tanto entre los habitantes como con la institucionalidad, y que todo ello hace parte de un sello que en especial las víctimas de este flagelo no pueden hacer a un lado. Se presentan a continuación, los apartes de entrevistas realizadas a víctimas por desplazamiento, en el municipio de Tibacuy. Los personajes inobjetablemente dan muestra de una profunda sensibilidad ante la experiencia vivida lo cual permite asumir a esta como el eje epistemológico para la construcción y comprensión de subjetividades emergentes, resilientes y testimoniales. Con los personajes aparecen algunas categorías de posible profundización y por supuesto, de debate.

MARTHA, PROTEGER LA FAMILIA

“Ellos (la guerrilla) vivían como animales para arriba y para abajo, como hormiguitas arrieras con sus fusiles por las yuqueras... y yo con ese temor a qué hora vienen a llevarse los hijos, con ese miedo no podía vivir... lo que yo hice fue sacar los hijos, por protegerlos. Ellos se fueron algunos a Fusa otros a Bogotá, tuve que sacarlos rápido. Yo me quedé, casi no salía de la casa, casi sin comunicación. Antes tocaba compartir, aunque nosotros no teníamos nada. Se perdió el estudio, se perdió la estabilidad porque ellos estaban estudiando, al salirse ya no volvieron a estudiar.”²

2. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a-3:3 [Entrevista grupo desplazamient..] (0:32:29.44 [0:02:35.45])

Con el testimonio de doña Martha³, es visible el entendimiento que sobre la situación vivida tiene el núcleo familiar. Sus hijos debieron marchar sabiendo que estaban protegiendo sus vidas. Este asunto es importante en cuanto un sujeto histórico es capaz de leer la situación para colocarse frente a su realidad y también a hacer su propia realidad. Quedarse es asumir una realidad construida por otros, pero en este caso, de quien se desplaza, es afrontar una realidad en la que, en medio de las difíciles circunstancias, ayuda a construir. En otras palabras, hay más libertad en el que se va en comparación con quien se queda.

Si bien se gana la vida, la libertad y la continuidad de la familia, las pérdidas están en el orden de la continuidad de los estudios, como lo cuenta la señora Martha, quien tuvo que enviar a sus hijos fuera del municipio para evitar ser reclutados por la guerrilla, pero esto conllevó a que interrumpieran sus estudios, el embarazo de una de sus hijas y en definitiva el fraccionamiento familiar.

En el caso de un desplazado desde el municipio de Ataco, quien arribó a Tibacuy, perteneciente al ejército, figuraba como civil; manifestó una postura radical contra las fuerzas guerrilleras presentes en ese territorio lo que le llevó a ser presionado para salir de su finca junto con su familia. La posición ideológica es un evidente factor de persecución y expulsión. En su caso, y como se comenta más adelante, no logró proteger a su familia pues por su postura ideológica tanto él como padres, hermanos y demás parientes, debieron salir de su finca y nunca más volver, cosa que a la postre le trae resentimiento y culpa, pues su señora madre murió deseando volver a su tierra.

Se ratifica entonces, que el miedo opera como un mediador para los fines de dominio y control tanto del territorio y de los grupos humanos presentes allí. El temor fundado por evitar el reclutamiento llevó a al fraccionamiento familiar, la suspensión o término de proyectos de vida y definitivamente a un giro no intencionado. Como se verá a continuación, el miedo tanto físico como psicológico, se sustenta en una estrategia conocida como intimidación.

3. Se identifica el desplazamiento como respuesta al miedo que genera la intimidación, pero no como estrategia de guerra para liberar el territorio, sino como de control social, político y territorial. En ese sentido, aplica lo que para (Villa, 2006) se define como la anulación del derecho a la migración, es decir; la gente debía estar confinada mas no buscaron sacarla

TERESA, CUANDO VOLVER ES PERDER LA VIDA

*“Espérame que, aunque pase mucho tiempo,
yo volveré así me cueste el aliento.
Reclamaré lo que un día fue tan nuestro.
Nuestras tierras, nuestros pasos,
nuestras vidas, nuestros sueños”,
Sauti.*

La intimidación, entendida como el conjunto de acciones desarrolladas por grupos armados con el propósito de provocar miedo en los habitantes y lograr su obediencia, es una modalidad de guerra más reconocida en grupos paramilitares y menos en la guerrilla. Sin embargo, en Tibacuy la guerrilla implementó prácticas como amenazas, asesinatos, desapariciones forzosas y torturas, generando terror y con este el desplazamiento selectivo o gota a gota.

Con el testimonio del grupo de víctimas por desplazamiento, se denota la presión de la guerrilla y cómo minó la poca resistencia de la población civil para lograr su obediencia. Tras el asesinato de miembros de la comunidad y de un militar, justamente el que custodiaba cerca al colegio de Calandaima, objetivo de reclutamiento subversivo, doña Teresa y otras víctimas ratifican que después de estos homicidios disminuyeron sus objeciones, se dividieron más, y fueron más obedientes.

Teresa narra su angustia ante la advertencia de reclutar a sus hijos:

“Aquí cogían a los niños de 10, 14 años, esta noche prestan servicio, cogen un palo un machete... y es cuando los niños están en el colegio. Mi hija tenía 14 años, y vinieron a llevarla para que prestara servicio de las 10 de la noche a las 6 de la mañana y mi padrino, y era también padrino de ella de agua, dijo ¡qué van a llevar esa china! y al final dijeron que si no hacíamos caso... entonces fue cuando se los llevaron para Viotá tres días. Yo dije, a mis niños no los dejen ir, me voy para Bogotá, mi niña tenía 14 años y mi chino 12 y mi hermano dijo vénganse para Bogotá, pero Aparicio (esposo) dijo yo no puedo ir, a él le tocó llevar gente y por allá duró tres días durmiendo y comiendo en la calle, luego me dijo que volviera, pero yo no podía sola.”⁴

4. P3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a-3:6 [Entrevista grupo desplazamiento..] (0:50:37.19 [0:00:34.14])

Teresa cuenta también las situaciones que llevaron al desplazamiento, retorno, tortura y asesinato de su hermano, que en el momento tenía 21 años. Muestra este relato, que la intimidación operó de manera directa hacia individuos y motivó huidas también individuales y apenas perceptibles para las familias de los implicados. En el caso del joven del relato, comenzó a ser presionado para servir de mensajero y pedir alimentos a la propia familia para consumo de la tropa. Ante la resistencia a realizar estos actos y negarse también a hacer parte de sus filas, la amenaza fue que, si no servía para nada, lo mejor era que no estorbara. Así, debió irse del municipio por un tiempo, pero al volver, fue torturado y asesinado. Teresa lo cuenta así:

“a mi hermano lo cogieron y le dijeron, o usted se somete o sirve para algo o nosotros lo hacemos servir... (él) dijo ‘yo tengo papá y mamá y yo soy el que veo por ellos y trabajo, yo no voy a matar a nadie’. Le dijeron ‘vaya donde esa vieja que nos mande tanto y tanto...’, ‘pero si ella es mi madrina yo como voy a decir que me mandaron a decir que de 5 gallinas, que si no las dan por la buena que por las malas’ y lo empujaban, porque no lo mandaban solo, ‘yo no voy hacer eso’ ‘ah entonces no va servir para nada, entonces va tocar es mandarlo lo que no sirve que no estorbe’... intimidaban mucho a los chinos, y entonces él se fue, lo dejaron que se fuera, y cuando volvió fue cuando lo cogieron y...”⁵⁵

De acuerdo con Villa (2006), “En ambientes fuertemente marcados por el terror es entendible que el miedo sea un motivo de peso para justificar la huida” (p. 23). Por tanto, se entiende que la intimidación como estrategia de guerra para el control social del territorio, tuvo en el miedo el motivador para aquietarse o huir; afirma la misma autora que “el miedo no solo se siente, se usa como mecanismo de poder y subyugación” (p. 23); y es un miedo que perdura más allá de la frontera que cruzó el que huye, pues en su tarea de volver a instalarse en nuevas vidas fuera de su terruño, el miedo se convierte en un acompañante de la tarea no siempre grata de ser, otra vez, parte de un tejido social.

A su regreso al pueblo, Teresa siente que solo puede confiar en Aparicio, su esposo. El retorno no fue tranquilo, pues ya no confiaba en su propia comunidad, pues allí estaban entre vecinos, amigos y parientes, los delatores que informaban a la guerrilla los movimientos de las personas:

“... y la finca allá, los perros, las gallinas, ¿quién iba a dar razón? Cuando él vino yo también porque no me atrevía a venir sola, porque había de la misma gente de la misma familia no prestaban a uno una colaboración, y lo callaban a uno”⁵⁶

5. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a - 3:8 [Entrevista grupo desplazamient..] (0:51:47.17 [0:00:54.61])

6. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a-3:5 [Entrevista grupo desplazamient..] (0:48:52.73 [0:01:00.01]) (Super)

Ante la intimidación la cohesión social se fortalece, o se rompe. En el caso de Tibacuy, particularmente, se dio la segunda, y personas de la comunidad tomaron partido hacia la guerrilla buscando sus propios intereses so pena de menoscabar en la integridad de vida y bienes de vecinos y familiares. Así, no existió la solidaridad, en cambio sí, se activó el dolor y el resentimiento por quienes en algún momento fueron cercanos a sus afectos.

Sin embargo, la capacidad del ser humano de adaptarse a las difíciles situaciones que vive, a los giros existenciales, le permite también mostrar capacidad tanto de resistencia como de restauración y renovación. El siguiente testimonio da cuenta del poder de la resiliencia y cómo esta hace parte de la fuerza de la creación para el emprendimiento. Esto es lo que permite indicar que, ante las nuevas circunstancias de la vida, emergen nuevas subjetividades, nuevas formas de asirse en la vida, pero esto está definido, al menos eso creemos, en la capacidad de hacerse como sujeto histórico; es decir, colocarse de manera consciente ante la coyuntura vital que marca su biografía, y reconocerse con capacidad de hacer cambios para seguir adelante.

LIDA, BASES RESILIENTES DE EMPRENDIMIENTO

*“Pensando estoy en este bus ¿qué es lo que soy?
Recordando los caminos esperando el próximo destino
Y aunque mi alma es viajera y mis pies son de la tierra
Llevo mis penas por dentro pues voy viajando sin tu aliento”*

Sauti

“...la situación acá fue imposible de sostener... se llevaban a niños, jóvenes, mujeres, pues la guerrilla estaba haciendo un frente de combate para la toma del municipio de Viotá, así que tuve que irme con mi hija para Bogotá”

Lida Delgado, una mujer proveniente del caribe, inicia así su testimonio que da cuenta de la necesidad de salir huyendo del municipio de Tibacuy, con lo que tenía a su mano y protegiendo a su pequeña hija de 7 años.

“... llegamos a Bogotá a adaptarnos a otra vida, sin familia, completamente solas; comenzar de cero, olvidando por lo que luchas, tu trabajo, tu casa, tus amigos y conocidos. Y te dices, esta es la realidad que ahora tengo y entonces el sentido es seguir adelante porque igual, la vida sigue...”

Estamos en octubre de 2018, y Lida es una de las líderes de la asociación Minga Activa, una de las distintas asociaciones que se registran en Tibacuy, algunas de las cuales están conformadas por víctimas del conflicto armado sucedido con rigor en el territorio durante los años 1997 al 2003. Su relato en particular es uno de los varios testimonios por desplazamiento y que aporta interesantes pistas para seguir la huella de mujeres y hombres que pese a la adversidad optaron por ser resilientes.

Tuve, junto con el equipo de investigación de la UNAD, el privilegio de ser acompañado por Lida en esta aventura de indagar por los hechos de violencia que se van sumergiendo en el olvido y se vuelven esquivos a la memoria. Su animosidad nos reveló y acercó a lugares distantes en San Francisco y Siberia, pero además conocimos la mesa municipal de víctimas y a distintos personajes con quienes pudimos conocer parte de esa historia sombría. Aquí continúa su relato.

“En Bogotá me capacité en cafetería a través de una alcaldía menor. Había que producir. Fueron como dos años. Cuando hubo posibilidades de volver, volvimos a Tibacuy y fue cuando trabajé con la administración municipal en el área de desarrollo social y esto me hizo crecer, pues colaboré con personas que vivían como yo lo viví, en condición por desplazamiento pero que fueron favorecidas por programas del Gobierno. Eso me permitió incluirme en los programas de la gobernación del departamento para aprender sobre huertas caseras; esto se dio dentro de familias en acción para personas con hijos que estuvieran estudiando”.

“Trabajé alrededor de 10 años con estos programas que coordinaba la alcaldía. Luego, ya era una más del municipio y conversé con unos allegados del área social y les dije: hagamos una organización, de tantas organizaciones que existen, a nuestro gusto e incluyamos a personas que quieran hablar con nosotros. Fue ahí cuando surgió la Asociación Minga Activa, conformada por personas que fueron víctimas por hechos victimizantes, que ya se conocen”.

“A partir de ahí, primero que todo, estamos capacitando a mujeres para que se empoderen de sus proyectos, de sus familias y que no se vayan del territorio. Nos hemos estado capacitando en artesanías. Ahora mismo estamos en una capacitación con el SENA en Turismo Rural, y le estamos

apuntando a crear un proyecto rural transversal a todo el municipio, que no solo sea para determinadas personas, sino que sea para todo el que quiera vincularse a él. Y estamos en este ejercicio de aprender, aprender, aprender. Estamos gestionando varios proyectos con ese otro gran líder de Tibacuy que es Melchor y hemos llegado a formar parte de la Mesa de Municipal de Víctimas; y también estamos gestionando unos proyectos con la embajada de Estados Unidos para mirar que hacemos en especial con las mujeres”.

SER DESPLAZADO, UNA IDENTIDAD IMPUTADA

“La gente tiene el concepto de que los desplazados solo pedimos, pedimos y pedimos... que, si hay programas del Estado, queremos estar en todos, pero la verdad no es así. La verdad es que nosotros no queremos que nos regalen nada. ¿Qué queremos? sí queremos que se nos reivindique por eso que nosotros vivimos, no con plata, no con paquetes, porque la cuestión no es esa, la cuestión es que nos capaciten; queremos ser libres ante la sociedad, queremos que nos tomen en cuenta en los proyectos que se ocupan porque, por ejemplo, hay personas que no tienen vivienda y si hay un programa de vivienda a nivel municipal o departamental, entonces que se vincule a esas personas. ¿Qué queremos? Que a quienes tienen hijos se les dé una educación gratuita en universidades públicas. Ahora mismo me enteré de que la Universidad de Cundinamarca tiene unos convenios para los hijos de poblaciones víctimas para que estudien gratuitamente carreras profesionales o técnicas. A eso le apuntamos nosotros, no es que vayamos y que pidamos y nos den, no. Sí queremos apoyo en proyectos productivos de mediano y largo plazo y sostenibles en el tiempo. ¿A mí qué me molesta? que digan que los desplazados somos personas que estamos mendigando algo... no. Queremos que si el Estado dice que tenemos un derecho, que sea un hecho.

“Muchas personas recibieron una indemnización por parte del Estado, pero no es el hecho de la plata, el hecho es que también se dé a la población una ayuda psicosocial; porque no es lo mismo una persona que no ha visto el conflicto a una que lo haya vivido. Esta persona tiene rencores,

temores, tiene como se ⁷ dice vulgarmente un raye mental y es ahí donde se necesita una asistencia psicosocial que no ha existido”.

“Las emociones no se han tenido en cuenta porque ellos creen que es dinero que el Estado ya cumplió y chao... es más, las personas malgastan el dinero que les dan, invierten en algo que no les sirve porque no hay ayudas, capacitación o una orientación. Si a uno lo capacitan puede transformar el dinero en algo productivo de tal forma que eso que le aporta el Estado se convierta en una inversión para su propio bienestar, para que viva mejor; entonces la gente pierde esa platica en cualquier cosa menos en algo para su bienestar”.

CREENCIAS

Cambié la manera de ver y visualizar la vida. Antes de eso uno tiene una concepción diferente de la vida de lo que es vivir; estás en la comodidad de tu casa, con tus hijos, tu familia, tus amigos, y de la noche a la mañana todo eso se va de ti, te quedas sin ese piso que es tu soporte. En ese momento tienes que empezar a buscar empleo y viene lo que son las cosas informales. Pienso que eso a uno lo hace más fuerte porque uno dice *sí puedo, sí puedo*; porque uno trata de enfrentar su realidad del día a día y se va perfeccionando busca otras alternativas y aprendí otras cosas distintas. Yo pienso que a uno lo fortalece como persona: en mi caso me fortaleció.

UNA EXPERIENCIA SORPRENDENTE

Pues sí hay muchas cosas... me pareció una experiencia muy bonita la conversación que sostuvimos un día cualquiera tomándonos un café con el ingeniero Jonathan de la Secretaría de Desarrollo Económico de Tibacuy. Hablábamos que los programas que ofrecía el departamento y el municipio son casi los mismos, así que nos dijimos que podíamos cambiarlos sin perder la esencia, así que comenzamos a trabajar el reciclaje, (también); elaboramos unas huertas muy llamativas que fueron en ese momento

7. Tal como lo indica la Guglielmucci (2016), el concepto de víctima no puede generalizarse sino observarse desde las construcciones significativas en lo local. En el caso de Tibacuy, y como lo ratifican las víctimas entrevistadas, las representaciones y prácticas políticas, muestra que estas personas afectadas no se vieron realmente beneficiadas por las políticas de Estado en materia de reparación. Además, hay una indicación crítica a que las reparaciones no pueden limitarse a la indemnización económica, sino que se requiere asistencia psicosocial. Muchos de los desplazados simplemente no se enteraron de que tenían derechos a los cuales aplicar, así mismo, no saben orientar sus demandas ni necesidades, salvo, sufrirlas. Con la autora se respalda la idea de la difusa identidad y distinción entre víctima y victimario, pues lo señalado por los entrevistados, indican que estos últimos lograron beneficios al presentarse como víctimas.

el boom en Tibacuy; no eran hidropónicas, sino que era un sistema que se utiliza en Cuba donde en un menor espacio puedes cultivar para tu sostenimiento, el sostenimiento de las familias. Eso me impactó y ha sido una de las mejores experiencias que tuvimos y también para las familias que logramos captar en ese momento. Esas cosas te motivan y vas a ver que sí se pueden hacer cosas.

“Luego salí de trabajar de la Administración, y a raíz de todo esto, sigo capacitando familias. Hay personas o entidades como el ICBF, que me dicen “necesito un taller”, “necesito una orientación”, y sin ganar un solo peso, yo voy porque yo lo hago por amor a la comunidad, porque me gusta que la gente aprenda, que se defienda, que sepa que tiene derechos y yo lo hago porque eso me agrada, me dice que soy capaz y lo estoy haciendo.

APRENDIZAJES PARA COMPARTIR

De todo eso que yo he hecho, y que sigo haciendo, tengo una recopilación. Por ejemplo, yo enseñé a hacer abonos orgánicos, bisutería, pautas de crianza... son muchas cosas que no quedan solo para mí, sino que las comparto y se va tejiendo una red de personas. Para mí eso es importante y para las otras señoras eso es importante...

También está en el cómo las madres educan hoy a sus hijos. Allí hay un antes y un después... Ahora las madres enseñan a sus hijos a cuidar el medio ambiente, hacen su huerta, eso antes no se veía... ahora se capacitan, terminan el colegio, eso ha ido cambiando... y los hijos también... antes los pechos estudiaban hasta noveno u octavo y ya, se retiraban a trabajar en el campo. Ahora terminan y se van a estudiar en el SENA quieren hacer un técnico. Ahora hay más preocupación por estudiar y eso no pasaba antes, entonces el contexto acá ha cambiado mucho; los muchachos ahora han mejorado notablemente y más con la tecnología de ahora; es más, hay una capacitación de sistemas hasta la tercera edad y las personas acuden, se interesan, leen, quieren estar informadas, si hay una capacitación de cualquier cosa se inscriben, participan, entonces ha cambiado mucho antes no había nada de esta participación entre las personas.

Hoy la gente se interesa más por aprender, conocer, capacitarse, porque cuando uno llega desplazado y no sabe hacer más que atender una oficina o de hacer de comer, que es lo que hacen las señoras del campo, y llegas a otra parte, entonces es difícil. Pero si tú tienes otro oficio y sabes otras cosas y tú haces manualidades, saber tejer o algo así, es una manera más fácil para adquirir ingresos para tu propia subsistencia.

Entonces a raíz de eso las cosas cambiaron y la gente se capacita y puede tener más opciones en el estado laboral.

Ahora se emplea mucho una palabra en los participantes de los talleres: se utiliza la palabra “concienciar”. Entonces las personas con las que uno habla dicen que tenemos que concienciarlo. La gente ya sabe lo que son las redes, las tecnologías de la información, y por utilizar ese tipo de palabras, ya saben mucho, más que uno mismo, gracias a la tecnología. Hace como 4 años, casi a la mayoría de las personas nos capacitaron sobre las TIC, entonces más de uno estaba actualizado y aprendiendo. Concienciar es una palabra que no solo la utilizan, la practican; conozco una señora de Albania, ella me decía que lo que uno tiene que hacer es concienciar, y a partir de los conocimientos que uno adquiere, uno puede educar a su comunidad. Ella participa en muchas capacitaciones, y yo le decía ¿por qué hace tantos cursos?, y me respondió que “eso no es para mí, es para transmitírselo a mi comunidad”. Pienso que eso es importante.

La gente sonríe más, la gente participa más con sus gestos, si asiente la gente lo expresa con su mirada, con su cabeza, con su forma de mover su cuerpo porque están pilas, por decir algo están en la juega, están activos. Uno se da cuenta cuando asiste a la rendición de cuentas, va [a la] población y cuando alguien dice “tantos millones invertidos en vías”, uno mira a las personas y como que, jum... no es cierto, y se sabe por la expresión de ellos, por el ceño, qué sé yo.

LA FAMILIA EN EL CENTRO DE ATENCIÓN

“La familia cambia porque es muy importante. La familia lo es todo. Antes no era así, no se veía la importancia que la familia surja. Ahora es, valga la redundancia, importante; ahora se preocupan por tener un hogar estable, por tener una casita bonita, en un lugar cómodo, pero antes no, antes era en cualquier lugar digamos una casa en esterilla de guadua, un techo de latón y ya. Ahora no, ahora es una casa bonita, una casa comfortable para su familia. La familia se volvió como el centro de cada persona

ASOCIARSE, PUNTA DE EMPRENDIMIENTO CON EL EJEMPLO DE MINGA ACTIVA

“El mismo Estado da la pauta para asociarse. No hay ayudas individuales sino para asociaciones, entonces la ayuda debe ser para la comunidad; por

eso se han asociado, y ya en una asociación lo primero es capacitarse, entender que es una asociación y la gente ha entendido y por eso se asocia.

“No ha sido fácil asociarse... nosotros inicialmente abrimos convocatoria y nos asociamos 35 personas, y quedó abierto para quienes se quisieran asociar y en el momento estamos 62. Hicimos una encuesta abierta para preguntarle a la gente qué quiere con asociarse, para qué se asocia. Luego tabulamos esa información y vimos que tenemos diferencias y puntos en común. En común es tener un proyecto que sea productivo y sostenible en el tiempo; nos organizamos en tres grupos, jóvenes, mujeres cabeza de hogar y señores. Y a partir de allí hemos venido gestionando proyectos para poder viabilizarlos a través de una ONG internacional, y ver qué nos sale, qué se nos da. Nos une la falta de empleo, y la asociación se llama Minga Activa, minga que significa un trabajo conjunto, para un común bien. Y activa, quiere decir que estamos prestos.

POR OTRA MIRADA HACIA LOS DESPLAZADOS

“Sería bueno que hubiese igualdad, no por el hecho de que venga de otra parte, desplazado; y el que esté aquí no quiere decir que signifique menos, que tenga alguna incapacidad laboral o intelectual; soy igual, así que no nos miren por encima del hombro por el hecho de ser desplazados... porque eso no es ningún pecado, ni lo hace menos que otro. Somos iguales, somos humanos, con dignidad, entonces, ¿por qué el otro tiene que ser más que nosotros?

“Me da tristeza por lo que están pasando los migrantes venezolanos; están en una situación terrible. En un momento dado viví eso, pero dentro mi propio país. El hecho de ser desplazada te cerraba las puertas para una oferta laboral; esto pasó mucho en Bogotá, de ahí que se optara por el trabajo informal. Eso le pega duro a uno. Siento impotencia grande porque ya pasé por eso. Mirar el rechazo y que digan “ah este me va a quitar la oportunidad que era para mí”, eso no es fácil. Me siento impotente porque quisiera colaborarles a todos, pero eso no se puede. Es duro, me recuerda mi paso por Bogotá... pero uno se debe sobreponer y mirar la vida con positivismo.

EL CONOCIMIENTO COMO ORIENTADOR DE LA ACCIÓN

“Mi profesión es ingeniería de alimentos, pero a raíz de esta situación me llevó hacer otras cosas y para eso practiqué, aprendí y pues, las puse en práctica. Trabajé mucho en ello, estudié técnicas de agronomía, técnicas de café, estudié asistencia terapéutica, comencé a estudiar administración pública, y todo lo que he aprendido, me ha servido, he vivido de eso. He hecho talleres de bisutería, trabajo en reciclaje... entonces para mí, es el conocimiento, y a partir de ese conocimiento yo puedo llegar a otras personas, puedo llegar a mi comunidad, y eso está día tras día en mí.

“Finalmente, lo que puedo decir para resumir toda esta experiencia, es que me siento más humana, menos egoísta, más dada a los demás.”

De esta forma, el relato de Lida permite ver otra cara del desplazamiento sin obviar sus afectaciones drásticas conocidas en los otros relatos. De aquí se resalta la importancia de construir consciencia y colocarse como sujeto histórico de la manera como lo explica Zemelman, toda vez en que el desplazamiento como determinación, o realidad impuesta, no puede determinar el pensamiento del sujeto quien elabora otras lógicas para hacer de su proyecto personal, un proyecto social y posible. Lida es, entonces, un testimonio de ello.

Se propone a continuación una lectura entre líneas que permite caracterizar en parte el desplazamiento en Tibacuy. Se dice que, en parte, pues el conocimiento obtenido por los participantes en mesa de víctimas, el grupo de discusión realizado y las entrevistas particulares, dan cuenta de una parte de muchos otros casos. Aquí conocimos a los que en particular se reconocen más que víctimas como supervivientes a los hechos victimizantes. Está pendiente la mirada de ese otro llamado “victimario”, quien se autoreconoce como víctima en la trama difusa de los hechos de la guerra que no termina de aclarar jamás el lado exacto de sus actores, y especialmente en el conflicto colombiano.

Otra característica del desplazamiento en Tibacuy es que no generó movilizaciones masivas sino selectivas pues advertían a ciertas personas que debían marcharse so pena de ser asesinados, amenaza que se cumplió en la mayoría de los casos. Con la llegada del ejército y aparición de grupos paramilitares, se invirtieron los papeles: los

milicianos de la guerrilla, quienes habían ayudado en amedrentar a sus vecinos, ahora eran quienes temían por sus vidas y huyeron del municipio sin amenaza previa.

Coincidente con la apreciación de distintos autores (Villa, 2006) los desplazados de Tibacuy se dirigieron en su mayoría a Bogotá y Fusagasugá, ubicando este fenómeno como desplazamiento intrarregional o “migración a corta distancia”. La particularidad de lo acontecido allí es que no fue un evento masivo, sino de individuales, lo que “explica en parte la poca visibilidad del fenómeno ante la opinión pública” (Villa, 2006) y la consecuente falta de reconocimiento y relevancia a nivel regional y local, pues el fenómeno existió, pero se desconocen cifras precisas sobre este, lo que afecta a la víctima para que sean reconocidos sus derechos. (Acnur 2004); (Defensoría, 2004)

EL DESPLAZAMIENTO, EN UN MARCO DE TENSIONES LOCALES

*“Cuando regrese levantaré,
nuestra casa de colores, nuestro patio con mil flores,
y nunca más me iré.
Cuando regrese,
porque te juro que volveré,
cantaremos mil canciones,
viviremos sin temores.
Y seremos tan felices
como ayer”.*
Sauti.

¿DESPLAZARSE O AQUIETARSE?

En esta dicotomía se tensiona el derecho a la movilidad. En el relato se hace relevante la limitación a la movilidad como infracción a este derecho de moverse con libertad. Muchas de las personas en Tibacuy no tenían a dónde ir, así que permanecieron en su terruño. En la frustrada toma a Viotá, la guerrilla coaccionó a los campesinos a ponerse al frente de las tropas y movilizarse.

“¿Y no hay ninguna alternativa para que nos podamos quedar? Y dijo ‘no, es una orden y a las 6 de la tarde llegan los camiones acá, todo el mundo con su equipaje porque toca’. Hablé con mi papá y me dijo: ‘Tocará mijo irnos porque o si no nos matan, tocará irnos’, y el tipo se fue y dijo ‘listo, estén listos aquí, aquí llegará la orden para que comiencen a salir para allá todos’. Esperando la orden se oscureció, no llegó ninguna razón... eran ya las 10 de la noche, nada, media noche, nada... Ya como a las 4:30 de la mañana fue cuando los perros empezaron a ladrar y ya escuchaba unos pasos, yo escuchaba cuando subían ahí, caminaban por ahí, por detrás, por la piedra, hablaban bajito, entonces desperté a mi esposa y le dije: mija, coja a la niña que ya llegaron por nosotros, me eché la bendición, abrí la puerta...”⁸.

De esta manera se muestra la complejidad de lo que en materia de derecho tiene el fenómeno del desplazamiento, pues el campesino estuvo sometido a no moverse con libertad, sino bajo presión e intimidación. Es decir, sí se movían era por indicación de la guerrilla.

En definitiva, las personas en Tibacuy se movían o se quedaban igualmente por miedo. Villa (2006) señala este fenómeno como «la violación del derecho a no migrar y del derecho a la movilidad» (Villa, 2006).

EL REFUGIO DE LA IDENTIDAD: ¿VÍCTIMA O SUPERVIVIENTE?

En la siguiente cita, puede notarse la distancia que separa el situarse como víctima dependiente (sujeto determinado) o como víctima proponente (sujeto indeterminado). En el grupo de discusión con víctimas por desplazamiento, una de las informantes señala que como persona aprendió a valorar más la vida, por encima de las posesiones o los logros:

“Te cambia en la manera como uno toma sus decisiones, porque ahí no se pone a pensar en si lo hago o no lo hago o qué va a pasar, sobre todo uno trata de sobrevivir la vida y no se pone a pensar por lo que le pase a uno sino lo que les pase a los suyos y si hay que dejar lo que tu tanto construiste, lo dejas...”⁹

8. Campesino del sector Albania quien pidió no mencionar su nombre.

9. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a-3:15 [Entrevista grupo desplazamient...] (1:55:07.28 [0:01:24.13])

“También te vuelves fuerte, porque tú llegas a un contexto donde no te conocen, no te conocen a ti, pero tampoco conoces el contexto donde llegas; eso te vuelve creativo, te vuelve ahorrador, porque no vas a gastar el poco dinero que llevas o el que vas a ganar en cosas que no necesitas; te cambia completamente la manera de vida de uno. Aprende a tomar decisiones rápidas...”¹⁰

Sin embargo, atrae el testimonio de otro de los informantes quien carga culpa pues al ponerse del lado del ejército, hizo que la persecución recayera en su familia, donde sus padres tuvieron que huir dejando atrás una finca que habían trabajado por cerca de 50 años. Este informante dice haber confrontado a la guerrilla, con el duro precio de tener que abandonar su tierra de la cual dice que hoy ya se desapegó y está condenada al olvido:

“...a mí me cambió 100 %; una parte por culpa mía. Mis papás quedaron en la calle porque yo entré al ejército y por ello se la montaron a la familia, mis hermanas me han reprochado eso... mi mamá en la clínica solo pensaba en la finca... y mi papá no hace sino pensar en eso... por allá fue y viene acá para decirme que volvamos a rozar, pero yo le digo que ya no está para eso, que está muy anciano y yo ya no quiero coger un machete; por allá ha ido y se pone a trochar, pero es que ya tiene más de 70 años. Me cambió la vida, dejé de moler caña, me metí en una deuda para tenerle casa en Soacha para mi mamá y le dije que esa casa era de ella mientras viviera, pero aún pienso en eso; mi mamá lleva 20 meses de haber muerto, y yo me he vuelto nostálgico. Ahora aquí (en Tibacuy) la vida es más suave, las cosas están más a la mano, pero volver atrás es más verraco.”¹¹

¿A quién reparó el Estado?

«Ha habido mucha gente que ha recibido ayuda humanitaria que por desplazamiento y ni siquiera el Gobierno sabe si sí, pero ya le dieron casa, le dieron carro, finca, y nunca les pasó nada, ni se fueron de la finca, y los que verdaderamente se fueron no recibieron ninguna ayuda».¹²

«los mismos milicianos que hacían matar la gente son a los que han reparado, a los pícaros les ha ido bien».¹³

10. Íbid.

11. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a - 3:18 [Entrevista grupo desplazamient..] (1:57:39.48 [0:04:06.81])

12. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a - 3:11 [Entrevista grupo desplazamient..] (1:38:24.64 [0:00:43.20])

13. P 3: Entrevista grupo desplazamiento marzo2.m4a - 3:11 [Entrevista grupo desplazamient..] (1:38:24.64 [0:00:43.20])

En este testimonio se ratifica una queja reiterada en las víctimas de Tibacuy. Aquí se señala que quienes fueron reparados por desplazamiento ni siquiera salieron de sus fincas, lo que resquebraja tanto la confianza en la ley como en el Estado y Gobierno.

«Es culpa del mismo gobierno municipal, de personería, ahí comienza todo el proceso... una personería debería hacer una investigación más a fondo, con hechos, ver si una persona fue afectada o no... hay gente con plata que está recibiendo más beneficios que cualquier persona pobre que no tiene absolutamente nada... esa es la falla que hay en el Gobierno.»

En materia de reparación existe una tensión que tiene ya un lugar en el imaginario colectivo: la injusticia de este proceso. Pues se presume que se beneficiaron quienes no tenían el derecho, mientras quienes sí lo tenían, no lograron ningún tipo de beneficio. Peor aún, los victimarios se presentaron como víctimas y recibieron “casa, carro y finca”, pero los más afectados y empobrecidos, “no recibieron nada”. No hay claridad entonces, por quién es en sí la víctima y quién el victimario. Sin embargo, más allá de los marcos semánticos y jurídicos, cosa que no es de poca monta, la distinción entre víctima y victimario se difumina en el espectro de las actuaciones durante el conflicto. De acuerdo con Guglielmucci (2017) “pensar en términos de víctimas y victimarios puede conducirnos a sortear preguntas más insidiosas, tales como la manera en que se producen socialmente situaciones de victimización o cómo la sociedad produce victimarios” (p. 95); esta idea conduce a una discusión no dada en el municipio, un diálogo pendiente o en definitiva la desatención sobre la clara definición de qué es ser hoy, y por los hechos sucedidos durante la presencia guerrillera, víctima, o por el contrario, victimario. El mismo hecho de que los desplazados no sean solo quienes huyeron y volvieron, sino que sea un municipio receptor (Gobernación de Cundinamarca, 2016) según datos oficiales, pero también por voz de los entrevistados. Puesto en otras palabras, se ratifica que el asunto no es colectivo, sino de unos pocos; no es problema de todos, sino de quienes lo padecieron.



CAPÍTULO 2

ENTRELAZANDO VOCES PARA LA PAZ. EL HOMICIDIO EN TIBACUY

La más básica de todas las necesidades humanas es entender y ser entendido. La mejor manera de entender a las personas es escucharlas».

Ralph Nichols

Bajo este título, que corresponde a uno de los programas radiales de Contando hasta 10, se abre espacio a través de la radio universitaria, Radio UNAD virtual, a un escenario de diálogo con las víctimas del conflicto en el Municipio de Tibacuy entre el periodo de 1998 y 2003; hechos victimizantes como el homicidio, el desplazamiento, la desaparición forzosa fueron los que marcaron la pauta para abrir espacio hacia la reflexión entre la audiencia, conformada por los oyentes en línea de la emisora institucional de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD, entre los que se encuentran la comunidad académica: estudiantes y docentes de la universidad, así como de instituciones externas de los municipios de Fusagasugá y Pasca.

El ejercicio reunió diez testimonios de mujeres y hombres, pobladores de diversas veredas del municipio de Tibacuy quienes de forma voluntaria dialogaron en un lapso aproximado de una a dos horas sobre su experiencia frente al conflicto a pesar de lo que ese ejercicio implicaba, al traer y activar en la memoria hechos históricos que, sin lugar a duda, marcaron sus vidas, las de sus familias, y que en un momento determinado habían considerado dejar en el olvido. Eventos dolorosos que durante la narración afloraban una serie de sentimientos encontrados entre el dolor, la ira y el deseo de justicia; expresiones verbales que desde la voz emitían angustia, temor, desconfianza, miedo y la mayoría de las veces la presencia de un pasado en ese momento presente que incitaba al llanto.

Se narra a través de la radio para un reconocimiento inicial del conflicto desde la mirada local, desde sus protagonistas; se abre la posibilidad al diálogo, al acercamiento que invita a la ruptura de la indiferencia y por qué no, del silencio; a comprender al otro que se trazó sin pensarlo, después del conflicto una ruta indecisa, pero a la vez confiada para seguir adelante y continuar su vida. Es la ruptura del silencio que desde cada versión narrada trae consigo el despertar de nuevos sentidos y en efecto las comprensiones de lo vivido; en esa dirección se busca abrir paso a nuevos entendimientos como lo manifestaba una de las líderes víctimas, de quien no mencionaremos su nombre:

“...parte fundamental de la construcción de esta historia son los campesinos desde sus diferentes veredas, organizaciones y puntos de vista; deben ser escuchados y tenidos en cuenta. Es importante que ellos tengan la posibilidad de contar su historia, además de reivindicar ese dolor y esas condiciones difíciles que marcaron sus vidas, esas situaciones que ellos no han tenido la oportunidad de expresar seguramente por temor o porque precisamente no existen los espacios en los cuales se los tenga en cuenta; entonces es importante buscar todas esas miradas, todas esas visiones, todo aquello que no ha sido contado, que también se tenga en

cuenta y pues se le permita mostrar lo que realmente hay en su corazón y lo que realmente quieren aportar, porque es muy importante lo que la gente tiene para aportar, y sería una construcción de un país más plural, de una manera más incluyente y más amplia de ver las cosas desde la misma región, y no desde lo que se ha venido recogiendo generalizado. Hay voces que no han sido escuchadas y esas voces también son importantes en este momento de la historia...”

La clave está en escuchar otras voces, esas voces que entrelazan el mismo deseo de paz, de reconciliación; de un futuro determinado por la justicia, por el sueño de borrar un pasado que dejó en el camino huellas impregnadas de dolor, temor y desconfianza, y que hoy hace evidente la existencia de una comunidad fracturada; es el deseo de lograr una Colombia mejor, más humana y sensible, y con ese sentido, como un puente, la comunicación mediada por la radio cumple una función social significativa, la de activar la memoria, despertar la conciencia y generar nuevos significados, esos que en cierto momento han sido opacados por una historia oficial que privilegia miradas globales del conflicto. Según el informe *BASTA YA*, (Capítulo 5) “Las memorias (...) sus énfasis narrativos e interpretativos, y del significado que tienen para quienes cuentan sus experiencias, constituye el método mediante el cual nos acercamos a comprender quiénes son las víctimas del conflicto armado en Colombia. Narrar las vivencias desde lo local, desde las voces de quienes vivieron por años el conflicto, le da a ese sujeto histórico la posibilidad de historizar sus experiencias para repensar el presente y hacer un futuro más prometedor. Narrar es necesario para sentirse parte de un escenario y protagonizar tanto la propia vida como la vida social.

El trabajo de campo en el marco de la investigación se enfocó desde sus objetivos en la recuperación de la memoria histórica a partir de los relatos de vida, técnica cualitativa que, desde lo individual es un referente para la recuperación de la valoración del conflicto desde el punto de vista de cada una de las víctimas, a partir de su percepción sobre eventos de violencia, que han marcado una significativa incidencia en la dinámica social, política, cultural y económica de los habitantes del municipio de Tibacuy.

La radio y en particular la universitaria, a través del programa *Contando hasta 10* se abre como un espacio académico que convoca a la comunidad (audiencia) a un diálogo para el reconocimiento, para la reconstrucción de un sentido de convivencia desde una mirada más local, que ubica al oyente en el lugar del otro, en el contexto de los acontecimientos; como punto de encuentro media para develar esa parte del conflicto a través de las voces como vehículos que establecen una relación de cercanía entre el sujeto víctima y el otro -audiencia; relatos que actúan como un recurso de mediación pedagógica que activan la interlocución y el intercambio, siendo la mediación en pa-

labras de Prieto y Rosario (1993) el acto de “Mediar entre áreas del conocimiento y de la práctica humana y quienes están en situación de aprender algo de ellas” se trata de conocer la historia, de analizar e interpretarla, de contextualizarla y aprender algo de ella: se aprende a reconocer las subjetividades del sentir de quien narra, de la forma como reconstruye los hechos; se aprende a compartir la construcción de los sentidos, desde otras miradas que sensibilizan, aproximan y vinculan al otro.

En ese sentido se trabajó con 10 testimonios de hechos victimizantes, un ejercicio que implicó el acercamiento cuidadoso y el establecimiento de un ambiente de confianza, porque no es fácil abordar a una comunidad que ahora desconfía del otro y que prefiere muchas veces callar; aquí jugó un papel significativo la presencia de Lida Delgado (q.e.p.d) una mujer líder quien también fuera víctima del conflicto en su propia tierra y quien llega por desplazamiento a Tibacuy; fue su acercamiento con la mesa de víctimas lo que hizo factible este ejercicio de diálogo; quiero a través de este escrito agradecerle por haber formado parte de este trabajo investigativo, por habernos extendido la mano y habernos acompañado por más de un año y medio en lo que fue una tarea que implicó desplazamientos por horas a pie, ya que muchas veces no alcanzábamos a tomar el transporte que subía muy puntual a las 6 a. m.; un largo recorrido que por momentos se hacía corto en la medida en que ella nos iba narrando hechos y describiendo lugares testigos de los hechos victimizantes; narraba parte de la historia, desde su acercamiento, desde lo que escuchaba y desde su propia vivencia; ello hacía posible que antes de llegar al encuentro con aquella persona a la que ansiosamente queríamos conocer y escuchar; ya tuviéramos una aproximación a los eventos que hacían posible elaborar mentalmente preguntas pertinentes y más sensibles, lo que hacía del diálogo un ejercicio enriquecedor frente al logro de los objetivos que se perseguían.

Comienza entonces el trabajo de construcción de las historias, en este apartado iniciaré narrando los hechos alrededor de tres casos de homicidio, de mujeres y hombres algunos mayores de edad, otros jóvenes, que eran habitantes del común, por así llamarlo; que no le debían nada a nadie, que vivían de la siembra de sus tierras, de lo que comercializaban; otros de la política, de su rol de liderazgo; del trabajo para y por la comunidad. Posterior a esta labor, ahondaré particularmente en el papel que ha desempeñado la radio universitaria como mediadora para el reconocimiento del otro, de su dignidad, de su lucha; de un sujeto que a pesar de haber tenido que enfrentar el dolor de la muerte, sigue allí, en su tierra, con la esperanza de que algún día se haga justicia y salga a la luz la verdad.

UN RIESGO DIGNO DE ASUMIR

Y llegó la hora del encuentro... ese encuentro con las víctimas que en ocasiones, la mayoría, nos dejaba un sinsabor; escuchar vivencias en boca de sus protagonistas, mujeres e hijos que fueron testigos de la muerte de sus seres queridos y que aún se preguntan el porqué; expresiones que durante la narración evocan con el mismo dolor, el nombre de los que ya no están y que desempeñaron un papel relevante en la comunidad, "...se acabó don Alfonso, ya no hay más Alfonso..." con la voz entrecortada, pronunciaba doña Ana, con un tono cargado casi de llanto y una expresión en el rostro aún de tristeza y de cierto rencor, han pasado aproximadamente 18 años y es evidente que en la memoria quedó grabado ese momento como si estuviera sucediendo en ese mismo instante.

Se narra desde este primer testimonio la historia de una víctima por homicidio, un personaje reconocido por todos en el pueblo por su capacidad de liderazgo, por su entrega y dedicación y por su incondicional apoyo, comenta doña Ana: "lo venían a buscar incluso para solucionar problemas entre las parejas, cuando se peleaban...y él siempre estaba allí dispuesto a buscarle solución a todo para resolver los conflictos..." y entonces una sonrisa vino a su rostro y un momento de silencio dejaba ver cómo su imaginario se instalaba en ese tiempo y recordaba episodios como cuando se reunían en la casa, y con melancolía y algo de orgullo manifestaba: "...todos se ubicaban aquí en el patio, incluso muchas veces no cabían, yo lo acompañaba y me encargaba de atenderlos, se hablaba de las tierras, de los problemas de las veredas; él era el vocero de todos ellos..." describe doña Ana, "y es que él era un buen líder político y social de izquierda, profesional en ciencias políticas... y muchas veces pienso que por eso fue que lo mataron..." la reiterada expresión: "se acabó don Alfonso" condicionó en el imaginario de los colectivos no solo del municipio de Tibacuy, sino de manera generalizada, la idea errada de que políticamente el comunismo estaba estrechamente ligado a la guerrilla, confusión que para algunas personas resultó siempre peligrosa, la capacidad entonces de liderazgo, afectó y condicionó la idea de tener iniciativa, de defender los derechos y luchar por el bienestar de las comunidades. Entonces toda pretensión de asociación o liderazgo no era apoyada por temor; pues en el común de la sociedad colombiana hay un sesgo entre lo humano y lo ideológico que desestima el valor de preocuparnos por el otro.

Los relatos permiten entender que en un ámbito de guerra la muerte era una constante, era una gran probabilidad, más cuando poco a poco los rumores llegaban a oídos de quienes ya estaban "sentenciados" porque "Alfonso ya sabía que lo iban a matar,

algunas personas le advirtieron que debía salir huyendo porque lo estaban buscando para matarlo... esa mañana se fue a cobrar un dinero al pueblo producto de la venta de unos fríjoles, no sabíamos si se lo habían pagado todo, porque solo encontramos 500 pesos en su bolsillo; (...)

La confianza había retornado después de estar 20 días alerta, esperando a dos hombres quienes de forma misteriosa rondaron la finca de don Alfonso; todos habían estado haciendo guardia, sabían que en cualquier momento lo vendrían a buscar; sin embargo, don Alfonso a pesar de que había permanecido encerrado decidió salir, no era hombre que se dejara intimidar, de hecho muchas veces retó a su destino, como lo sigue contando doña Ana "...teníamos un cultivo de papa, estaba muy bonito y ya después de tantos días de encierro dijo Alfonso ya no más, me aburrí de estar aquí encerrado, si me matan pues que me maten, tome el arma y sea mi guardiana mientras riego el cultivo... agarré el arma, muy asustada, y me mantuve detrás de él, tan solo rezando, Dios mío que se haga su voluntad, yo decía". Don Alfonso, un hombre decidido, de temple, le gustaba compartir con sus amigos y extraños algunos tragos, especialmente los días de mercado en Cumaca; muchas veces se excedía, pero no le afanaba.

Era un hombre de campo, convencido del valor de luchar en defensa de los derechos; porque a don Alfonso se le debieron muchas acciones como por ejemplo la parcelación de tierras, la apertura de varias vías, también era representante del gremio de cafeteros, ya que formaba parte de la Federación Nacional, concejal por el Partido Comunista Colombiano, integrante del comité del INCORA, entre muchos otros roles destacados que dejaron huella. Cómo olvidar a don Alfonso presente en la historia de los Tibacuyenses, aquellos que se ubican en la inspección de Cumaca y quienes recuerdan sus obras; memoria que se conserva en el último libro que fuera escrito en su honor por su hijo, Fernando López, titulado *Me van a matar*, frase que muchas víctimas en Colombia repetían una y otra vez, y aún lo hacen, ante diversas instancias en busca de protección, para salvar su vida perseguida por las constantes amenazas que llegan tan solo por atreverse a decir la verdad, por defender los derechos de los demás, por recuperar la dignidad o reclamar justicia.

¿Pero por qué no abandonar pronto su vereda y proteger su vida como cualquiera lo hubiera hecho? ¿Por qué don Alfonso decide de forma radical quedarse allí, en pocas palabras tomar la determinación voluntaria de morir? Quizá por una sencilla razón, que para muchos no tendría lógica: era un hombre de principios que amaba su tierra; y mantenía con dignidad su cabeza en alto, y es que según relata doña Ana, cada vez que le insistían en salir, su respuesta era muy enfática pues "él no le debía nada a nadie y por lo tanto, no tenía por qué esconderse o huir de su tierra", *era un hombre honesto, cualquiera podía certificar que era bueno, que todo lo hacía sin ningún compromiso*".

Huir para don Alfonso, un hombre para muchos, sinónimo de fortaleza, un cacique que nunca dejaría a su gente expuesta ni vulnerada; abandonar lo que había construido, su familia, su liderazgo; era romper la confianza que muchos habían depositado en él. Y fue entonces su identidad, su arraigo y sentido de pertenencia lo que le permitió vencer el miedo y seguir su vida en aparente normalidad, esperando lo inesperado, lo anunciado; el miedo no formaba parte de una figura que siempre estuvo allí para todos, incluso para sus asesinos.

Esa noche como era el *modus operandi*, llegó lo tan esperado por don Alfonso, pero no por su familia; un momento que guardó en silencio, porque era el único en su casa que conocía su destino; uno se pregunta qué estaría pensando. ¿Acaso el miedo en algún momento no lo acobardó? ¿Sentiría ganas de huir? ¿Le pesaría quizás no haber tomado la decisión de salir de su pueblo? Lo que sí es cierto es que murió con dignidad, defendiendo sus intereses y sus ideales; murió en su propia tierra y muy cerca a su casa, porque tuvo el “privilegio” por así decirlo, de decidir el lugar donde quería morir.

Esa mañana narra doña Ana “ladraron los perros...” sonido espeluznante que anunciaba la muerte, lo decía doña Ana: “escuchamos los perros y enseguida todos nos asustamos, de un momento a otro unos hombres irrumpieron de forma agresiva, todos nos levantamos aterrados, estábamos con mis 2 hijos, ya mayores; golpearon con sus armas la puerta, casi hasta tumbarla y romper el marco...” “patrona abra la puerta”, “abra la puerta” nos gritaban, los nervios no me dejaban... salimos todos, era la 1 de la mañana del 19 de septiembre del 2003; nos miramos angustiados, pensábamos si nos iban a matar, pues cogieron la guadaña y mi hijo el mayor, se preguntaba si sería que nos iban a quitar el tronco, porque como eso era lo que hacían.

Lo sacaron a él, yo pregunté si podía acompañarlo, dijo no, ya lo traemos nosotros no venimos a matar a ninguno; (...) y lo sentaron en una butaca afuera en el patio, él les manoteaba y les manoteaba, lo alcanzábamos a ver desde el marco roto, porque nosotros no podíamos salir, nos dijeron quédense allí hasta nueva orden. No escuchábamos nada de lo que decían porque nos encerraron, solo oíamos como pateaban; luego levantaron a mi marido y lo bajaron para abajo, tal vez él tenía el sitio donde lo mataran”.

Escuchar al detalle los hechos, estar allí sentados, en frente de doña Ana, observando cómo su rostro con cada palabra se transformaba, cómo su mirada por momentos dispersa, nostálgica y triste, se perdía en el recuerdo de aquel instante; nos hacía estremecer y pensar en lo angustiante que para cada uno pudo ser el hecho de ver allí a su padre y su esposo, intimidado por las armas pero aún dispuesto quizás a luchar hasta el fin por su vida y defenderse con lo único que tenía, su palabra; y es que era un

hombre que no le tenía miedo a decir lo que pensaba ni a enfrentar la muerte pues por eso estaba allí, “manoteando” mientras su familia cargada de miedo, se sentía vulnerada, sin saber qué hacer, pues todos los hechos hablaban por sí solos, ya que la forma como se invadió el espacio, recurso utilizado con mucha frecuencia por los grupos ilegales, los hizo sumergir en un escenario de horror, predecir lo inevitable.

El hecho de violentar la intimidad era fundamental pues se esgrimía el control de quien llegaba frente a quien estaba; recurso psicológico fuerte, pues violentar la intimidad es violentarnos a nosotros mismos. Se construye entonces un sentido a partir de los hechos, sentido que a través de la violencia pone en evidencia ese acercamiento a la muerte, algo que va a suceder allí, a pesar de que decían que no iban a matar a nadie, pero otra cosa era lo que estaba en el corazón de toda la familia aquella madrugada.

Él tenía el sitio donde lo mataran porque días antes le habían dicho: “don Alfonso es mejor que se vaya porque lo van a matar”, y él decía que no, si me van a matar que lo mataran en su casa, porque quedaba su familia y su gente en poder de ellos. Habían desordenado todo, y en esas *oímos los tiros, dijo. Vladimir bajo su cabecita* y expresó: ahí quedo nuestro papá... bueno a él lo bajaron abajo y dijo aquí me matan (...) Donde oyó mi mamá los tiros, preguntaron los hijos, ellos salieron como loquitos, ya no había nadie, con una linterna salieron y fueron a buscarlo, yo me asome iba en el naranjo e iba caminando cuando ellos subieron cogiditos de la mano y dijeron nos mataron a mi papá... tanto servir en esta vida y nadie lo ayudó, repetía doña Ana con la voz entrecortada y a la vez como haciendo un reclamo, pues solo por su afán de servir lo habían asesinado.

El canto constante del gallo, las fotografías de don Alfonso exhibidas sobre las paredes de adobe de la casa, el cuarto en el que dormía y del que lo sacaron abruptamente aquella madrugada; el patio donde lo ubicaron y el sitio donde lo asesinaron, nos permitieron dibujar con precisión aquel instante lúgubre, narrado por doña Ana, siempre con la convicción de que don Alfonso era un hombre que nunca se rendía, pero alguien que, como muchos, no merecía ese final. Fue su dignidad la que condujo a don Alfonso a permanecer allí, la dignificación una puesta en firme de lo que se cree, se siente y por lo que se trabaja: por su tierra, por su comunidad; los hechos sociales por los que fue reconocido le dieron la fortaleza para permanecer allí, en un sitio en el que había que comprender que en un ámbito de guerra como el que estaba inmerso el municipio de Tibacuy, la muerte era una constante.

La postura de dignidad significa el no reconocimiento al miedo, porque no era fácil dejar el lugar de donde, se había crecido, el hogar en el que muchas veces como afirmaba doña Ana, Alfonso preparaba el tinto; el lugar donde muchas veces vio a sus hijos partir

rumbo a la escuela, es el lugar donde sus afectos crecieron, donde en varias ocasiones se sintió con la libertad de tomar decisiones, de ayudar a su pueblo, de pelear por los demás y defender los derechos; el miedo no existía porque había sido capaz de vencer la muerte, así como don Alfonso se enfrentó a ella y tuvo la capacidad de decidir dónde morir. *Se acabó don Alfonso, se acabó don Alfonso*. Tratando aún de aceptar que ya no estaba allí. Sin entender el por qué *se acabaron, se acabaron*, suspirando repetía doña Ana recordando a otros líderes asesinados; con voz nostálgica y el dolor impregnado en su corazón. *Eso es triste la vida, estos hijos quedaron con la sola mamita*. Hubo un momento de silencio, la voz de doña Ana se opacaba, el llanto tomó fuerza, “*lo mataron, lo mataron*” de un momento a otro escuchamos como su respiración se agitaba y el aire le faltaba, en cuestión de segundos nos mirábamos sin saber qué hacer, sentíamos que algo le iba a pasar, de un momento otro de la nada una pregunta surge que hace que doña Aña deje de lado aquel instante y regrese con nosotros.

¿Qué significó el asesinato de don Alfonso? La pérdida de toda posibilidad de mantener la dignidad y el respeto por los intereses de un pueblo; pierde toda una comunidad que alguna vez se sintió respaldada y que vio la esperanza de seguir creciendo socialmente en un ambiente justo y equitativo. Surge la incertidumbre, la desconfianza y el miedo y queda una sociedad fracturada, llena de temor, en la que el silencio toma fuerza, porque muchas voces permanecen temerosas y se ven obligadas a callar; la lucha por lo humano, por el interés hacia el otro pierde sentido pues de forma errada se leen en muchas ocasiones las acciones de orden social como un escenario subversivo, contrario a la ideología de turno.

Es la pérdida de un liderazgo que surge desde lo cotidiano, desde la tierra, desde la labor de un campesino que construyó tejido a partir del contacto con el territorio, a partir de la afectividad por su región, por su gente. Nada de eso queda, porque todo lo que alguna vez fue una lucha por lo humano se sesga por lo ideológico; entonces, la necesidad del otro se desliga del interés del común.

COMO UNA BOLA DE NIEVE

La historia que ahora se narra es la de un joven entre los 17 a 18 años, hijo de la Vereda de San Francisco, de familia igualmente campesina conformada por dos hermanos y una hermana. Él vivía con sus padres, un campesino humilde al que una vez el dolor derrumbó. Este testimonio es el de Cecilia hermana de John, hermano menor, a quien sin ninguna explicación asesinaron. “Un día como es habitual John descansaba en su

pieza cuando de pronto tres hombres llegan a buscarlo, mi padre inocente les dijo que estaba en el cuarto durmiendo, sin pensarlo entraron y lo sacaron de allí, afirmando que ya regresaban. Como es habitual la promesa de un regreso que nunca se cumplió. De un momento a otro unos tiros a lo lejos se escucharon, John había sido asesinado. Nosotros no sabíamos, de pronto llega la noticia a oídos de mi padre”. Ese día marcó para la familia el comienzo de una serie de hechos que desencadenaron más dolor, y a pesar de que Cecilia poco a poco lo ha superado, no ha sido fácil, pues en su mente y corazón pesa una historia que acabó toda posibilidad de narrar por boca de sus abuelos, lo que todo nieto espera escuchar.

“Primero fue mi papá, continúa Cecilia, quien siempre daba vueltas montado en su caballo por la finca, comúnmente en las noches cuando llegaba de tomar, repetía a gritos el nombre de mi hermano llorando; pienso que se sentía culpable por haber permitido que se lo llevaran; así duró por muchos años, deprimido y triste, ya él no volvió a ser el mismo de antes. Después de que fallece, por un accidente, la que sigue es mi madre, quien se dejó llevar por una mezcla entre rabia y dolor, lo que la motivó a retar sin pensarlo al destino. Para ese entonces un grupo de soldados del ejército se ubicaron cerca a la casa; mi madre los atendió, les brindó alimento, bebida, les abrió las puertas de la casa, no valió insistirle que no lo hiciera, estaba decidida a enfrentar lo que fuera. Muchas veces se lo advertimos, sabíamos que la podían matar. A ella no le importó, estaba molesta y la verdad algo confiada porque ellos permanecían allí. Se sintió de pronto segura. A pocos días ellos se levantaron y se fueron y de pronto llegó lo que esperábamos, la amenaza.

Fueron épocas en que la comunidad se sintió abandonada. No se podía ni siquiera dialogar con nadie, todos se sentían vigilados; la presencia de grupos tanto legales como ilegales dejó a todo un pueblo en el medio. La historia del conflicto en Colombia no es más que la historia de pueblos que han quedado a merced de pocos, a la voluntad de personas que abusan por el poder de las armas; intimidar, violentar viviendas; apoderarse de tierras, despojar a la gente de sus pertenencias, asesinarlas, desaparecerlas, han sido actos que a la fecha han quedado y siguen en la impunidad.

Mi mamá enseguida salió de su finca, porque uno de mis hermanos la obligó a salir. A ella no le gustaba ir a Bogotá, sin embargo, fue tanta la insistencia, que se fue. Duró allí un buen tiempo, pero ya estaba aburrida; no se sentía bien, extrañaba su tierra; así fue que mi otro hermano la convenció de regresar, “usted debe estar aquí, porque pertenece a estas tierras” y sin insistirle mucho, ella pensando que todo había pasado, regresó. Pero bastó con que llegará para que una tarde ellos irrumpieran en la casa y sin pensarlo la asesinaran. Allí quedó, en su finca, tirada en el suelo.

La valentía hecha mujer, supera todo miedo, inocente o no, deseaba solo estar en casa, al lado de sus hijos, de su tierra; el desplazamiento no podía ser la mejor opción, la rutina de una mujer campesina que se trasladaba a una ciudad, no se concebía en una mujer que siempre defendió su identidad, que siempre quiso permanecer arraigada a sus costumbres, a su gente, a su familia, a su estilo de vida; en Bogotá se sentía como en tierra ajena, limitada en posibilidades y con pocas oportunidades de formar parte de su cotidianidad.”

Allí quedó mi mamá; de nuevo estábamos tristes, desde ese momento en mi hermano comenzó a construirse un sentimiento de culpa, la historia de mi papá se repetía, pero ahora en él; nunca se perdonó el hecho de haber convencido a mi mamá de que se regresara. Lloró en silencio por muchos años hasta que un cáncer se lo llevó. Recuerdo ese día, agonizaba, estábamos en Bogotá; me acerqué a su cama y me confundió con mi mamá, lo tomé de la mano y de un momento a otro me miró a los ojos y me preguntó: ¿mamá es usted? No tuve más opción que decirle que sí, que allí estaba. Me miró y me dijo -perdóneme-. Lo acaricié y le dije que sí, que tranquilo... y murió. Cecilia con mucha fortaleza nos narra su historia, con lágrimas en el rostro reconoce que le duele, pero que siguió adelante construyendo su propia historia; nunca se fue de su tierra. Es una mujer llena de fortaleza, de temple, que lucha por sus hijos; por construir una nueva historia en una Tibacuy que ahora se muestra esperanzada y con una ilusión de contar con nuevas oportunidades de labrarse un futuro.

UNA HISTORIA SIN FINAL

Y es que en el municipio se ha tenido que superar el dolor y seguir adelante en silencio, se trata todavía de más de mil historias por contar, por escuchar, por sanar; hombres y mujeres que como el caso de Virginia no entienden cómo por defender el manejo de aguas de su vereda, asesinan a su esposo: “algunas personas no estaban contentas porque él estaba defendiendo temas relacionados con el acueducto veredal. Eso le costó la vida; recuerdo que era una tarde hacia la 1 p.m., cuando llegaron a buscarlo; él estaba en cama porque estaba algo enfermo, pero eso no les importó; aquí llegaron, mi hija les abrió, lo llamaron y él salió. Esa gente venía en una moto, se lo llevaron y lo mataron”. Los mismos vecinos fueron los que informaron que él estaba en la casa, los mismos que alguna vez habíamos atendido, con los que compartimos comida. Ahora no, ya no confiamos en nadie. Aquí ha llegado mucha gente nueva, pero no sabemos quiénes son, preferimos ya estar aquí en la casa, no invitar a nadie; mucho de lo que antes hacíamos se perdió. Por un tiempo me fui, estuve en Bogotá, pero ya cuando me

sentí más tranquila regresé; no soy mujer de la ciudad, sino del campo. Siento que las cosas han mejorado poco a poco, aunque uno nunca debe confiarse. A veces se escuchan motos en la noche y eso intimida.

La pregunta queda en el ambiente sin respuesta, sin aún comprender porque la muerte persigue a todos aquellos que buscan el bien común. Doña Virginia sigue allí en su finca, en la dinámica desde la cotidianidad, está cerca de los suyos, pero muy distante de todo extraño; reservada en todo sentido pues considera que el silencio es el mejor aliado cuando se trata de proteger la vida y más la de sus seres queridos.

En la confianza se sustentan las bases de todo tipo de relación en este caso social, quien viola este privilegio quebranta todo tipo de vínculo y son pocas las posibilidades de retomar, de volver a creer; se cruzan sentimientos de dolor y rencor; una marca que se convierte en la principal limitante para surgir en comunidad, se rompe el hilo y se fracciona toda posibilidad de construir el tejido social. La gente que estuvo ligada directamente con el conflicto en Tibacuy recuerda que fueron sus amigos, hermanos quienes se confabularon para cometer los asesinatos, así como indica Norma, exfuncionaria de la inspección del municipio: "...uno los mira con resentimiento, con dolor, con ira, se pregunta el ¿por qué?... y es que fueron personas que las vio uno crecer, fueron los hijos de sus amigos, de las personas que un día compartieron una fiesta, compartieron un evento, y llegar en un momento dado y sin saberlo a ser el victimario, el informante; el que informaba cada uno de los actos que nosotros hacíamos; obvio eso duele, realmente causa mucho dolor, porque es que estaban entregando vidas".

Norma, otra víctima del conflicto quien, desde su rol como secretaria de la oficina de la inspección, narra cómo tenía que frecuentemente hacer el levantamiento de cadáveres de personas que conocía, que estimaba, que en algún momento de su vida le habían agradecido por haberles servido bien. "Como atendía público, muchas eran caras familiares que podía identificar, para luego verlas allí, tiradas, asesinadas; es muy duro". Norma guarda silencio por unos minutos, pareciera que, retomando esos rostros, activando recuerdos; sorprendida, pues así lo dejaba ver en su mirada; de todo lo que tuvieron que enfrentar y ahora superar.

El miedo era constante, pues ella y demás funcionarios eran objetivo militar: "Vivíamos intranquilos, con el miedo a que en cualquier momento nos mataran. Trabajaba en la inspección de Tibacuy, el 2 de junio del 2002, llegaron a la alcaldía unos panfletos donde se obligaba a que se cerrara la Alcaldía porque no dejaban atender al público. Realmente tocó vivirlo, tocó aceptar, cerrar las puertas de la Alcaldía, yo como secretaria atendía; no se podía dejar nada por escrito porque teníamos personas informantes que andaban en moto de los grupos al margen de la ley, donde estaban pendientes de

todos y cada uno de los actos de nosotros los funcionarios, teníamos que estar sometidos a lo que ellos dijeran, hicieran; tocaba salvaguardar nuestras vidas, debido a eso, tocó tomar decisiones porque *temíamos a la gente, a los motoristas a los informantes*.

Recuerdo que llegábamos a las ocho, nos hacíamos frente a la Alcaldía, tocaba abrir un acta porque nos tocaba enviar esas actas de llegada de funcionarios que estábamos atendiendo nuestras labores, pero frente a la Alcaldía, no dentro de ella. A las cinco, nuevamente nos tocaba enviar acta de que se cumplía el horario de trabajo; no podíamos atender al público. Hubo un momento en que, frente a la Alcaldía había un árbol de aguacate de un señor, un propietario de ahí, y *allí era donde podía atender... sí me entienden, ¿saben lo que es eso?*

Eso es impresionante, realmente, fue una época bastante dura, donde ya los nervios no daban, no daban porque sabía yo que llegaba a Tibacuy, pero no sabía qué iba a pasar. Cuando estaba allí esperaba cualquier noticia: que mataron a fulano o a zutano, y tocaba como funcionaria acudir; porque al CTI no lo dejaban, la fiscalía no podía acercarse a la inspección de Tibacuy; tocaba yo como secretaria, porque ya mi jefe, desafortunadamente de la misma presión, él vivía en Cumaca, murió del impacto de la zozobra, él no resistió y murió... La muerte siempre estaba allí de manera indirecta con esa enorme propiedad de dominar, de posicionarse en la mente y el corazón de cada habitante, y es que hablar de fortaleza en medio de las frecuentes amenazas, en el abandono absoluto, a merced del destino y en mano de los victimarios era un gran reto.

“Y me tocó enfrentarme yo como secretaria porque nadie quería aceptar el cargo de inspección en el Municipio de Tibacuy, precisamente por esa ola de violencia tan espantosa que nos tocó vivir, cuál era digamos la situación de angustia y de zozobra que tocó vivir, yo salí de mi casa, y yo le decía, madre, ore mucho por mí, no sé si vuelva, porque éramos objetivo militar”.

El temor permanece; no se puede negar, como en el corazón de muchas personas que fueron vulneradas; no eran necesarias las palabras, bastaba solo con mirar la expresión de cada uno, cuando alguien se acercaba, y es comprensible porque hasta la confianza en los vecinos con quienes por muchos años habían compartido, se había perdido; pasaron de ser los amigos, incluso familiares, a ser informantes, aquellos que olvidaron ese sentimiento que los vinculaba. Se perdieron valores, afectos, principios; las circunstancias llevaron a momentos de pobreza, de desplazamientos; se pasa de una Tibacuy progresiva, organizada comunitariamente a un ambiente lleno de desconfianza e inseguridad, lo que desestabilizó socialmente al pueblo, se perdió la identidad, el espíritu de servir.

Ahora frente a un proceso de aparente transformación, los pueblos caminan esperanzados, con la finalidad de aportar a la construcción de una sociedad más en paz, en un ambiente de *“post-acuerdo* que promete mucho en temas como la justicia, la reparación, la verdad y la no impunidad; solo queda esperar a que el tiempo muestre que las decisiones reflejadas en la firma de aquel documento, se rescate a esa Colombia soñada.

Cierro este capítulo con la frase que reposa sobre la lápida de don Alfonso López:

*“Por estos caminos pasarán... Ustedes pasarán y sabrán
que la vida es más hermosa si hay menos injusticias y más dignidad.
Dignos los que morimos por estas causas;
Dignos los que siguen por este camino.”*



DESAPARICIÓN FORZADA EN TIBACUY: CONTEXTUALIZACIÓN Y EXPERIENCIA

“Las madres de Plaza de Mayo, mujeres paridas por sus hijos, son el coro griego de esta tragedia. Enarbolando las fotos de sus desaparecidos, dan vueltas y vueltas a la pirámide, ante la rosada Casa de Gobierno, con la misma obstinación con que peregrinan por cuarteles y comisarías y sacristías, secas de tanto llorar, desesperadas de tanto esperar a los que estaban y ya no están, o quizás siguen estando, o quién sabe: Me despierto y siento que está vivo -dice una, dicen todas-. Me voy desinflando mientras pasa la mañana. Se me muere al mediodía. Resucita en la tarde. Entonces vuelvo a creer que llegará y pongo un plato para él en la mesa, pero se me vuelve a morir y a la noche me caigo dormida sin esperanza. Me despierto y siento que está vivo...

(Eduardo Galeano – Memorias del Fuego III)

A MODO DE ACERCAMIENTO: ALGUNOS CASOS REPRESENTATIVOS

La desaparición forzada deja una especie de vacío distinto al de la muerte. Alguien que se encuentra desaparecido es alguien que no está, pero que regresa con cierta frecuencia, pues vuelve en forma de evocaciones, reminiscencias y/o conjeturas; pero sin saber a ciencia cierta dónde se localiza y cuál es su real situación. Es un estado ciertamente peculiar. Cabe preguntarse: ¿cómo se articula a la vida cotidiana de la familia alguien que era una figura cierta y definida pero que ahora no lo es? Están sus pertenencias, sus huellas, la evidencia indiscutible de su estancia en el entorno íntimo de la casa, de un hogar, de la vida de sus miembros, pero no está su presencia. No hay cuerpo palpable, ni una conciencia cierta y actuante; pero tampoco es posible articularlo al escenario de la muerte, pues no se cumplen tales requerimientos. Más que irse, ha sido arrancado, pero está presente en la esfera de una especie de evocación habitual.

Los desaparecidos son seres que duelen y se recuerdan, a quienes no es fácil asignarles una condición o un estado. Se procura, por un lado, mantenerlos intactos en su imagen, pero no se sabe cuál es su estado presente; es, por decirlo de alguna forma, una imagen que no puede ser actualizada.

Delineando un tránsito hacia el contexto de su grupo afectivo, de cierta forma es todo el grupo cercano, que rodea a la víctima de desaparición el que tiende a desfigurarse, o por lo menos a alejarse del ciclo habitual de los sucesos cotidianos. Estamos frente a un colectivo familiar que experimenta una profunda fractura asociada a la singularidad de su situación. Se podría decir que este es un modo eficiente de multiplicar a las víctimas. Es víctima el que desaparece porque se le niega “la posibilidad de ser” en el lugar que le ha dado ese estatuto ontológico, de identidad con un lugar, con unas prácticas sociales; con ese territorio íntimo de lo familiar. Pero también es víctima de primer orden quien espera, sin señales ciertas del destino de su ser querido; quien todos y cada uno de sus días tiene que amoldar su sentir a una situación que se reconfigura con el vaivén de su deseo y de la intensidad del vínculo preexistente. Lo señala Eduardo Galeano, refiriéndose a las madres de Plaza de mayo: en la mañana renace la esperanza, pero en la noche, con la oscuridad, deviene la certeza de su muerte.

Una cierta discontinuidad predice un giro dramático en las formas de actualización del mundo. La continuidad se constituye desde la identidad que a su vez la reafirma. Es, por decirlo de alguna forma, un lugar en el que se privilegia la construcción organizada

de la realidad. Para el caso de la desaparición forzada, que se podría definir como un acto de privación de este orden, dicha realidad se empieza a constituir al vaivén de un vínculo emocional irregular, que hace la situación demasiado inestable para permitirle operar funcionalmente en las distintas circunstancias de su existencia.

Dentro del informe *BASTA YA*, “el CMH define la desaparición forzada como la privación de la libertad de una persona de la cual se desconoce su paradero, en la que no se pide algo a cambio y el victimario niega su responsabilidad en el hecho”. (Informe *Basta Ya*, pág. 57). Cabe anotar, en este mismo sentido, de acuerdo con el tomo 1 de *Desaparición forzada en Colombia*, que son notorias las dificultades para la consolidación de información y la legitimación objetiva del concepto de desaparición forzada, entre otros motivos, por la similitud o la cercanía con otras categorías operantes, tales como la de homicidio y el secuestro simple o extorsivo. “De acuerdo con Colombia, Nunca más” (CNMH), es necesario trascender la idea de investigación como mera reconstrucción de hechos, para dar consistencia, confiabilidad, análisis y movilización social, en torno a la información sobre crímenes de lesa humanidad”

En su primer capítulo, dicho documento deja entrever que la desaparición forzada es una forma supremamente elaborada de esa perversa inteligencia de la confrontación armada, que cambia las masacres o los homicidios selectivos por acciones que tienen un mayor impacto en el tiempo, entre ellas la desaparición de personas; que pareciera un hecho victimizante de bajo impacto frente a la trascendencia que se les confiere a otras formas de violencia. Esta es una forma de ver las cosas, que intenta dar cuenta del significado de la desaparición, sus efectos e intencionalidades.

Lo cierto es que la carga emocional que implica la desaparición es un ejercicio que se vive en diferentes lugares; entre ellos, la proximidad del grupo familiar, o el círculo social y afectivo del desaparecido. El efecto entonces se ubica simultáneamente en el terreno de lo subjetivo, como en el terreno de lo social. En primer lugar, se establece en la intimidad de la espera, del menoscabo de la expectativa, que se traduce en la configuración de estados hondamente ambivalentes, que hacen referencia a la coexistencia de sentimientos contradictorios entre los que se pueden mezclar la ira con la tristeza; o la ilusión momentánea con cierta sensación de desesperanza, impidiendo de esta forma, el avance en la elaboración del conflicto que entraña un evento tan avasallante. Dentro del componente social, uno de los contenidos característicos de la desaparición forzada, tiene que ver con la relación que se establece con el territorio. Así como en el desplazamiento se presenta una subjetividad desplazada de su territorio social, cultural, afectivo y simbólico, en la desaparición se puede hablar de un territorio sin sujeto, arrancada su posibilidad de ser actor que aporta a la transformación de ese escenario que lo contiene y al cual estuvo ligado de distintas maneras hasta el

momento de su desaparición. Se diría entonces, que el territorio también se constituye en víctima, en la medida en que le ha sido sustraído un sujeto en pleno ejercicio de su ciudadanía.

Ya en el terreno propio del municipio de Tibacuy, la desaparición forzada se configura en los casos emblemáticos, que se mantienen en el recuerdo y que representan las formas particulares de su advenimiento. Uno de ellos es el caso de don Alirio, un ganadero que tenía su finca en la vereda Naranjal o el concejal Arcadio, líder social de la izquierda del municipio, quienes, desde el cotidiano espacio de sus vivencias de pueblo, fueron reclamados por el conflicto para jugar el infortunado rol de desaparecidos. Desaparecidos porque después del desdichado acontecimiento, no se volvió a saber nada de ellos, por más que fueron buscados, preguntados por sus familiares y denunciados los hechos ante las autoridades competentes. Tampoco hubo un cuerpo, unos restos humanos que permitieran verificar su deceso, cumplir con el ritual de la despedida para cerrar el dramático, pero habitual, ciclo de la existencia. De esta misma forma, no fue posible identificar un lugar que permitiera a sus familiares dirigir sus pasos para el encuentro con el ser amado que ostentaría un lugar y una condición, puede que distintos, pero igualmente identificables y por ende generadores de desahogo y alivio. Nada de esto sucedió.

En estos dos casos, tampoco se sabe que sus familiares recibieran algún tipo de mensaje para pedir dinero con el fin de garantizar su regreso. Pero por sobre todo, son desaparecidos porque, tomando como referente el caso de Arcadio, hasta el último momento de su existencia, doña Ángela, su madre, esperó una respuesta que señalara un lugar o un motivo; que le permitiera construir una historia factible con relación al destino de su hijo. De forma similar aconteció con los familiares de don Alirio, quienes terminaron marchándose del Municipio, abandonando su finca, su ganado y sus proyectos en la región, pero igualmente, viviendo con la incertidumbre acerca del paradero de su ser amado.

El exiguo reconocimiento frente a la desaparición forzada ha permitido que sus connotaciones no se hayan clarificado plenamente. En el Municipio de Tibacuy, tras los hechos de desaparición, se revelan varios móviles. El caso de don Alfonso, al parecer, obedece a una conjunción entre motivos económicos y políticos asociados a su condición de ganadero, en una zona de alta incidencia por parte de grupos paramilitares, como lo es el municipio de Cambao en el departamento del Tolima, que era el lugar en el cual compraba los semovientes que posteriormente traía a su finca de Tibacuy. Esta concurrencia de circunstancias le obligó a tener que cargar con un estigma que lo hizo blanco de la acción armada, probablemente del frente 44 de las FARC, que para ese momento era el principal operador de episodios de violencia armada en la zona.

En cuanto a Arcadio, otro de los casos representativos en el Municipio, su carácter de líder social, su condición de miembro del Concejo Municipal de Tibacuy y otrora funcionario de la Alcaldía, quien estuvo ligado a un accionar social muy perceptible, tuvo reconocimiento por parte de sus habitantes y, según cuentan, también algunas controversias de orden político. Estos elementos muy seguramente configuraron los motivos en la imaginación de sus captores, desconocidos, misteriosos, quienes eligieron llevárselo una noche de su casa, mientras tomaba su cena. Hasta el día de hoy no hay una sola pista acerca de su paradero.

Hay otros casos, quizá menos claros y visibles, pero no por eso menos reveladores, como el de una adolescente de nombre Karen quien en algún momento asistía a una de las instituciones de educación media en el municipio. Se dice que varios hombres vinieron por ella y por otras dos chicas estudiantes del mismo colegio. Al parecer las tres desaparecieron y durante mucho tiempo no se volvió a saber nada de ellas. Karen nunca más volvió al colegio y nunca regresó para seguir siendo parte de su grupo familiar. La familia se mantuvo hermética y optó por aislarse de la dinámica social del municipio. En palabras de alguno de los habitantes del pueblo, “ellos hicieron como si no hubiera pasado nada”. Una de las adolescentes, que al parecer fue raptada con Karen, manifestó alguna vez, después de regresar, que había escuchado que su amiga había muerto en un enfrentamiento entre las FARC y el ejército, pero eso es apenas un rumor sin confirmación. Hasta ahora su familia no ha llevado a cabo gestión alguna para indagar acerca de su posible paradero.

La historia de Karen podría ser representativa, en términos de la manera en que algunas modalidades de violencia van mutando hacia la desaparición forzada. Con Karen, el hecho que inicia este recorrido del horror y de la incertidumbre, tiene que ver con el llamado reclutamiento forzado. Ella posiblemente fue movilizada por el frente 44 de las FARC. Es decir, en contra de su voluntad empezó a ser parte de un grupo armado, a la fuerza, sin su consentimiento, como suele suceder con la mayoría de las y los menores de edad que son sometidos a esta perversa práctica de guerra. La coerción define su nueva condición. De estudiante a actor armado del conflicto; combatiente que empieza a ser parte de una fuerza que agrede la legitimidad del Estado, en la que siempre vivió hasta el momento de su desaparición.

Mientras tanto, su núcleo familiar adopta una actitud de aislamiento. Cuando alguna de las personas conocedoras del caso manifiesta, que posterior al reclutamiento la familia “hizo como si no hubiera pasado nada”; al indagar en esta apreciación, se impone una primera reflexión relacionada con uno de los impactos de la desaparición forzada: el comportamiento de quienes se convierten en víctimas, por cuenta de la desaparición de uno de sus familiares, se torna impredecible. Posiblemente, las mu-

chas presunciones que se tienen que construir diariamente generan una ruptura frente a un potencial curso de los acontecimientos. Se genera así una especie de inmovilidad que hace que el grupo familiar retorne una y otra vez al episodio de desaparición y su posible itinerario; es una especie de proceder maniaco, que puede ser entendido como un mecanismo de defensa que pretende cierto equilibrio entre la realidad que se experimenta y la incertidumbre que se siente.

El imaginar mil puertas de salida, todas diferentes, pone de presente que no es posible casarse con una versión, para procurar una respuesta plausible frente a lo sucedido. Los parámetros dentro de los cuales se elaboran las interpretaciones que acompañan a los familiares de la víctima de desaparición no perduran, porque buscan definir algo imposible, algo que no está en sus manos. Se crea de esta forma la manía de buscar un dinamismo precario y costoso para mantener vivo el espíritu de su ser querido.

Lo cierto es que “la mayoría de las familias de los guerrilleros muertos en combate no tienen información de dónde murió su pariente, dónde estaba combatiendo; simplemente un día desaparece y no vuelve a comunicarse, o les llega la noticia de que a su hijo lo mataron, pero no se sabe dónde lo enterraron; es un desaparecido”. (Padre Javier Giraldo. *El Tiempo*, 2015). Esta es otra de las aristas de la desaparición forzada. Se trata de ocultar los cuerpos y posteriormente desaparecerlos con el fin de desinformar. Seguramente la experiencia de Karen y sus padres es la misma de muchas familias de hijos reclutados, que pasan a ser desaparecidos por cuenta de la intención de negar verdades operativas al interior de la confrontación armada.

Es la clara evidencia de una estrategia de guerra, que se impone a la responsabilidad que se debe adquirir frente a los combatientes de cada grupo armado. Es la negación de una sensibilidad elemental frente a la necesidad real de dar a conocer la situación de la hija o hijo reclutado a sus seres queridos. La verdad es lo de menos; gestionar el dolor de forma funcional es lo de menos. En este juego deshumanizante ingresan los distintos actores armados, pervirtiendo de esta manera el conflicto, como mecanismo para dirimir diferencias irreconciliables, sumando más dolor, negación y total falta de apoyo a unos actores que han ingresado involuntariamente a la confrontación y por quienes no se expresan mayores consideraciones.

Volviendo al caso de don Alirio, una de las funcionarias de la Alcaldía por aquella época manifestó lo siguiente:

“Él se confiaba mucho en su trabajador, quien era simpatizante de la guerrilla. Fernando se emborrachaba y empezaba a decir: “Don Alirio es paraco”. Un día le pregunté a una vecina qué había pasado con don Alirio, que

había desaparecido un año atrás. Ella me contó que el día que se lo llevaron, ese fue el susto más terrible que tuvo, porque una tarde de domingo llegó el comandante de la guerrilla con varios hombres y los encañonaron a todos los habitantes de la casa y se llevaron a don Aliro en su propio carro y desde ese día nunca se volvió a saber nada de él. Aunque vivía en la finca con su esposa, y además su hija y los nietos iban habitualmente a visitar a los abuelos; después de esto, ellos no volvieron, quedó todo abandonado. Ahora vive una promotora de salud, pero hoy en día esa tierra no es nada, para lo que era cuando don Aliro vivía allí”.

De Arcadio y Karen tampoco se volvió a saber nada. Es como si a los tres se los hubiese tragado la tierra, parodiando el final de la *Vorágine*, el poderoso texto de José Eustasio Rivera. Cabe la comparación, porque a los desaparecidos se los devora una espesura de intereses, intencionalidades, falsas versiones, poderes y acciones que al cabo del tiempo terminan convirtiéndose en algo muy difícil de entender. Es una dificultad que no debe morir en las garras de un olvido cómplice. “Todo debe estar guardado en la memoria, cuna de la vida y de la historia”, dice el cantautor argentino León Gieco.

Definitivamente es una de las más crueles incertidumbres, en la cual se conjetura un escenario paralelo, pero a su vez, precario; en el que prevalecen muchas preguntas: ¿en qué lugar estará?, ¿dónde descansa su cuerpo?, ¿qué es de su conciencia? Estos interrogantes ratifican otro de los ejes distintivos de la desaparición forzada: no es factible construir una historia consistente. Una historia es una narrativa cargada de sentido, que corresponde a una secuencia que debería sostenerse en el tiempo. Bien lo dicen las madres de la plaza de mayo: “a los que ya no están, o quizá siguen estando o vaya uno a saber (Galeano...). No hay certezas, la narrativa alcanza escasamente a sostener un precario y efímero ejercicio de regulación de la experiencia, que esconde el deseo íntimo de que retornen pronto y termine por fin esa pesadilla en la que se encuentran inmersos.

Lo cierto es que no es posible construir una historia duradera, apenas son fragmentos, fracciones que se diluyen en el tiempo; piezas sueltas desprovistas de continuidad. Algunas de las expresiones de los familiares de los desaparecidos dejan entrever que nunca van a saber qué sucedió en cada uno de los días de su ser amado, al que en vano esperan. Pero, aunque así sean las cosas, tampoco van a poder cerrar la puerta, como le sucedió a doña Ángela, para quien, muy seguramente la última pregunta de su existencia tuvo que ver con el destino de su hijo desaparecido.

A propósito del caso de Arcadio, narra una de tantas víctimas en el país: “En una ocasión le pregunté a un compañero al que le desaparecieron a su hijo, si cada noche pen-

saba qué había pasado con él; cada noche, así como yo pensaba qué le habría pasado a Miguel Ángel. De alguna manera me arrepentí de haberle hecho esa pregunta porque la respuesta que me dio fue dolorosa. Gloria me dijo: “llevo 1 107 noches pensando en 1 107 muertes diferentes de mi hijo”. (*El baile rojo, memoria de los silenciados*. Citado en *Hasta encontrarlos*. Pág. 265). Evidentemente el relato de un hecho vital organiza la experiencia, sobre todo si sus componentes guardan cierta constancia. Es un verdadero desafío a la cordura recrear 1 107 formas de conjeturar el mismo evento. Es una puerta que se abre por cuenta de la incertidumbre y se alimenta de la ilusión, el deseo y la fantasía, rompiendo los límites naturales de una narrativa plausible de la existencia. Aquí suceden varias cuestiones; entre ellas, un centramiento en el evento de la desaparición, que se vuelve un eje que empieza a atravesar la experiencia vital. Así, todos los eventos, hasta los más cotidianos, se tiñen de este matiz. Bien lo dice Galeano: “a veces se coloca un plato en la mesa, procurando con este sencillo acto revertir el impacto de una realidad tan determinante”. Sería una especie de artilugio para cambiar la contundencia de los hechos. De este tema se desprende una consecuencia inesperada: estos mecanismos de afrontamiento, estos itinerarios íntimos generan una sensación de aislamiento; o acaso, se preguntarán los familiares ¿quién podría comprender la utilización de tales sutilezas?

Se intuyen otras preguntas en el pensar colectivo de quienes, de una u otra forma, han tenido algo que ver con la desaparición forzada: ¿cómo cerrar esta trama de espanto y hacer de cuenta que ya no va a volver? ¿Será posible?; o hay que vivir el día a día con esa carga sobre la existencia e inventar una y mil versiones de la vida o de la muerte de la persona desaparecida? ¿Cuántas cosas pierden paulatinamente su valor? ¿Cuántos fragmentos de eso, que es cada uno, se sepultan con esa infinita sensación de ausencia perpetua? Son preguntas obvias, pero de muy difícil respuesta. Esa “otredad”, representada en el pueblo, la comunidad veredal, los vecinos y amigos, que simboliza la posibilidad de cierto grado de solidaridad, una intención de compartir lo que se va experimentando, se torna nebulosa, pierde su solidez... el inexplicable sentimiento de distancia termina ocupando cada instante y cada espacio y no hay un modo cierto de salir de esa opresiva atmósfera. Es la cruda cotidianidad de los familiares de los desaparecidos.

SUCESOS Y EXPERIENCIAS MUY PARECIDAS VIVIERON PAOLA Y SU MADRE SUSANA GONZÁLEZ, QUIEN FUE DESAPARECIDA EN EL AÑO DE 1998...

Este es un relato a varias voces que sigue la pista a la historia que fue hilando Susana a partir de sus relaciones con algunas instituciones del municipio de Tibacuy, con su familia extensa, con sus hijas, con el compañero con el cual compartía la vida al momento de su desaparición y, finalmente, con los actores armados, que muy seguramente están vinculados a estos últimos acontecimientos. Este es un relato marcado por la aprehensión, el dolor y el miedo al conflicto armado, que sigue latente en las representaciones sociales de los habitantes del municipio de Tibacuy. Así que a Susana no se la encontró en una entrevista estructurada. A Susana se la descubrió en el hermetismo de Paola, su hija mayor, quien seguramente vive su vida de una forma distinta desde aquel recuerdo que le puso un sello a su existencia. Se la puede hallar en los relatos sueltos de los habitantes de la localidad, que espontáneamente expresaron su parecer. También en las certezas de sus reclamos llevados a la administración municipal cuando tuvo inconvenientes con su familia extensa o con su pareja.

DESDE LA VOZ DE PAOLA Y OTRAS VOCES: UN RELATO REPRESENTATIVO

Manifiesta una de las exfuncionarias de la Alcaldía de Tibacuy:

“Conocí a Susana, porque era beneficiaria de un programa de seguridad alimentaria. Ella recibía un paquete nutricional cada mes porque era considerada población vulnerable, pues para esa época tenía niñas menores de siete años. Vivía en una finca en la parte alta de la vereda ‘La Gloria’, por el cerro de Peñas Blancas. Creo que no tenía a quien contarle sus cosas, porque un día llegó como a eso de las 3 de la tarde a decirme que había tenido un altercado con su hermano, por unos derechos de sucesión. Me comentó que se enfrentó a machete con él y yo le sugerí que fuera a la inspección de policía a exponer el caso”.

Esta situación de conflicto era constante, y se encontraba asociada a distintos motivos. Uno de ellos era la discordia relacionada con la repartición de la herencia familiar, posterior al fallecimiento de su señora madre. En los siguientes días la situación de agresión en el grupo familiar extenso fue atendida desde la inspección de policía y después de un encuentro entre las partes y la programación de una diligencia de caución y de la consiguiente orientación respecto a las gestiones propias de un proceso de repartición de los bienes motivo de las diferencias que causaron el enfrentamiento, la diligencia se cerró.

Adicionalmente Paola, hija mayor de Susana, menciona por ese mismo tiempo la compleja situación que existía al interior de su grupo familiar; ella afirma: “mi padrastro me molestaba”. Igual expresa que para ese momento era apenas una adolescente. “Mi mamá decidió mandarme a Bogotá, donde una tía. Allí empecé a trabajar en casas de familia, pero ella estuvo muy pendiente de mí y siempre que podía iba a visitarme” Igual reveló que el padrastro era miliciano de las FARC, pues afirmaba que él era “de esa gente”, refiriéndose al rol que jugaba en el contexto del conflicto armado existente en el Municipio.

“Para las fuentes no oficiales, la caracterización social y política de la víctima es una variable fundamental” (Tomo 1 D. F. Pág. 269) Aquí se tienen en cuenta factores como la filiación política, la representación que la persona tiene en la comunidad, y la militancia; aunque estos aspectos no agotan los casos referenciados.

Este complejo escenario, que era habitual, fue configurando un imaginario social sobre Susana, como persona beligerante, problemática y con cierta disposición a dirimir las diferencias familiares, con actitudes y conductas violentas. Se puede decir que existía todo un historial que fue definiendo esta caracterización. En algún momento se dijo que el mismo municipio estuvo tratando de adquirir algunos de los predios de la familia González, pues allí nacían algunos cursos de agua que la Alcaldía estaba interesada en conservar. Se dice que este negocio no se pudo materializar debido a la actitud beligerante de los González, que siempre se opusieron, entre ellos Susana. Volviendo al problema de la agresión entre hermanos presentada por las desavenencias relacionadas con la repartición de la herencia materna; este episodio que trascendió el contorno de la intimidad familiar reafirmó el concepto de Susana, como una mujer agresiva y problemática.

En el escenario del conflicto, la visibilidad de un personaje como Susana, da pie a que los grupos armados, constituidos en referentes de orden y acatamiento social ganen respeto a partir de la intervención y la consiguiente regulación de este tipo de comportamientos. Muy seguramente ella era una de esas figuras que se encontraba registrada

en los listados de quienes debían ser advertidos por esas conductas violentas que bien podrían ser validadas para los grupos armados, e incluso, para el género masculino, pero no para una mujer cabeza de hogar que debe proyectar una imagen de fragilidad, dependencia y respeto por la norma social.

En la ética del conflicto armado la imagen que construye el “otro social”, de una persona elegida para ser desaparecida debe guardar cierta consistencia. No debe existir asomo de duda; ello implica que no concurre el sano equilibrio que proporciona la relatividad de una simple versión y por ello no hay justicia en esta narrativa. No hubo voces que dijeran que Susana tuvo la entereza de mantener a sus hijas bajo un mismo techo, dentro de un concepto aproximado de familia; iban a estudiar, tomaban sus alimentos, que eran preparados por ella misma, contaban con una vivienda, sus camas en las que dormir y algunas rutinas que impregnaban de sentido su cotidiana existencia. Cuando Paola tuvo que viajar a Bogotá, sus palabras fueron: “...ella estuvo muy pendiente de mí y siempre que podía iba a visitarme”. Es necesario construir un habla social, puede que no al unísono, que otorgue justicia al actuar que se precipita sobre la persona. El descomunal papel de juez, que quien ostenta ejerce casi que, por el derecho fundado en su fuerza, defendido muchas veces por la misma población, es una suerte de idealización negativa que borra las contradicciones y genera una morbosa unanimidad que abre toda una ruta a la lógica de la actuación dentro de la dinámica de la desaparición forzada.

Ya al interior de la familia nuclear de Susana, se presentan otras condiciones que se relacionan de forma muy consistente con algunas de las intencionalidades que justifican la práctica de la desaparición forzada: el castigo y la generación de incertidumbre. Una de ellas, tenía que ver con el hecho de que su pareja para el momento de los hechos era visto como miliciano de las FARC. “Él era de esa gente” expresa Paola, aduciendo su militancia en este grupo armado. Susana, vinculada de forma directa o indirecta a este tipo de militancia, termina siendo señalada. Es visible esta especie de estigma, pues a pesar del dominio del territorio ejercido por las FARC y de ser el compañero de Susana militante de este grupo armado; ella empezó a jugar un rol muy particular, ya que se la miraba como una persona un tanto discutida, que había rebasado los límites del deber ser. Se gestaba así una especie de marginalidad, pues sin ser ella parte del grupo armado que ejercía el control, que limitaba la movilidad de los habitantes y afectaba de manera tan profunda la cotidianidad del pueblo, si se asumía que existía un cierto consentimiento de su parte, por estas prácticas tan lesivas para los Tibacuyenses. Ella era una expresión sutil de esa especie de anuencia por el control violento del territorio y esta situación estaba en el trasfondo de la afirmación de esa exclusión de la que fue víctima, la cual fue fraguando lo que viviría en sus últimos días.

Otro de estos factores favorecedores de la desaparición forzada tuvo que ver con el motivo para que Paola, hija mayor de Susana, tuviese que marchar a la ciudad de Bogotá. El propósito del castigo a “lo incorrecto” es la eliminación de cualquier forma de amenaza a los órdenes establecidos. Ello permitió a los actores armados elaborar un discurso de justificación de un accionar centrado en el control, a partir de la suposición que actuaban para favorecer a las comunidades, buscando eliminar toda forma de perturbación del orden social establecido. Este hecho tiene una difícil lectura para el caso, pues expresaba la misma Paola, que cuando Susana decidió enviarla para Bogotá, se generó una situación complicada al interior del hogar, ya que esta determinación confirmaba la desconfianza que se venía tejiendo por parte de Susana, con relación a las insinuaciones sexuales de su pareja frente a Paola. Aquí se generaron dos hechos relacionados: el primero de ellos, la reacción de su compañero, quien, de acuerdo con lo manifestado por Paola, posiblemente le hizo saber al frente guerrillero de las FARC, liderado para esa época por “el Negro Antonio”, que Susana lo estaba poniendo en tela de juicio, ya que lo acusaba de querer abusar de su hijastra.

Así se fue generando frente a Susana una fuerte pérdida de credibilidad y apoyo, pues no contaba con su familia, su compañero la acusaba de querer afectar su buen nombre y el frente armado la consideraba una figura generadora de conflicto.

Susana, entonces se constituía en ese elemento turbulento; simpatizante del enemigo en razón a su vínculo de pareja. Igualmente representaba la disrupción, el ruido que alteraba la intención de silenciar y, por ende, de ejercer control. Al igual que otras muchas víctimas de desaparición representaba lo indeseable, era el signo de lo inadmisibles y a la vez evidencia del desacato. Así como podría ser alguien que decidió no irse cuando se le ordenó salir desplazado, podría significar lo mismo que aquel homosexual que fue tachado de corruptor de menores. Es la representación del mal, condensado en una figura que rompe con las convenciones, que se rechaza por su condición y por lo que simboliza en el contexto de un entorno de control. Si Susana era una figura peligrosa, eso no era lo importante. Lo verdaderamente significativo era instalar o afincar, aún más, un clima de castigo y de terror. Propagar el pánico era clave para mantener el dominio. Muchas personas, posiblemente Susana entre ellas, fueron simples instrumentos para instalar el miedo en la población y generar una sensación de vulnerabilidad que propiciaba el total dominio sobre el municipio en general.

Contrasta esta intención con la vivencia de los familiares de personas *desaparecidas*:

“Lo que más pido es que nos ayuden a encontrarlos, porque todos estos años que han pasado han sido una tortura y un tormento muy grande para nosotros. Otra navidad en esta angustia (...) Las niñas esperan todos los días que aparezca. Lo que más im-

ploro es que nos ayuden a esclarecer, que nos digan qué fue lo que le hicieron. Donde está; por lo menos que nos lo entreguen para saber a qué atenernos, esto es lo más duro” (CIRC, 2016, pág., 3. Citado por *Hasta Encontrarlos*).

La doble dimensión que se vislumbra en la anterior narrativa es importante hacerla visible, pues es una constante en los casos de desaparición forzada: La intención del generador de violencia en contra de la vivencia de quienes han sido convertidos en víctimas. Irreconciliable y absolutamente distante uno y otro acontecer. Tal vez esa gran distancia representa la dolorosa evidencia de dos actores que se encuentran en un mismo espacio y viven una mutua incidencia, pero por motivos diametralmente opuestos. Un efecto de la desaparición forzada como estrategia de guerra, en el contexto del conflicto armado, tiene que ver con la potestad de juntar en un mismo escenario la intención macabra de un actor armado que tiene la capacidad de tomar la vida de un ser humano, con el fin de instalar, primero miedo y después control; con la vivencia de un actor desarmado, muchas veces inerte, que solo quiere conocer por qué clase de razón, una condición hasta ahora aceptada por su comunidad de origen, sea ella, ser una mujer conflictiva, un homosexual, o simplemente alguien que no tiene el deseo de tomar partido por un actor armado en particular, de un momento para otro se hace visible a tal punto, que convierte a su ser querido en un candidato idóneo para ser asesinado, desaparecido su cuerpo y convertido en un vestigio que genera espanto en sus congéneres.

Para el caso de Susana los efectos fueron incontables y por ahora demasiado impactantes. Cuando a ella la sacaron de la casa para desaparecerla, estaba con una de sus hijas menores que para ese tiempo contaba apenas con cinco años. La niña fue la última persona que en su entorno afectivo la vio con vida. Ella nunca ha querido decir nada al respecto. Es presumible el clima de pavor de una pequeña que se descubre inmersa en una situación ininteligible. Un relato busca comprender, así que su silencio debe ser interpretado. Susana salió, seguramente con el miedo reflejado en su rostro: ¿Cuáles serían las últimas palabras para su pequeña niña? ¿estaría descompuesta en su dolor, o buscaría que su hija no se afectara más allá de la aprehensión experimentada? Quizás tenía una tenue esperanza fundada en que sus captores respetarían su vida simplemente porque era madre de esa niña. ¿Qué vendría después? Posiblemente el silencio roto por el llanto de una pequeña que se quedó dormida en la soledad de aquella oscura noche. Paola no supo qué pasó, no tendría por qué saberlo; para ese momento se encontraba en Bogotá. Ella también interpreta, también construye versiones sobre lo sucedido. Es posible que sean más de 1 107 interpretaciones recreadas. Lo que atinó a reflexionar era que su mamá la acompaña todavía en sus sueños.

Después de ese momento, la pequeña, que tuvo que sufrir tal espanto, se fue a vivir con su padre, el padrastro de Paola. Nunca más volvieron a ser parte de ese entorno familiar, que hasta ese momento era su mundo. Se supone para la experiencia vital de la niña, además de una ruptura y una pérdida, un cruel desarraigo. El tener que cambiar todos los componentes que hasta ese momento constituían su vida cotidiana; tiempos, espacios, hábitos de vida y vínculos afectivos fueron fragmentados en mil pedazos. La niña es una víctima directa que muy seguramente ha ordenado su existencia a partir de ese indescriptible momento. En ese ir y venir, la incertidumbre de no saber exactamente qué había sucedido con su mamá, permitió alimentar una versión en la que Paola había regresado a Tibacuy para beneficiarse de la desaparición de Susana. Estos comentarios generaron rupturas irreconciliables en el grupo familiar.

Las anteriores son consecuencias que no pueden ser calculadas, no se pueden medir; se verifican para el caso, en una distancia de años, casi que irresoluble, entre dos niñas que hasta el momento de los hechos fueron cercanas, parte de un núcleo vivencial y afectivo. La pretensión es concentrar la mirada en un punto, reconocer el infinito impacto de un acontecimiento; tratar de reconstruir una vivencia subjetiva a partir de los fragmentos que las experiencias narradas permiten vislumbrar. No resulta del todo consistente, en el contexto de una situación de conflicto social y armado, desaparecer a una persona y después responder al hecho, con un programa de beneficios o con una política de intervención, como forma de enmendar lo ocurrido. Es un territorio en su totalidad, con sus comunidades, su academia, su institucionalidad, el que debe interpretar y recoger el horror de una niña, para convertirlo en algo que dé cuenta de la dimensión de lo acontecido.

Sin pretender agotar los matices de este relato, es factible decir que las miradas de Susana y Paola coincidieron cuando Paola decidió volver a Tibacuy para hacer su vida, mientras trataba de reconstruir lo sucedido con su figura materna, que, en medio de todo, siempre estuvo pendiente de ella, la visitó en la ciudad de Bogotá, la ubicó donde su tía y buscó protegerla de lo que pudiera causarle algún daño. La mayor parte del relato de vida de Susana está en la voz de Paola, ello sin desconocer sus silencios prolongados, el miedo a preguntar y a exteriorizar sus dudas, o su permanente intención de indagar por lo sucedido, de una forma marcada por el sigilo y la desconfianza.

Ella supone cosas, ajusta versiones mientras construye su vida. Es madre, repite algunos hechos, como por ejemplo ser madre cabeza de hogar. Susana sigue presente en ella; la rememora en esa especie de sueños premonitorios y simbólicos que van marcando el camino de su devenir. Ella la regaña. También le dijo que comprara el terreno que ocupa la casa en la que hoy habita, en la vereda La Escuela, muy cerca a la vereda La Gloria, donde vivían anteriormente. Paola siente que su mamá se encuentra

muy cerca. Cuando hace algo reprochable dice: “se me pone brava”. Es un recurso que resulta inteligente, pero que habida cuenta de las circunstancias requiere de algunos ajustes para resolver la disonancia: Susana viva, guía, voz activa que permite que su hija mayor tome las mejores determinaciones, vivir en un buen lugar, hacer familia, criar a sus hijas en unas mejores condiciones. De hecho, al momento de nuestro encuentro para alguna de las entrevistas sus dos hijas se dirigían hacia la casa de la cultura del municipio a tomar clase de danzas. También están aprendiendo a tocar un instrumento musical. Otro día, en el parque central de Tibacuy, estaba Paola tomando un jugo mientras esperaba que las niñas terminaran una presentación que tenía lugar allí.

Pero igual convive con la búsqueda del cuerpo de Susana, “que está en una fosa común, me dijeron”... pero a la hora de localizar el lugar, el informante no se hizo presente. Conciliar la vida casi que onírica de Susana, con la búsqueda de su cuerpo para darle cristiana sepultura es una contradicción, como contradictoria resulta toda la vivencia en torno a la desaparición forzada. Este estado de incertidumbre corresponde de forma muy clara con lo que se define con la intención de invisibilización para ocultar la responsabilidad de los perpetradores de acuerdo con lo que se define en el documento *Hasta encontrarlos*, del Centro de Memoria Histórica. En este sentido el perpetrador pretende una violencia sin efectos; es decir, sin señalamientos, ni procesos judiciales de por medio, que lo involucren con el caso. Estas formas de ocultamiento se han venido sofisticando a partir de prácticas como la inhumación de los cadáveres en fosas clandestinas, o como personas no identificadas sepultadas en cementerios de poblaciones diferentes al lugar de los acontecimientos, o incluso con la utilización de agentes químicos para lograr una rápida descomposición de los cuerpos. La contradicción radica en la búsqueda de los mínimos efectos para los perpetradores, a costa de un dolor permanente para las víctimas de desaparición. Los hechos así terminan confirmándolo, pues en la mayoría de los casos de desaparición forzada, no se suelen entregar respuestas esclarecedoras en términos responsabilidades jurídicas y del conocimiento sobre el destino de los desaparecidos.

ANTECEDENTES Y DISPOSITIVOS QUE DISPONEN LA DESAPARICIÓN FORZADA

Una serie de eventos previos al episodio de desaparición forzada se configura en muchos de los casos. Para la situación de Susana también se puede hacer un rastreo sobre estas circunstancias, las cuales varían de acuerdo con cada episodio:

- Unos primeros hechos relacionados con la citación de la familia González a la inspección de policía por algunas diferencias presentadas con los vecinos de la vereda. En las zonas rurales este tipo de diligencias se presentan de forma recurrente y están relacionadas con temas como el acceso al agua, el levantamiento de cercas, o los animales que se pasan de uno a otro predio. Estos hechos dan inicio a una imagen que se empieza a irradiar en el pueblo. Quien llega a la inspección de policía no tiene buenas relaciones con sus vecinos, no logra acuerdos mínimos para poder convivir con su propia comunidad y fragmenta principios fundamentales para el buen vivir.
- Cuando se empezaron a hacer evidentes algunas diferencias dentro del grupo familiar respecto a la repartición de los bienes heredados de sus padres, se presentaron nuevos conflictos que fueron inicialmente tramitados en la Comisaría de Familia, por ser este un conflicto enmarcado en el grupo familiar. Se lee que a la comisaría llegan quienes no cuentan con los recursos necesarios para gestionar sus asuntos. Asuntos de este tipo se podrían conciliar, siempre y cuando existan condiciones básicas, que al parecer en la familia González no estaban presentes.
- Es plausible encontrar algunas concurrencias entre los imaginarios que se empiezan a tejer en el entorno comunitario más inmediato y las posteriores acciones emprendidas por los grupos armados. De cierta forma se utilizan las percepciones que una comunidad tramita en el terreno de las diferencias habituales, para convertirlas en juicios que terminan definiendo el destino de una persona. Es claro que para algunos habitantes del municipio y para varios funcionarios de la administración municipal Susana era una persona conflictiva que había sido requerida por las autoridades por sus habituales comportamientos de desacato a normas básicas de convivencia.
- Ubicados en la perspectiva de Susana, probablemente ella consideraba que estaba defendiendo su derecho a una herencia y algún tipo de consideración de parte de su familia de origen, por su condición de ser madre de tres niñas que no cuenta con el pleno respaldo de su pareja. Esta contradicción entre un sujeto que se sabe demandante de sus derechos y la percepción conferida, como persona problemática configura la idea de una subjetividad proclive a la desaparición forzada, en la que llama la atención el rol de un entorno social en que se diluye la frontera interpretativa entre el comportamiento cotidiano y la gestión de los propios derechos. Ello confirma un nivel de relación no intencionada entre los imaginarios sociales y las acciones armadas. En este caso

el actor armado se constituye en un lector intencionado de las percepciones sociales que proyecta el entorno. Así, sentimientos como el miedo, el rechazo y la valoración sobre un otro relativamente frágil, determinan el tipo de acciones que se materializan sobre un sujeto.

- Dos componentes finales permiten sellar el destino de Susana; ella, mujer, con tres hijas, entre ellas Paola, que sumaba una fragilidad adicional, vinculada con su condición de adolescente acosada por su compañero. También con sus dos hijas menores, herederas de esa condición marginal de lo femenino. Susana: una mujer en un mundo masculino. El otro tema tiene que ver con su pareja, un hombre representante de una masculinidad discutida, por su condición de militante de un grupo irregular. Es una múltiple marginalidad que en este caso juzga sus determinaciones, su proceder en defensa de sus derechos, su condición de género y su estatus social.

CONSUMACIÓN Y EMERGENCIAS SUBJETIVAS

Finalmente se presenta un evento de cierre frente a esta ruta que se viene marcando. Cuando Susana le cuenta a la funcionaria de la Alcaldía el altercado sostenido con su hermano, el miedo y la desesperación de su llamado, hacen evidente que sobre ella caería un cuestionamiento que terminaría siendo lapidario: “Creo que no tenía a quien contarle, porque un día llegó como a eso de las tres de la tarde a decirme que había tenido un altercado con su hermano por unos derechos de sucesión. Me dijo que se enfrentó a machete con él y yo le sugerí que fuera a la inspección de policía a exponer el caso”. Estas palabras resultan muy dicientes, pues corresponden a ese acto último que revela el desacato normativo de cierre: una mujer que se enfrenta a machete con un hombre por su derecho a una tierra que era su huerta y su casa. Tierra de hombres, derecho de hombres. Probablemente, si hubiese sido la confrontación entre dos hermanos del género masculino, no estaríamos aventurando esta ruta. El hecho es que Susana se hizo más visible que nunca, en medio de un momento en que Tibacuy era presa de una crudeza sin precedentes en términos de la situación de orden público, pues a las acciones del frente 44 de las FARC, se sumaban algunas escaramuzas de los grupos paramilitares ubicados en el Municipio de Silvania. En este contexto y ante una serie de acciones por el control del territorio, para entregar un mensaje contundente a los adversarios, es muy

posible que Susana, su cuerpo, su humanidad y su historia se convirtieran en un mensaje claro acerca de quién ostentaba el poder sobre el territorio.

Por otra parte, es posible que Susana haya presentido la inminencia del desenlace. Tal vez el ir a la Alcaldía y buscar a alguien que la escuchara era una forma de poner en palabras su miedo, exorcizar la angustia, hacer colectiva su aprehensión. En este punto se han tejido algunas hipótesis. La más recurrente supone que a Susana la ajustició la guerrilla. Hay tres eventos que alimentan esta versión:

- El primero de ellos tiene que ver con el hecho de que Susana se atrevió a cuestionar a su compañero, por su propósito de acercarse a Paola con una intención de carácter sexual. Este comportamiento, no solo se convirtió en un reclamo, sino que ella amenazó con denunciarlo. Pero denunciar a un militante de la guerrilla era poner en cuestión la conducta de quienes representaban el control social y el poderío armado. Muy seguramente la situación terminó convirtiéndose en un juego en el que prima la pregunta: ¿a quién se le puede creer? a un militante del frente 44 de las FARC o a una mujer que ha dado varias muestras de su disposición al conflicto y al desacato frente a las normas establecidas?
- Otro acontecimiento que pudo tener una fuerte incidencia en su desaparición fue el acumulado de quejas, reclamos y denuncias que señalaban a Susana como una persona abocada al conflicto, ya que fueron varios episodios los que desencadenaron en señalamientos que fueron tramitados tanto en la inspección de policía como en la Comisaría de Familia del municipio. Esta información se filtró y pudo tener que ver en el dictamen que sobre Susana pronunció el grupo armado.
- Finalmente, el conflicto que se presentó con su hermano mayor, que degeneró en una pelea a machete, resultó ser un evento muy relevante toda vez que la guerrilla como instancia de resolución de este tipo de situaciones al parecer tuvo conocimiento del tema por cuenta de la información tal vez un tanto sesgada que proporcionó el hermano de Susana a la guerrilla para que interviniera en esta situación.

No es esta la única versión; hay otras. Pero tal vez menos cimentadas y más especulativas. Lo único cierto en este momento es que de Susana como persona viva no se volvió a saber nada, que hay una serie de versiones acerca de dónde está su cuerpo y que su familia se disgregó y terminó separada, producto de las diferencias surgidas a

partir de su desaparición. El grupo familiar, sigue sin poder cerrar el amargo capítulo de la desaparición forzada de Susana González, habitante de la vereda la Gloria en el Municipio de Tibacuy.

Son los sujetos quienes construyen las historias y la presente es una historia que involucra a sujetos que han transformado su condición a partir de las experiencias vinculadas a la desaparición forzada. El sujeto es social cuando se reconoce como parte de un escenario que le antecedió y que de la mano de ese escenario colectivo ha venido construyendo sus criterios de relación social, sus valoraciones éticas y sus maneras de comprender un camino de actuación frente a las exigencias de su mundo, entre otros aspectos. Esta condición de sujeto social se ve particularmente afectada en la desaparición forzada. Paola nos lo hizo saber muy pronto con su cautela al abordar el tema, con sus prolongados silencios y su renuencia a conversar de algunos contenidos relacionados con la desaparición de Susana. Lo cierto, es que la desaparición tiene un efecto fraccionador de ese universo social. La persona que vive un evento de tal magnitud ingresa a un estado inicial de ensimismamiento y el efecto producto de la desaparición empieza por copar progresivamente la esfera de lo psicológico. Los componentes cognitivo, emocional, afectivo y relacional se ven atravesados por esta implacable experiencia.

De alguna forma, la persona se percibe como diferente y única, desde lo que ha tenido que enfrentar. En este momento se confirma un primer distanciamiento de ese entorno social constituyente del sujeto. Una condición asociada a esta experiencia es que a pesar de que el evento involucra unas condiciones particulares, unos tiempos y unos lugares definidos, sus efectos sobre la persona son inenarrables, en su finalidad de poder ser nombrados desde las categorías que provee esa subjetividad social. Diríamos en palabras coloquiales, “esto no tiene nombre”. ¿Cómo decir qué entidad es, exactamente esa ausencia, que se torna tan mutable y que no es muy fácil de categorizar desde la concreción de un entorno, que califica, ordena y le da un lugar a cada objeto y a cada ser? Lo que no se puede narrar no tiene lugar en ese universo de lo social y la desaparición forzada se torna en experiencia sin discurso factible en muchas de sus escenas.

En este mismo ámbito, pero en otro sentido, el grupo familiar que ha sido víctima de desaparición se margina en virtud de una polarización en la que procura encapsular su habla social, buscando cuidar a su familiar desaparecido. No se sabe, es posible que esté en algún lugar cercano al cual lleguen sus expresiones de dolor y angustia y sea revictimizado debido a los juicios y afirmaciones esgrimidos por el doliente, en aras de encontrar una explicación a lo acontecido. El mutismo termina siendo el recurso más plausible para no lastimar la integridad de quien ha sido sumergido en el vacío de la ausencia.

En el otro extremo de la línea de tensión definida, de acuerdo con la narrativa de lo acaecido a Susana, se descubren imaginarios sociales que tienen incidencia directa en las determinaciones tomadas por el grupo armado; de tal forma que es muy frecuente que la familia considere que la víctima fue elegida porque existe un vínculo entre la forma en que la comunidad la percibe, cómo se interpreta su actuar y la manera en que se hace visible a los ojos de un actor armado, el cual no necesita demasiados elementos de juicio para tomar una determinación tal, que termine afectando de forma tan definitiva a una persona y a su grupo familiar. En general, la familia termina alejándose de un entorno social, producto de esta doble dimensión.

Otro de los escenarios subjetivos afectados por cuenta de la desaparición forzada tiene que ver con lo que se representa como el sujeto simbólico; un sujeto que significa y ritualiza el devenir de su existencia en un ejercicio organizado, proveedor de un sentido litúrgico, para ciertos momentos de su existencia. El nacimiento, el ser mayor de edad, la elección de la pareja, la misma muerte; el último y quizás el más importante ejercicio ritual y simbólico, porque implica una despedida definitiva, un tránsito a otro mundo cargado de enigmas. La desaparición forzada impide que este rito de paso acontezca. Es difícil otorgarle un lugar cierto a la persona desaparecida, pues no hay ritual que deje claro en la conciencia de su red afectiva, que ha mutado de uno a otro estado.

El paso a otra condición se ve frustrado. El impacto asociado con la imposibilidad de otorgarle un lugar simbólico hace como si la vida se hubiese detenido. Hay un asunto sin resolver y por ende un estado de estancamiento. Es algo así como pensar en una pequeña ave que queda atrapada en un espacio cerrado y se estrella una y otra vez con obstáculos extraños, que nada tienen que ver con el espacio habitual en el que su vuelo se encuentra libre de barreras. Los obstáculos representan los bloqueos que han expulsado a los familiares de la persona desaparecida, del curso natural de su devenir.

De cierta forma la vida queda suspendida y todo acto vital se encuentra afectado por una sensación de ruptura, de alejamiento. No resulta factible recrear un ritual apropiado a la situación, pues la condición es ambivalente, puesto que las nominaciones no cuentan con la suficiente consistencia y continuidad para ser depositarias de un contenido simbólico que las represente.

El ritual vislumbra evolución, pero no hay progreso en la frustrante búsqueda de los familiares del sujeto invisibilizado. En términos temporales cabe decir que el avance del tiempo se ha detenido y los familiares de la víctima habitan un extenso presente, que no representa el sentido cíclico y evolutivo de la existencia. Así que estar desaparecido es salir del *continuum* que la cultura elabora para entender el sentido del ser y del

existir; ello aplica también para el grupo familiar. Se podría decir que es una monstruosidad, en razón a que no es factible nominar su condición, no es factible ubicar un espacio cierto de existencia y el tiempo dinámico que lo debería habitar se ha detenido.

El sentido histórico del sujeto debe ser rescatado del limbo en el que se encuentra, como consecuencia de su desaparición. Hay de hecho, una historia previa, pero también una historia por contar. Algunos casos emblemáticos ofrecen una muestra de la construcción de un sujeto histórico, con posterioridad a su desaparición. Las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, y más recientemente las madres de los falsos positivos en el municipio de Soacha, representan un acto de rebeldía, que ha mantenido vivo el recuerdo de sus seres queridos. Ellas se han constituido en tejedoras de la nueva historia. Cabe recordar que las madres argentinas se opusieron a llevar un proceso de duelo convencional, porque consideraban que el dolor y el recuerdo eran los factores que mantenían viva una lucha que trascendió el dolor individual y se convirtió en un proyecto social.

Se trató, en los dos casos, de trascender las duras circunstancias de los episodios de desaparición para seguir elaborando una historia con sentido. Hay condiciones diferentes en estos dos procesos, comparados con el de Susana. Entre ellos, la posibilidad de colectivizar el dolor y los caminos por los cuales continuar construyendo el andar, porque existió un agente legítimo y posible de ser visibilizado, en ambos casos: el Estado. El compromiso de continuar escribiendo la historia de los desaparecidos, puede ser un espacio reactivador de una memoria, que podría crear vasos comunicantes entre pasado y presente; en la experiencia íntima de todas y cada una de las familias, para dar algunos pasos ciertos en términos de la reconstrucción de una subjetividad social.



.....

CONFLICTO Y POSTCONFLICTO EN EL MUNICIPIO DE TIBACUY: UNA MIRADA HACIA EL ÁMBITO INSTITUCIONAL

.....



Esta aproximación se bosqueja a partir de las respuestas entregadas por la doctora Johana Aldana, exrepresentante del Ministerio Público, personera municipal de la época en que se empezó a implementar la Ley de víctimas y quien acompañó el inicio de la presente investigación.

Se reconoce como una aproximación subjetiva de alguien que conoció de primera mano el funcionamiento de las instituciones con competencias en el tema del conflicto armado y la posterior etapa del llamado postconflicto; la lectura que se hace sobre la orientación dada a la labor desarrollada por la mesa de víctimas y algunas de las aptitudes requeridas para el acompañamiento a las víctimas.

CONTEXTO

Los antecedentes del marco institucional dado para el caso del municipio de Tibacuy se encuadran en los escenarios social y jurídico. En términos jurídicos, el objeto de la Ley 448 de 2011, apunta al establecimiento de un conjunto de medidas en beneficio de las víctimas, entendiendo como víctima a:

“...aquellas personas que individual, o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 01 de enero de 1985 como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario, o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de derechos humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno” (Ley 448 de 2011).

La ley 448 de 2011, igualmente considera que esta condición no necesariamente implica que se haya procesado al autor, o autores del hecho punible y además se enmarca en la llamada *Justicia Transicional*. Entre los apartados más destacables se hace mención de forma explícita, al derecho a la verdad, a la justicia y a la reparación integral de las víctimas del conflicto armado.

Situando este referente legal en la realidad concreta del municipio de Tibacuy, se vislumbra un recorrido secuencial, a medida que se fueron evidenciando las distintas perspectivas y alcances en lo que a la aplicación de la Ley 448 de 2011 se refiere. El primer paso dado en este derrotero fue dirigido a contactar a las víctimas para proponer un acercamiento orientado a validar su condición.

La intención primera se concentra en la divulgación del derecho a ser registrados como víctimas, para aquellos habitantes que sufrieron algún tipo de vejamen; haciendo especial énfasis en el reconocimiento de esa condición, la indemnización y la reparación integral. Se hace evidente en este primer paso una connotación concerniente a los intereses y las motivaciones que impulsan a las personas a ser parte de un proceso de esta índole. La indemnización, por ejemplo, representa un resarcimiento económico, recurso que nunca sobra, que moviliza representaciones vinculadas a algunas ideas de bienestar o de mejora de las condiciones de vida más inmediatas.

Surge una primera paradoja: ¿Cabe iniciar un proceso de este alcance, aún en medio del miedo y en el contexto de la realidad jurídica de nuestro país en la que ha campeado la impunidad? Igual fue un momento muy especial dentro del llamado postconflicto; una aserción que afincaba la esperanza, pues venía la posibilidad de recuperar la tranquilidad perdida y de paso aspirar a la reparación económica y a la verdad.

Después de este preámbulo, ya el proceso formal parte de un acto fundante: La declaración juramentada de los hechos relativos a esa condición de víctima, es decir, definir qué sucesos, y qué tipo de narrativa permiten establecer la condición de víctimas del conflicto armado. En una circunstancia tal, el propósito institucional más visible fue la recepción del mayor número de declaraciones juramentadas. De acuerdo con el contexto, muchos habitantes sintieron ser víctimas de unos hechos que tocaron a todos y cada uno de los tibacuyenses. Lo cierto es que en un corto lapso se recibieron poco más de 500 de estas declaraciones; cifra que, de cierta forma, causó desconcierto en los pasillos de la Alcaldía Municipal.

En su momento esta alta cifra de declaraciones recibidas se interpretó como todo un logro en términos de la aplicación de la Ley 448 de 2011 y extensivamente en lo referente al rol de la Personería Municipal como ente encargado. Se puede decir que de hecho fue una gran conquista, pues tales denuncias representaron en primera instancia un ejercicio de visibilización de las víctimas y un reconocimiento formal de su estatus; pero cabe advertir que visibilizar y reconocer resulta ser insuficiente para zanjar el dolor experimentado, las pérdidas sufridas, los desplazamientos obligados, los homicidios y las desapariciones forzadas y experimentadas en carne propia por la gran mayoría de personas que decidieron rendir su declaración.

Lo cierto es que se han presentado bastantes discrepancias en lo que tiene que ver con la aplicación de la Ley 448 de 2011 en el municipio de Tibacuy. Hoy el panorama es un tanto discordante: una mesa que representa a las víctimas y que se reúne formalmente con el personero municipal para tratar de mantener la vitalidad del tema; ello en un

escenario en el que prevalecen el desconcierto y la incredulidad frente a la posibilidad de materializar esos iniciales propósitos de verdad, justicia y reparación integral.

UNA MIRADA CRÍTICA A LA INSTITUCIONALIDAD

Expresa la expersonera municipal que tuvo que estar al frente de la recepción de la mayor parte de las declaraciones juramentadas rendidas por los habitantes que se consideraron como víctimas del conflicto armado y, por ende, de la ejecución de la primera fase de la aplicación de la Ley 448 de 2011: “En lo personal fue muy complicado poder procesar tanta información negativa, reflexionar y entender lo que habían vivido las personas en sus propios territorios.” Es un golpe de realidad para los funcionarios que atendieron las diligencias propias de la situación de conflicto, un escenario en el que las narrativas introdujeron algo que estaba presente pero no era muy visible.

Inicialmente la labor se orientó a la creación de lazos de confianza en un momento donde imperaba el miedo y la suspicacia, ya que contar lo acontecido implicaba un gran riesgo, pues consistía en entregar nombres específicos o identificar posibles autores de hechos concretos. Lo cierto es que poder garantizar la reserva de la información declarada resultó ser todo un reto en un municipio pequeño en el que todas las personas se conocen y la información circula muy activamente. De hecho, muchas de las declaraciones recibidas fueron atendidas directamente por la personera, ya que su personal a cargo era tanto poblador, como víctima de conflicto armado.

Más allá de la recepción de las declaraciones juramentadas siempre estuvo presente la idea de fortalecer la organización y promover el empoderamiento de las víctimas. Labor no exenta de complicaciones, toda vez que uno de los principales propósitos de los grupos armados consistía en instalar miedo, para de esta manera, bloquear la relación funcional entre los pobladores, crear desconfianza y destruir el ordenamiento social instituido. De hecho, las asociaciones de víctimas que se han constituido en el municipio con posterioridad al conflicto no han logrado el nivel de organización y empoderamiento necesario, para operar como tales y así lograr emprender y transformar su realidad, como respuesta al impacto de la presencia de los grupos armados. Lo que han hecho muchas veces es juntarse ocasionalmente ante la posibilidad de acceder a un recurso o programa auspiciado por la Alcaldía o la Gobernación de turno.

Aun así, la Personería en su momento, además de la recepción de las más de 500 declaraciones juramentadas, ha asesorado a los reclamantes, lanzó una cartilla sobre derechos, historia y liderazgos en el contexto del conflicto armado en Tibacuy, se ha conmemorado juiciosamente cada año el día de las víctimas y también se ha buscado agenciar los recursos prometidos para resarcir y/o reparar a las víctimas declaradas en el municipio.

Otras entidades, sean estas del nivel departamental o nacional, manifiesta la expersonera, se quedan cortas frente a las funciones asignadas con relación a la atención de las víctimas del conflicto armado. Un ejemplo de ello corresponde a la Unidad Administrativa de Víctimas, que se ha tornado inoperante e ineficiente en lo que tiene que ver con la reparación y el acompañamiento a los habitantes del municipio. Es de aclarar que esta lectura de la realidad local no desconoce lo que la Unidad haya podido llevar a cabo en otras localidades y regiones, pero en lo relacionado con las víctimas del municipio de Tibacuy su labor ha sido de muy bajo impacto, habida cuenta de la cantidad de víctimas declaradas, frente a los casos que han concluido con una indemnización o una reparación.

Algo similar se puede considerar respecto al rol de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y su labor directa en el territorio: “Los actos de perdón por parte de los victimarios se quedaron en el Congreso de la República. Nunca ha llegado alguien de la JEP a hablar con Tibacuy, los Acuerdos son en Bogotá”.

Para los dos casos, se podría suponer que todo se proyecta del centro a la periferia. Que se vislumbra una visibilidad que permite que ciertos lugares prevalezcan sobre otros. En este último caso el perdón es primero en el escenario central: la capital de la República, el Congreso. El centro se impone; así el conflicto armado haya afectado de manera mucho más violenta a los territorios periféricos. De hecho, Tibacuy que sufrió desplazamientos de población, casos de desaparición forzada, homicidios de corte político, asesinato de líderes sociales y presencia de grupos paramilitares entre otras afectaciones, no figura en los archivos de estas instituciones como un municipio que haya registrado mayores consecuencias en lo que tiene que ver con el conflicto armado.

Desde una cierta lógica, implícita en los hechos relacionados, pero sobre todo, en la manera como funcionan las cosas, es evidente que en el caso de Tibacuy, la gran responsabilidad recae sobre el actor institucional más inmediato, es decir la Personería Municipal, que cuenta con los escasos recursos que puede destinar la administración municipal para las víctimas, con el agravante de que la población víctima, en muchos casos corresponde a desplazados de otros municipios, lo que refuerza imaginarios institucionales marcados por la estigmatización de las víctimas, asociándolas a una

nueva especie de usurpadores del austero presupuesto municipal, atentando de esta forma contra los recursos económicos destinados a la población originaria.

Del lado de los funcionarios del orden local, departamental y nacional, que aplican lo establecido en la Ley de Víctimas, es claro que muchos desconocen los alcances de dicha ley y otros tantos no cuentan con la sensibilidad y la empatía requeridas para acompañar la gestión y el abordaje de situaciones como el desplazamiento de pobladores, homicidios aleccionadores o desapariciones forzadas. Conocimiento del tema y sensibilidad para tratarlo son recursos invaluable que llegan directamente a las víctimas y al lado de los anhelos por la verdad, resultan ser componentes fundamentales para resolver psicológicamente las experiencias vividas.

Otras carencias del proceso están relacionadas con la centralización de las acciones simbólicas y reparatoras, los vacíos en la aplicación de los recursos jurídicos existentes; así como la escasa comunicación entre las entidades con competencias en el tema, además del insuficiente presupuesto destinado para la implementación de los acuerdos producto del proceso de paz. La perspectiva que se advierte en el futuro inmediato es que la responsabilidad por la implementación de acciones correctivas o sanadoras frente a los profundos efectos dejados por el paso del conflicto armado en los territorios similares a Tibacuy, recaen en el limitado o inexistente accionar de los entes locales; así como en las iniciativas de resistencia, afrontamiento, resiliencia y emprendimiento por parte de las propias víctimas y su disposición para organizarse colectivamente, pues la infraestructura institucional se ha centrado en actores más visibles, o se ha quedado corta respecto a la puesta en marcha y/o aplicación de lo pactado en el proceso de paz.

PERCEPCIONES DESDE EL ÁMBITO SOCIAL. LOS EFECTOS EN LO LOCAL

A propósito del conflicto armado, se recuerdan casos y eventos que han ocasionado enorme impacto en la población del municipio de Tibacuy. La desaparición forzada es de los episodios más impactantes y que más ha dejado huella en la población. De hecho, ese fue uno de los propósitos de los grupos armados, situar el miedo y ejercer control en las comunidades, a partir de acciones como la desaparición forzada de personas que tenían alguna visibilidad. De los casos de desaparición forzada en el municipio, no se tiene noticia y los avances con relación a los propósitos de verdad y justicia son prácticamente inexistentes. Situaciones como esta han marcado de ma-

nera muy profunda los imaginarios respecto al proceso de paz, los acuerdos de La Habana, la Jurisdicción Especial para la Paz y los fundamentos institucionales que han acompañado el manejo de los recursos destinados para atender el postconflicto. “Me da mucha nostalgia y tristeza que muchos no han podido resolver nada; por ejemplo, en la desaparición forzada no se sabe qué ha pasado con sus familiares. Hay relatos muy duros que lo tocan a uno en el corazón y en el alma y eso los (¿nos?) cambio para siempre. Son daños que no se pueden resarcir. Nada de eso se puede recomponer y a muchos les cambió la vida para mal, que no pudieron recomponerse, porque cada persona es un mundo”.

“El conflicto nos cambió para siempre”, expresa la entrevistada. Es dado reconocer que existen lugares muy recónditos a los cuales toda la ritualidad y el discurso institucional no alcanza a llegar. Es la imposibilidad de acceso al fuero más íntimo de cada víctima, porque como lo dijo la expersonera, cada quien es un mundo que se transforma producto de lo sucedido; es decir, se convierte en otro mundo, este, atravesado por una carga de frustración y desencanto que se resuelve en el encierro, la desconfianza frente a un entorno que no se encuentra en capacidad de comprender lo sucedido como una experiencia del sujeto, en ese mundo privado que es cada persona. Lo dijo alguna vez Lida Delgado, líder de la organización Minga Activa: “La primera ayuda que necesitamos es psicosocial”.

Andar estos caminos siendo otros, pero también teniendo presente esa memoria de un pasado primero cotidiano, amable, aunque de cierta forma suavizado por esas trampas de la memoria; después trágico y destructor por efectos del conflicto. Nadie vino a pedir perdón; en la mayoría de los casos, no alcanzaron los recursos para proyectar la vida; no hubo justicia, pues no hay condenados por los homicidios perpetrados, no aparecieron los desaparecidos, tampoco sus cuerpos. En últimas queda cada vida y ese territorio llamado Tibacuy, con sus gentes, sus historias y su cultura; gestionando lentamente, masticando despacio eso que aconteció entre 1998 y 2005, y que descansa en dos palabras bastante desgastadas: “conflicto armado”.

Hay mucha historia y mucha emoción acumuladas en ocho años. Es una carga de la cual, al parecer, no hay mucha conciencia en el colectivo, sea este una institución, una comunidad, una vereda o un corregimiento. “Muchas veces se piensa que víctima es solo quien salió desplazado y víctima también fue el que se quedó”. Ello permite suponer que hay, quien, siendo víctima, no se reconoce como tal. Muchas veces esta invisibilización es intencionada, pues muchos no quieren serlo, por la percepción negativa que se tiene de quien porta este apelativo: “...que eran una plaga, que fastidio esa población, son unos flojos que quieren que el Estado los mantenga”.

Cargar con ese sello contradictorio de ser una figura que representa el acceso a los derechos, pero a su vez no querer ser reconocida porque su entorno cercano la rechaza, la ve mal. No son sobrevivientes que lograron salir adelante; son aquellos personajes que salieron disminuidos, sin dignidad ni decoro. Lo vivido no logró convertirlos en sujetos de derecho ante los ojos de la sociedad y lo que es aún más lamentable, de la institucionalidad encargada de atender su condición de víctimas. Su recién adquirida disposición para organizarse para reclamar sus derechos los hace peligrosos. Tal vez se hicieron demasiadas expectativas. Se pensó que habría muchos y muy variados recursos y el tiempo fue demostrando que no había tal, pues solo unos pocos fueron indemnizados atendidos o escuchados más allá de su declaración inicial.

Hoy las cosas andan por otras vertientes; el tema terminó estancándose; para este momento solo se aceptan declaraciones sobre hechos acaecidos en los últimos dos años: “Ya se cumplieron 10 años de la Ley de Víctimas y la gran mayoría de víctimas no han sido indemnizadas. Lo que en un principio era una ilusión se convirtió en otra decepción”.

La agudeza en la mirada frente a lo acontecido es fundamental para lograr un cierto nivel de comprensión a la hora de analizar de una forma integral el recorrido que hizo el conflicto por el territorio, los efectos generados en la población y la respuesta de las comunidades frente a lo sucedido. Es importante anotar que Tibacuy ganó en niveles de organización en lo que tiene que ver con los mecanismos de abordaje del conflicto, desde la sociedad civil, pues en estos momentos cuenta con una mesa de víctimas sesionando de manera formal y constante. También se cuenta con varias asociaciones de víctimas que se reúnen ocasionalmente sea para gestionar los escasos recursos, provenientes de la Gobernación de Cundinamarca, para inscribir un nuevo miembro o para participar en algún evento programado.

Aunque los mencionados apoyos no tienen un gran impacto en términos de la continuidad de las asociaciones de víctimas: una pareja de camuros, unas gallinas ponedoras y un bulto de maíz, un paquete de semillas, todas estas pequeñas iniciativas sustentan la ilusión de continuidad, pero lo cierto es que resultan insuficientes y se tornan un tanto desfasadas, frente a la gran dimensión y la particularidad de lo que significó el paso de grupos guerrilleros y paramilitares por tierras tibacuyenses.

No se trata de desconocer que efectivamente, estas iniciativas tienen un impacto en términos de recuperar la vocación productiva, o fortalecer la capacidad organizativa de la población, que por ahora se proyecta, como muchas poblaciones, con el incipiente rótulo de proyectos agroturísticos, famiproductivos y de cuidado de los recursos medioambientales. En este sentido Tibacuy es un lugar a medio camino entre las

promesas de nuevos horizontes productivos y de desarrollo y el dolor dejado por el conflicto armado, sumado a la incumplida promesa representada por todo lo señalado por la Ley de Víctimas.

LA MESA DE VÍCTIMAS

Es un lugar de encuentro entre la institucionalidad con competencias en el tema, y los representantes de la población castigada por el conflicto. Se prevé como un lugar de seguimiento, actualización y verificación de la evolución del llamado postconflicto en cada población. De acuerdo con lo expresado por la expersonera: “La mesa es un espacio que se volvió simbólico. Los alcaldes no se apersonaron de esos temas, se dejaba algo del presupuesto, porque era obligatorio”.

Cuando la exfuncionaria define el carácter más bien simbólico, que se ha impuesto en la Mesa de Víctimas, está queriendo decir ilusorio. La mesa, de cierta forma, escenifica la brecha entre lo pactado y lo realmente acontecido. Hay muchas razones de fondo para que las cosas se hayan dado así; una de ellas es que este tema “...no era de la convicción de las alcaldías, era algo que simplemente había que cumplir” Es decir, que la consideración a las víctimas, ni siquiera en los escenarios locales logró trascender y priorizarse en ese momento de grandes expectativas definido como el postconflicto. Era simplemente un trámite que cumplir frente a una población que generaba incomodidad. Una expresión que se difundió era que “tocaba cumplir con esa Ley de Víctimas”, entendiendo que se constituía en una especie de carga adicional, lo que denotaba la ausencia de una mínima empatía y solidaridad con los principales afectados.

Surgen un sinnúmero de preguntas, entre ellas: ¿cuándo la afectación y el dolor tocan a un territorio determinado, ¿cómo debe reaccionar su ámbito político, más allá de la existencia de una Ley que regule dicha actuación? ¿Qué hacer para transformar esa habitual percepción negativa que suele tomar la población víctima de un conflicto armado? ¿No cabe considerar estos espacios como lugares para la promoción del desarrollo humano, el rescate del encuentro cultural y el enriquecimiento de la diversidad social para afrontar las consecuencias de la situación de conflicto?

Pareciera que no es así. Da la sensación de que cada quien conserva su lugar cultural y sus posibilidades de poder. Es decir, la población sigue guardando respetuoso silencio, sigue llevando la procesión por dentro y esperando que suceda algo excepcional. Por

otro lado, desde la Personería se siguen recibiendo declaraciones juramentadas, se han llevado a cabo algunos eventos alusivos, se ha conmemorado sagradamente cada año, el día de las víctimas y además han estado tratando de acompañar los procesos de orden jurídico relacionados con los hechos victimizantes más frecuentes.

En lo que tiene que ver con el empoderamiento, pero especialmente con la interlocución, la Mesa resulta ser un espacio muy sugestivo, pues propone el encuentro, la labor concertada entre la representación institucional, en este caso la Personería Municipal y los líderes de la población víctima. Se entiende como una organización para la institucionalización del manejo del conflicto armado y sus consecuencias; es decir, busca darle un lugar al tema, en la Administración Municipal de cada localidad. Tiene mucho sentido lo pensado para la Mesa, pues si hay algo que identifica al país, es una situación histórica de conflicto social y político violento, el cual se ha particularizado de acuerdo con las dinámicas de cada región cultural y territorial. Se trata de darle un lugar visible y consistente a un asunto que ha marcado la historia de la nación. Prácticamente llevamos 70 años de conflicto armado continuo. El conflicto ha procurado empleo y desempleo, movilizó hacia ciertos sectores las economías locales, ha permitido la apertura y el cierre de negocios y ha estado presente a lo largo y ancho del territorio nacional.

Este posicionamiento, acompañado del empoderamiento social y político de la población se ha materializado en algunos otros municipios, pero esto no ha sido tan claro en Tibacuy ni en otras localidades de la región del Sumapaz. De hecho, se podría decir que regionalmente Tibacuy es una de las poblaciones que más ha avanzado en el fortalecimiento de la Mesa de Víctimas, mientras que en otros municipios ni siquiera existe, o existiendo no sesiona con regularidad.

En algunos otros lugares del país, incluso se ha logrado que las víctimas accedan a una representación política, por ejemplo, en los Concejos Municipales, lo que definitivamente robustece la visibilidad y su condición de actores políticos de primer orden, en un país que ha dejado cerca de ocho millones de afectados por los distintos hechos victimizantes.

Cuando dicho posicionamiento político y social de la Mesa de Víctimas, no se materializa, se hace evidente, que, aunque se surtan los procesos administrativos formales, estos se llevan a cabo de acuerdo con las calidades y al ritmo impuesto por los funcionarios de turno. Se deduce de lo anterior que, en el municipio, la Mesa siempre ha dependido de alguna forma, de la disposición del personero que se encuentre ejerciendo el cargo.

Es sintomático, entonces que, aunque a la fecha se hayan registrado más de 1 400 víctimas, no se presente un real empoderamiento de parte de líderes de víctimas y de la Mesa misma. Cabe reiterar que en este momento la mesa se reúne con la frecuencia propuesta, busca gestionar los recursos que vayan apareciendo, sean estos, apoyos de orden institucional, recursos de orden financiero locales, departamentales, nacionales o internacionales u ofertas formativas; pero en el fondo se percibe cierta fractura existente entre muchas de las víctimas, entre ellas las más afectadas y la misma mesa. Se puede expresar que el proceso no ha cobrado esa dinámica social que lo defina como un órgano representativo de todas las víctimas. Se diría que la mesa lleva a cabo un accionar aislado de las víctimas y más de cara a las orientaciones y criterios generados desde la Personería Municipal.

Cabe anotar que, en algún momento, al principio del proceso se presentó un genuino interés por posicionar la Mesa de Víctimas, pues se llevaron a cabo salidas, encuentros, talleres, se hizo una programación de las actividades, “no era por salir del paso, estaban empoderadas. Lo que se hizo en ese momento fue muy positivo”.

Al parecer en ese momento se conjugaron dos factores: por un lado, la novedad de un naciente proceso por el que se generó cierta ilusión, cierta credibilidad y alguna esperanza, en el que se iban a surtir las diferentes fases hasta llegar a un punto en el que se materializaran tres de los principios más citados: verdad, justicia y reparación. Por otro lado, los funcionarios del momento se tomaron muy en serio su labor y se procuró cumplir con algunas de las metas planteadas para impulsar un tema que fue bandera del Gobierno nacional de turno.

Frente a la restricción de las declaraciones juramentadas y el rumbo que han tomado las cosas en cuanto a los temas de verdad, justicia y reparación, el rol de la Mesa de Víctimas con relación al conflicto armado se circunscribe a lograr alguna visibilidad para captar el interés de otras instituciones, entre ellas la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, que desde el componente investigativo se ha aproximado a algunas lecturas del conflicto armado en Tibacuy, a partir de categorías como la memoria histórica, la resiliencia y el emprendimiento, muy pertinentes por demás. Igualmente, desde el componente práctico del programa de psicología se están promoviendo los centros de escucha para atender a las víctimas.

Este convenio es apenas un ejemplo del camino recorrido: seguir siendo visibles, mantener vivo el tema del conflicto armado y sus implicaciones; seguir captando el interés de otra institucionalidad, para este caso, las universidades, las organizaciones no gubernamentales y seguir manteniendo la esperanza de que se materialicen algunos temas planteados en la Ley de Víctimas.

Así se dan las cosas, se espera una cosa y se obtiene otra; sin embargo, la dignidad ganada, la articulación vigente y la misma posibilidad de ganar representatividad frente al sentir de las víctimas sigue vigente.

¡Bien por Tibacuy y sus gentes!

CONSIDERACIONES Y PERSPECTIVAS

“Lo que en un inicio era una ilusión, se convirtió en otra decepción más. Muchos se murieron esperando la indemnización”. Como en la cara oscura del realismo mágico, cuando el protagonista del libro *El coronel no tiene quien le escriba*, falleció sin recibir su anhelada pensión. Así les sucedió a muchas de las víctimas del conflicto armado, no solo en Tibacuy. *Todo se vuelve simbólico*, pero es un simbolismo vacío, pues para nada representa lo que pudo ser icónico. Es un simbolismo carente de historia y fundado en la insuficiencia, pues representa la irrealidad de mucho de lo planteado, sobre todo en lo que tiene que ver con los territorios, en los que ni siquiera fue posible escuchar discusiones de mediana altura; en los que el silencio campea y hace crecer los monstruos del dolor íntimo, en la soledad del propio rumiar sobre lo sucedido.

“Yo incluso recibí la declaración de exguerrilleros que fueron reclutados cuando eran niños”. Incluso a ellos les parecía muy injusta la situación, pues la impunidad era muy fuerte y los determinadores nunca asumieron una clara responsabilidad dentro del proceso de paz, para temas tan álgidos como el reclutamiento de niños, quienes habitualmente eran llevados a combate y expuestos como carne de cañón. Estos niños, que estuvieron en el ojo del huracán, que tuvieron que ser parte de los duros combates con el ejército, que muy seguramente decidieron por algunas vidas, secuestraron o extorsionaron a algunos de sus coterráneos; ellos, que de una u otra manera participaron del caos, de la violencia y de la violación de los más elementales derechos, ahora se enfrentaban con una institucionalidad que en su ejercicio burocrático termina negando a la gran mayoría de actores armados y desarmados la posibilidad de acceder a la verdad y a la justicia tan citada en estos espacios.

Pareciera que en últimas las respuestas más consistentes y esperanzadoras, como ya se dijo, corren por cuenta de la personería de cada uno de los municipios afectados y de las mismas poblaciones golpeadas y afectadas por el conflicto armado. No se ve en el horizonte otra posibilidad cercana. Los proyectos del orden nacional se quedan cortos, no alcanzan a cubrir una complejidad, que, entre otras cifras, cobija a cerca

de ocho millones de habitantes. Es importante reconocerlo. También es importante reconocer que muchas de las respuestas apenas llegan a los escenarios institucionales; por ejemplo, el Congreso de la República, donde es claro que ni siquiera logran consensos básicos y necesarios para garantizar lo pactado en las negociaciones con el grupo armado de las FARC.

La ratificación de la esperanza se confirma en las palabras de la entrevistada: “Yo hice lo que debe hacer cualquier funcionario, que se sientan escuchados e importantes... ser funcionarios con pertenencia, vocación de servicio y compromiso”. Ser escuchados y que se reconozca su importancia, puede ser entendido como una forma básica de empatía. Sentir que cada caso es único, porque lo que vivió o sintió esa persona cuando los hechos sucedieron fue algo que representó esa singularidad, de la cual solo ella es testigo. De paso fue algo que partió la historia de su experiencia vital en dos. Perder la propia vida o la de un ser querido, recibir la orden de salir de la que siempre fue su casa, o como en el caso de la pequeña hija de Cecilia, ver salir a su mamá con unas personas para no volver nunca más a sentirla como parte de su vida. Son las fracturas de la vida, que ninguna ley alcanzará siquiera a rozar levemente.

Tener frente a sí, a una persona que está dispuesta a comprender la dimensión y el impacto de ese hecho que se está declarando resulta ser un ejercicio de catarsis, de explosión del sufrimiento y un primer paso orientado a compartir la vivencia para aliviar en algo la amargura que se siente. No es la simple diligencia de recepción de la denuncia de unos hechos; son dos mundos que se han puesto de acuerdo para encontrarse y documentar la historia de una tragedia que se ha concentrado en un ser humano en particular. No hay tiempo para la distracción o el letargo.

Como funcionario, el saberse acompañante o factor de apoyo para personas que habían vivido situaciones tan complejas, “...*me hacía sentir bendecida de poder estar ahí... hacerles el día mejor, que ellos entendieran que estaban reclamando sus derechos*”. De alguna manera, la senda desde lo local está en ponerse en contacto con lo que pudo sentir quien narró los hechos acaecidos; derrotar la naturalización de esos hechos que está refiriendo el declarante, pues muy fácilmente se piensa que las cosas vuelven a su cauce normal. Es una cuestión de tiempo, pero el tiempo aquí es de las víctimas, ya que la cotidianidad, o mejor, la percepción que se construye de la cotidianidad no muestra claramente que pasa en el fuero interno del declarante.

Todos vuelven al trabajo, a las labores de la finca, a cosechar, a cuidar el ganado y a atender el negocio y todo ello da la sensación de normalidad, pero en el fondo siguen muchas cosas sin elaborarse y que solo salen a flote cuando hay alguien que las escucha, cuando se crean escenarios para el sentimiento y la emoción que se expresa en

forma de palabras circulen sin mayores impedimentos. Ese factor de expresión sigue siendo vital, no solo para lidiar con los efectos, producto de lo acontecido en el conflicto, sino para lidiar con las consiguientes frustraciones producto de la forma como el postconflicto se viene abordando en estos territorios invisibles.

Innegablemente una comunidad avanza de muchas formas distintas; una muy importante tiene que ver con el promover la concepción de ciudadanos con derechos, pues en algún momento, quienes sufrieron lo más crudo del conflicto llegaron a sentirse como pecadores. ¿Por qué pecadores? Es posible que en algún momento tuvieran que ofrecer agua, permitir que se llevaran un par de gallinas o que bajaran un racimo de plátanos para quienes controlaban y manejaban a su antojo los destinos de la población. No tendrían por qué sentirse culpables por defender la vida con un gesto en contra de su voluntad. Es una cultura que ha interiorizado muy profundamente ese sentimiento de malestar en el que perdura la sensación de culpa, por sobre la intención de constituirse en ciudadanos con derechos.



.....

**TIBACUY, CULTURA
DEL OLVIDO,
OPORTUNIDAD
DE LA MEMORIA
MIRADA DESDE
LOS ESTUDIOS
CULTURALES**

.....

INTRODUCCIÓN

Las dinámicas sociales, culturales e institucionales del municipio de Tibacuy, hacen del olvido su clave cultural dada la ausencia del reconocimiento profundo que merece sus potenciales e importantes patrimonios ambientales, arqueológicos e históricos, y por ende la escasa producción intelectual local sobre estos aspectos que, si bien existe, no circula ni entra en debates para dinamizarla o enriquecerla. Ese olvido, que es la espalda de la memoria, se hace crítico al momento de revisar los aprendizajes que dejaron el reciente conflicto armado que sufrió la región a cuenta de grupos insurgentes, paramilitares y delincuencia común; en cambio, soslaya heridas y resentimientos que de manera invisible pero sentida hacen parte de la identidad del lugar. A cambio de lo anterior, el municipio vive el momento de la promesa del turismo como factor económico emergente, sin claridad de los alcances e incidencias y tampoco de un plan estructurado que incluya los distintos actores locales.

Sin producción de conocimiento y debate intelectual, el descentramiento de la cultura es palpable y con ello el vaciamiento de validarla como factor potencial para configurar identidad y potenciar las distintas dimensiones de la vida del municipio. Es por esta razón que, en este apartado, se coloca la cultura como centro para realizar una lectura desde las claves que proporcionan los estudios culturales, a fin de sugerir otras miradas que trasciendan el momento y se fijen en un presente potencial. Fieles a las líneas de este campo de trabajo intelectual, su proyección crítica y por ende transformativa, hace que sea una mirada política en cuanto promueve construcción de consciencia y generación de movimiento, todo, con el fin último que buscan los estudios culturales en estas partes del continente latinoamericano: aprender a vivir en comunidad.

En lo que sigue, revisaremos esas claves conceptuales que permiten, de un lado, entender el territorio como parte del contexto, y también apostarle desde algunas miradas teóricas el lugar de la memoria y su vínculo cultural, elemental para el estudio del presente libro.

Para desarrollar esta hipótesis, nos sustentaremos en 3 partes. En la primera, como base argumentativa, revisaremos elementos conceptuales de los estudios culturales que permiten observar y analizar la comunidad y su contexto, centrado en un protagonista clave que ayuda a explicar el ser, quehacer y sentido de la comunidad tibacuyense. Un segundo momento requiere articular los argumentos con lo observado en la investigación. Finalmente, trataremos de sugerir rutas de apertura, las cuales buscan responder al ideal de transformación de realidades como se entiende de los estudios culturales.

CLAVES CONCEPTUALES DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

EL CONTEXTO

Los estudios culturales tienen en el contexto su marco de análisis. Se acepta la noción de la cultura como la construcción social surtida por la interacción cotidiana que da sentido a la actividad en comunidad, de tal forma que las interacciones son alteradas por fuerzas propias del lugar, la injerencia de los actores locales, y por fuerzas que están más allá de la frontera local, como determinaciones que implican al municipio y sus gentes, y también las influencias sociales y culturales provenientes de otros lugares ya sea por mediación tecnológica o la llegada de nuevos residentes o pasantes de turno, como el turismo.

Pensar en contexto es asumir una mirada multidimensional ¿cómo comprender el contexto llamado Tibacuy? De acuerdo con Grossberg (2017), “No se trata de entender la cultura, sino de comprender el contexto con la cultura como un elemento absolutamente vital, y es la manera como entramos al contexto”, es así como debemos entender el contexto como cambiante y activo, organizado y organizador. Pero el contexto es más que el territorio, sus accidentes geográficos, clima y ambiente... el contexto lo entenderemos, además, como la suma de las fuerzas vivas que tensionan el existir en el municipio. Para Hall, padre de los estudios culturales, es necesario acudir a la especificidad histórica del contexto que, para el caso de Tibacuy, como de cualquier lugar mirado desde esta óptica, toda verdad es contextual, lo que es verdad en Tibacuy, es verdadero allí, y no necesariamente en otro lugar.

Es así como referimos que los sucesos históricos como la conquista, colonia, independencia, vida republicana y el reciente conflicto armado con sus hechos victimizantes, tienen en este municipio una particularidad específica que es propio identificar y caracterizar, teniendo en cuenta todas las fuerzas contextuales e implicativas (Pearce, 2002) que le son propias. De igual manera, la teoría traída para el análisis debe ser contextual, pues si bien América Latina ha estado marcada por conflictos armados, la complejidad colombiana obliga centrarse en los análisis y sus matices locales, así que la teoría también es contextual, las luchas políticas y problemáticas, las fuerzas hegemónicas y contrahegemónicas, si las hay. Ahora bien, ¿de dónde sacar teoría que aplique a Tibacuy en su especificidad? Si no la hay, debe hacerse y es allí donde se

plantean los más significativos retos que encara los estudios culturales: producción intelectual. Cultura e identidad están hermanadas, pues pensar en la cultura, conlleva pensar la identidad y desde los estudios culturales la entendemos como una trama movible que para el presente dista de lo que fue en otros momentos; en tiempos del conflicto, y antes de este, se tejió una identidad particular que incluso hacían nombrar el municipio como “rojo”. Ciertamente es que la pregunta por la identidad trae sus complejidades y retos, una tarea propia de la comunicación, muy interesada en conocer los procesos de representación y construcción de sentido, haciendo que la identidad tenga una doble clave cultural, indeterminada por su movilidad, pero también representativa por las dinámicas del lugar que van marcando y sosteniendo en el tiempo el imaginario del ser tibacuyense.

De acuerdo con Hall, si se quiere estudiar la cultura, habrá que mirarlo todo, menos la cultura, así que en Tibacuy los aspectos multidimensionales del contexto sobrepasan, los hábitos, las tradiciones, el lenguaje, el clima, los accidentes geográficos, los ecosistemas y las estructuras. No se reduce a lo que se ve... habría que apostarle a lo que se siente y entiende del lugar (congnición social) y para ello es necesario estar allí, respirar, escuchar, hablar, conversar y observar para descubrir el conjunto de símbolos que la interacción produce, por lo que asumimos que el contexto es un conocimiento experiencial donde cualquier abordaje teórico llega después y habría que considerar el lugar como génesis de teorización.

En algún momento conocida como la *joya escondida de Cundinamarca*, el apelativo de escondida le viene bien porque de alguna forma está en un lugar recóndito, protegida por dos guardianes emblemáticos y a la vez reservas naturales de poderoso atractivo turístico: las cuchillas de Peñas Blancas y el Cerro del Quininí. Es en efecto el rincón de la región del Sumapaz, pues limita con la del Tequendama y directamente con el municipio de Viotá. Los vecinos inciden, como familia patológica (Guadarrama, 2004), en la forma de significar y hacer la vida, y tanto Sumapaz como Viotá, son insignes de luchas y tensiones políticas en torno a la tierra, con presencia de movimientos del Partido Comunista cuyos logros permitieron que muchos campesinos accedieran a tener un predio. En su lógica práctica del uso del suelo y los recursos, la vocación cafetera extendió por sus laderas el cultivo que ha caracterizado el territorio disminuyendo notoriamente sus bosques; las piedras, pese a contener espectaculares muestras de arte rupestre precolombino, siendo quizá el municipio con mayor cantidad y por tanto riqueza en este aspecto, han sido explotadas con dinamita y convertidas en base de construcciones o cercas tanto para actividades locales como de otros municipios. Aunque ya en desuso, el picapedrero fue un oficio que significó ingresos importantes para algunos lugareños; hoy esa labor ha disminuido lo que da al patrimonio arqueológico una oportunidad, que sin embargo es celada por encontrarse en fincas privadas

y el acceso a estas, es relativo; infortunadamente, a las que se tiene acceso por permisividad y también descuido local, han sido destruidas por visitantes como sucede con la célebre piedra del Diablo, ubicada en el sector el Tachuelo. También la riqueza de fauna y flora han venido sucumbiendo ante esa lógica práctica y la invasión de perros; especies silvestres de mamíferos han sido cazados o destrozados entre los colmillos caninos hasta colocar las especies a poco de su extinción. Por su parte, especies de flores tutelares como el tijiky propio del cerro Quininí, conocido popularmente como borrachero, fueron cortados y erradicados como planta maligna no obstante de ser considerada por los ancestros como planta de poder.

También por su altura y sitio de 360° de panorámica, el Quininí es el lugar donde se instalaron hace ya décadas antenas para la retransmisión de telefonía y emisoras radiales. Para su instalación se ofertaron trabajos para campesinos, cosa que les permitió ingresos momentáneos, pero el daño sufrido por la montaña a partir de las explosiones de dinamita para abrir la vía que subiera los materiales de las antenas, dio fin con nacederos de la montaña sometiendo a ciclos críticos por escasez del líquido a las veredas circundantes. Estas formas de expropiar el territorio y suprimir los recursos, se patentiza con los permisos cedidos en las últimas dos administraciones a explotadores de canteras, que ya han generado espacial daño en la base de Peñas Blancas.

El permiso para la explotación de 30 hectáreas por 10 años afecta no solo el paisaje, sino la estabilidad del cerro y la calidad del aire y silencio; es significativo indicar que, para lograr dicho permiso, se contó con aval ciudadano, el cual en medio del jolgorio de una fiesta ofrecida por la empresa interventora se obtuvieron las firmas que avalaban estas operaciones. Hoy, ante el avance de deterioro del paisaje y la contaminación, algunos residentes del municipio han iniciado resistencia y veeduría para frenar, entre otros, la manipulación irresponsable de los recursos.

Aún con todo el esbozo que muestra la posición del tibacuyense frente a sus patrimonios naturales y arqueológicos, se preservan zonas de reservas naturales con algunas especies de fauna silvestre. Es Tibacuy, sexto municipio a nivel nacional con más presencia y avistamiento de aves; goza para los meses de octubre y noviembre, ser sitio de reposo de aves migratorias que van hacia el sur escapando del invierno del hemisferio norte. Una riqueza significativa es el paisaje, dada su colocación entre la cuchilla de Peñas Blancas y el cerro del Quininí que conjuntamente limitan al occidente, y por el río Chocho o Panche hacia oriente, donde se abre un cañón que separa al municipio de Fusagasugá, hacen que el paisaje sea uno de sus atributos más significativos.

Este conjunto da cuenta de un ambiente que incide como fuerza contextual en todos los aspectos de la vida de la gente y sus actividades, y dentro de estas están las repre-

sentaciones simbólicas y materiales. En dos experiencias fotográficas, una con víctimas del conflicto y otra con estudiantes del Institución Educativa Departamental Técnico Agrícola Calandaima, las evocaciones de los hechos violentos vividos por los primeros, y las proyecciones de lo significativo para los segundos, encontró en el paisaje un referente de encuentro. Es propio para el habitante del campo entenderse con su ambiente dado que lo respira y lo ve, naturaliza y se convierte también en refugio y referente.

Las acciones que allí se suceden, son también referente de significación social y es a partir de allí que se construye el conocimiento. Es por eso que entendemos la presencia del paisaje en la mirada referente de los tibacuyenses y es, para el momento de esta segunda década del siglo XXI, su estrategia económica al nominarse como balcón del Sumapaz. Por ahora no están descifradas las actuaciones ni los agenciamientos que el lugareño tenga en esta configuración que genera el contexto.

En un sondeo con distintas personas del municipio, entre docentes, tenderos, campesinos, jóvenes, se encontró que luego de la expulsión de la guerrilla por allá en el año 2003, la gente tuvo un reencuentro con su territorio como una especie de reapropiación. El ejercicio buscó, entre otras cosas, notar con qué se identifica la gente de Tibacuy, y cuáles son sus representaciones (materiales y simbólicas) y cuál es el significado de estas, es decir qué hace la gente con ellas y para qué «les sirve». Hubo una coincidencia especialmente entre adultos, en que hace dos décadas, ir al Chocho era parte del divertimento, también la cacería o pasear los cerros. La inmersión tecnológica ha desplazado el interés de los más jóvenes y es entendible pues el atractivo por el río es marginal entre otras cosas dada su contaminación.

COYUNTURA

En términos de construcción de memoria, y olvido, referente clave del proyecto de investigación adelantado por la UNAD, es necesario acoger la categoría *coyuntura* propuesta por Hall, que en palabras de Grossberg, “implica entender una formación social no como una formación espacial y temporal predefinida, sino como la acumulación y articulación de múltiples contradicciones”, las cuales convergen, como en Tibacuy, y “establecen relaciones unas con las otras y redefinen el contexto como una lucha de más amplio alcance” (Op. Cit), siendo una de las más claras contradicciones el tener un pasado prehispánico rico, misterioso, evidente y notable, resumido en el patrimonio arqueológico que como suele ser para los colombianos, ha sido desdeñado, perdido, maltratado y sin el reconocimiento de su potencial identitario.

Así mismo, tiene valiosas riquezas de orden cultural, gastronómica e histórica, e indudablemente y la de mayor peligro en este momento, las naturales centradas en su flora y fauna. Sin embargo, todo esto se desdice desde su modesta vocación académica, el déficit de escolaridad, y el desinterés por hacer de su historia esencia de su identidad. Si como bien lo dijieran expertos en materia arqueológica, Tibacuy tiene una biblioteca en piedra, como pocos municipios en el departamento y en Colombia, pero como sabemos sus piedras han sido explotadas para convertirlas en insumos de construcción. Aunque existen estudios de distintas universidades nacionales y extranjeras que dan cuenta de la riqueza en insectos, aves, reptiles y mamíferos, la caza furtiva de hace décadas, y que ahora se ha disminuido favorablemente, dio al traste con muchas de sus especies y aún hoy, la extensiva presencia de perros en zonas de reserva natural amenaza continuamente a armadillos, ñeques, zarigüeyas, puercoespines entre muchos otros.

Puesto en otros términos, el momento de la actual Tibacuy es epicentro demostrativo de las profundas contradicciones que quizá caracterizan nuestra identidad nacional que, al cimentarse en enormes riquezas materiales, bióticas y culturales, son tratadas como recursos económicos de intensiva explotación y sin valorar su potencial que aporte a la dignidad colectiva. Con tanta riqueza en materia cultural e histórica, habría oportunidad de orientar su estudio para visibilizarla y hacer de esta un atractivo más, que en potencia conduciría tanto a la apropiación y reconocimiento local y foráneo. Sus instituciones educativas podrían hacer esfuerzos para centrar parte de sus proyectos de formación en las áreas donde ya es rico el municipio por naturaleza. ¿Un PEI en arqueología? No sería descabellado.

Así mismo, su extensa riqueza ambiental, debe llamarse más a la protección y valoración para hacerla parte de la economía local para no ser entendida como su enemiga. El temor infundado de tener un predio en una reserva natural es consecuencia de no comprender que aún como tal, tiene posibilidades importantes de ser explotados económicamente, como son los cultivos de hongos y especies amigables con el bosque. Allí se requiere una mirada más amplia que dé apertura a nuevas formas de ingreso conociendo y cuidando lo que ya se tiene. El turismo, la principal proyección económica que tiene hoy Tibacuy, es una ventana que requiere mirarse con detenida atención, pues si bien ya se explota significativamente, aunque sea por unos pocos, la falta de control administrativo, los deficientes o inexistentes planes de manejo ambiental, pueden hacer de esta práctica económica la debacle de todo el sistema natural y patrimonial.

Se resume lo anterior en la incipiente preocupación por la memoria. Ese es el lado hiriente de la cultura, que evita la confrontación especialmente de aquellos hechos que causaron mucho daño a la población y que aún no deciden reconocer o mirarse

en ellos. Cuando no aprendemos a mirarnos a nosotros mismos y comprender por qué y para qué de lo acontecido, corremos el riesgo no solo de repetir nuestras equivocaciones, sino que limita la capacidad de reconocernos y construirnos colectivamente de maneras distintas. Tibacuy, sus pobladores, fueron permeables a la violencia guerrillera y paramilitar, en alguna medida por la debilidad de su tejido social, lazos que se quebraron y reventaron con la presión de estas fuerzas ilegales afectando tanto la cohesión social como la unión intrafamiliar.

Entender esta coyuntura abre la posibilidad de asumir el presente histórico, lo que implica construir futuros de posibilidad. Y esto se traduce en hacer de sí mismo, Tibacuy, su propio ejemplo de transformación que no centre sus problemas en las administraciones de turno o los intereses de foráneos, sino en su deseo de vivir la confianza entre vecinos y con el propio ambiente. Cuando los demás importan, importa uno mismo y esa idea de otredad cercana y fiable haría llevar a la comunidad a encontrarse por fuera de la euforia y el olvido. Una cultura de la memoria no es otra cosa que aprender constantemente de lo que se vive y hacerlo materia de lección y legado. Cuando no se atiende el problema de fondo, se atacan síntomas equivocados.

Y es, pensando en el legado, donde aparecen otras aristas de la coyuntura. Cuando hablamos con los adolescentes del colegio rural Calandaima, notamos una juventud silenciosa y tímida, con dificultad para exponerse como sujetos. Pero hay allí también la fuerza de lo emergente que se articula con medios y canales que hacen posible otras formas de comunicarse; en videos y fotografías realizadas por ellos, están tanto su mirada sobre el territorio llena de fuerza y belleza, como el vínculo con lo natural, las plantas, animalitos de casa y el paisaje.

Parece inherente su amigabilidad con la tecnología, aunque su acceso sea precario y limitado a teléfonos móviles. Son capaces de conectarse con el pasado violento del municipio y aspirar a nuevas formas de vivir; aunque estos enlaces no son efervescentes sí se asoma la conciencia que hay que hacer las cosas distintas. Así que existe una complejidad por descubrir y revelar que se anida en la relación entre viejos y jóvenes. Pareciera que se puede más, sí se quiere más. Así mismo, allí anida la compleja relación entre pasado y presente, pues expresan parte de la difusa herencia que aún se respira a cuenta de petroglifos e historias.

La memoria entonces no es un asunto de los hechos violentos entre 1998 y 2003. Estas estrecheces son las que rechaza la propuesta de los estudios culturales, pues si bien es necesario fragmentar para estudiar, la comprensión nos lleva a que el hilo conductor de la memoria, difuso pero presente, debe mirarse en toda la extensión de su complejidad. La tarea de construir memoria colectiva es importante como aporte a

la memoria histórica, pero estas dos pasan por la individual que, de cualquier forma, todas deben ser colaborativas pues el ayudarnos a recordar es el camino para ayudar a vernos.

Y este ayudar a vernos debe partir por preguntas sobre qué queremos ver y qué puede ser relevante ver. Allí es donde la universidad tiene un espacio, a proponer el diálogo, a sugerir alternativas sin predeterminedar lo que se va a ver. La universidad es parte de la coyuntura si se hace presente, en terreno, y se atreve a oír. Cuando trabajamos con los chicos del colegio, nos dimos cuenta de que ellos pueden hablar y dar cuenta de esos hechos de violencia donde sus padres, parientes y vecinos estuvieron de alguna manera presentes; pero no es el diálogo que esperan abrir ellos, en cambio sí el del territorio, aunque esta categoría resulte tan amplia como ambigua. Lo que sí es perentorio interrogarse, es qué se preguntan los chicos de hoy, cuestión relevante no solo para la construcción de memoria, sino para todos los ámbitos del municipio.

De los ejes que determinan la vida del municipio, está la economía, la política y la cultura. Como ya se ha especificado, su vocación agrícola ha venido dando paso a la ganadera, con el consecuente deterioro ambiental. También el café, muy significativo a la cultura tibacuyense, ha retrocedido y ya no se produce tanto café como antaño, ni tampoco de la mejor calidad.

En lo político, Tibacuy hace parte de la injerencia de caciques regionales que orbitan desde Fusagasugá, pero no existen políticos que ejerzan la fuerza contraria. Así, tiende hacia lo homogéneo sin alternativas.

En el aspecto tradicionalmente llamado cultural, tiene espacios de formación en distintas artes como la danza, la música y cuenta con algunas agrupaciones musicales de cuerdas. El nuevo auditorio y Casa de la Cultura son muestras del interés municipal por impulsar estos espacios. Sin embargo, la cultura debe entenderse más allá de estos necesarios espacios que en lo general se entienden como periféricos o inclusive cerradamente folklóricos, y la apuesta que promueven los estudios culturales es que tenga un papel central.

CULTURA COMO CENTRALIDAD

¿Qué significa entender la cultura como centro? Retomando a Hall, la cultura es «parte constitutiva de la vida de las personas»; es el «medio donde suceden las articulacio-

nes y relaciones de poder mismas; la cultura entendida como las formas de vida y los mapas que la organizan» (Grossberg, 2017). La cultura no es la secretaría responsable de la administración, está presente en toda la administración y la vida pública, pero en todas «las estructuras sociales, transiciones históricas, organizaciones económicas, relaciones sociales e instituciones políticas» (Op. cit.). Está en las formas de ser y hacer la vida justo en las formas que definen y establecen el orden y sentido social. De allí la importancia de mirar las relaciones sociales, porque es en ese intercambio donde se construyen tanto los significados como los sentidos de las prácticas que acentúan tanto la identidad y proyectan el devenir de una comunidad como la tibacuyense. En otras palabras, la cultura de Tibacuy está en sus relaciones y lo que con estas se construye.

RELACIONES SOCIALES

El análisis social de las relaciones pasa por identificar las fibras que constituyen lo que podríamos llamar el tejido social, compuesto por las distintas instituciones sociales y del Estado, y en particular actores en la trama del conflicto. En Tibacuy están presentes víctimas, victimarios, la comunidad no víctima, agentes del Estado y cuentan también, los de paso, es decir, visitantes y turistas.

Comprender el estado y las formas de relacionarse las personas, muestra tanto la cultura como sus potencialidades y necesidades de transformación. De allí, que la comunicación y su análisis aporta a dicha comprensión, pero en especial a necesarios y posibles cambios si entendemos la capacidad de la comunicación para resignificar y construir sentido entre sus actores y agentes.

Entre los primeros, víctimas, ya hemos mencionado que se encuentran quienes fueron afectados por hechos victimizantes, familiares de personas que fueron muertas o desaparecidas, personas que sufrieron el desplazamiento forzado y que retornaron al municipio o quienes provienen desplazados de otras regiones del país. Un hecho particular es que, al vincularse en los registros oficiales de víctimas del conflicto, no solo se reconocen como tales, sino que dicho sustantivo les permite acceder a beneficios otorgados por ley; este es un proceso que realizan mediante registro y evidencia ante la personería municipal, donde se coordina la mesa municipal de víctimas en la que pueden participar.

Hay quienes sufrieron también hechos victimizantes, mas no se reportan como tales, tomando distancia de lo relacionado con la mesa municipal y las acciones que allí se

cumplen; algunas de estas personas, incluso, se han alejado de la comunidad, viven en sus casas y tienen contacto mínimo con la gente del pueblo, o si la tienen no mantienen lazos estrechos por lo que podríamos llamar resentimientos ante la insolidaridad o delación que llevó al cabo la muerte o desaparición de familiares. Otros, muy vinculados con la comunidad en cambio, aunque se denominan víctimas, no se vinculan al colectivo de la mesa, y mantienen actitudes reticentes ante víctimas y victimarios.

Aunque no autodenominados, pero sí reconocidos e indicados por las víctimas especialmente, están los victimarios, personas que en algún momento hicieron parte de una red de colaboradores de la guerrilla, algunos de ellos nombrados como milicianos. Estas personas, generalmente jóvenes en el momento del conflicto, son oriundas del mismo pueblo, y cumplieron tareas de informantes de hechos o violación de normas establecidas por la guerrilla en el lugar. De acuerdo con testimonio de víctimas, esa función les permitió delatar e inculpar, para sus propios beneficios, a sus vecinos o familiares ante los subversivos llevándolos a ser ejecutados u obligados a irse del municipio. Con el arribo y retoma del ejército del territorio y el posterior advenimiento de fuerzas paramilitares, estos milicianos huyeron o fueron asesinados, lo que a su propio juicio los colocó en el papel de víctimas en especial por desplazamiento. Con este criterio, se reportaron y fueron reconocidos como víctimas y beneficiados por la ley.

Por su parte la comunidad no víctima, son todos los pobladores de esa época que aún perviven en el municipio, y quienes posterior al año 2003 han llegado a la fecha de este estudio. Muchos de ellos fueron testigos de hechos victimizantes o en algún momento fueron asediados o amenazados por la guerrilla; en todo caso, nunca se pronunciaron o se reconocen como víctimas. Por temor, se entiende, no reaccionaron ante las fuerzas subversivas y, en voz de muchas de las víctimas, no fueron solidarios ni prestaron ayuda para proteger a quienes luego fueron desaparecidos, asesinados o forzados a irse. Alguna parte de esta comunidad no víctima, precisamente descalifica a quienes se pronuncian como tales, pues ven en ellos personas oportunistas ante las prebendas que da el Estado, y descalifican el hecho por el cual algunas autodenominadas víctimas reclamaron beneficios económicos del Estado.

También están los actores o agentes del Estado que, en el momento del conflicto, debieron someterse a las presiones de la guerrilla e incluso despachar desde Bogotá u otros municipios. Hoy en día no están vinculadas a la administración, viven en Tibacuy y no participan de la mesa municipal de víctimas; sin embargo, se reconocen afectadas por el conflicto pues para proteger a sus familias debieron irse forzadas por la presión de la guerrilla.

En esta muy breve descripción de actores y agentes relacionados en torno al conflicto que viviera el municipio entre los años 1998 y 2003, se debe tratar de identificar las formas como se ha hecho o deshecho el tejido social. A partir de los testimonios de víctimas y no víctimas, encontramos que la estructura social la determina la colocación que como sujetos asumen los pobladores que vivieron de forma directa el conflicto.

Asumimos el concepto de colocación zemelmaniano en sentido crítico, es decir, no por la actitud interesada en construir historia donde el sujeto se antepone a las circunstancias y elabora a partir de estas una postura política, es decir de movimiento en cuanto no se queda encerrado en los marcos de referencia situacional dados por los acontecimientos (Zemelman, 2002), sino que, por el contrario, en el caso de Tibacuy, esa quietud política devela un escaso llamado de voluntad como posible reflejo de necesidad de conciencia. El tejido social es el resultado, entre otras, de la manera como los sujetos que lo componen ven, sienten, entienden y asumen su comunidad y su historia.

En el entramado social están presentes tanto el sentimiento y mundo psíquico de quienes fueron afectados, y la mirada colectiva de los demás pobladores, antiguos y recién llegados. Tibacuy, como escenario de distintas manifestaciones sociales, es distinto si se le observa desde la estructura psicológica de víctimas y desde las dinámicas propias de la vida social donde confluye lo económico, institucional y político.

En las víctimas está el adoptar o rechazar la filiación con la comunidad y en particular con actores específicos de la misma. Pueden acogerse a la mesa municipal de víctimas que hace parte de la estructura social e institucional del municipio y, a través de la cual, se accede y fomenta modelos asociativos que empoderan e impulsan actividades culturales y económicas. Allí adoptan el espectro social. En contraposición, el rechazo es palpable desde el mundo psíquico, pues algunas de las víctimas elijen estar mejor en sus casas y no en reuniones comunales, de hecho, afirman ir a la cabecera municipal para realizar diligencias y basta. En sus intenciones no están las de vincularse, incluso, a la mesa municipal de víctimas que le son propicias por derecho. También hay quienes se contraponen a la mirada peyorativa y subalternizada que los señalan como ciudadanos de segunda, dependientes y faltos de iniciativa, al punto de negar la nominación de «víctima» y preferir llamarse sobreviviente. Así, la colocación del sujeto víctima es dual, donde es y ha sido poco visibilizada y reconocidas sus afectaciones y sí una injerencia social desde la dependencia.

También hay rechazo de las no víctimas ante las víctimas, y como hecho palpable está la desconexión entre unos y otros. El caso directo está en que las actividades de estas últimas se realizan del conjunto de pobladores del municipio. En al menos una

oportunidad, se hizo en un recinto cerrado alejados completamente del municipio, como cosa de víctimas; en otra oportunidad se hizo en uno de los parques centrales del municipio, el de Tibacuy, y solo involucró nuevamente, a las personas registradas como víctimas. Estos eventos están dirigidos a las víctimas y la socialización con las no víctimas es mínima, con ausencia también de instituciones educativas, administración local y otras asociaciones.

Así las cosas, la dicotomía da cuenta de la manera como vive Tibacuy hoy su relación con el conflicto, lo que fue, pero esta relación muestra el vínculo que existe entre las personas. Es evidente una normalidad en sus dinámicas sociales, pues mantiene una economía, una vida pública, expresiones culturales de tradición y política común a todo municipio. Pero silencia las emotividades, sentimientos e historias que determinan especialmente a las víctimas del conflicto, quienes se sienten traicionadas. Esta discreta radiografía muestra la fractura de un tejido social que se le dificulta ver su historia, hacer memoria y superar resentimientos; sin embargo, la fuerza de la dinámica social les permite compartir los espacios y las actuaciones, como cuando en una familia se toleran discretamente sus miserias pero que revientan en algún momento catártico.

Lo anterior va en contravía con lo que para algunos autores como Worchel, Cooper, Goethals & Olson (2002), acercan a la cohesión de un colectivo; al notar la noción de grupo, vemos cómo puede homologarse a la de comunidad, si aceptamos que los miembros sienten que hacen parte de una unidad en razón a «compartir ideas y opiniones y aceptar las normas del grupo. Los integrantes también tienen por lo menos un objetivo en común» (Pág. 414). El identificarse con iguales valores, aceptar un mismo pasado, reconocerse con los otros, son aspectos que posibilitan la construcción mancomunada de proyectos y sus logros. Aquí hay una tarea pendiente para el municipio de tal forma que entre víctimas y no víctimas se tejan en actitudes, compromisos, ideas y metas. Le serviría al municipio apoyarse en trabajos interdisciplinarios como lo abogan los estudios culturales.

Sin embargo, al interior de la mesa de víctimas no se percibe tampoco cohesión en la medida que los propósitos asociativos se bloquean ante los intereses particulares. La asociatividad ha sido difícil, puesto que son muy pocas y con pocos resultados las asociaciones que han alcanzado logros y se sostengan. No están identificados los aspectos que hacen que al interior de estas las lleve a la falta de continuidad y la disgregación, incumpliendo metas y objetivos trazados. Parte aquí la inquietud, ¿qué debilita a estas asociaciones? ¿Prima el interés particular sobre el colectivo? Desde la perspectiva del reconocimiento (Honneth, 1997) se aboga por construirse colectivamente... pero a veces, el querer hacer algo en conjunto se frena por las dificultades de comunicación y confianza... y en el fondo, es usual encontrar resentimientos y descon-

fianza... se tiende con mucha frecuencia, a esperar el liderazgo de la administración, pero menos el liderazgo de la comunidad... lo que otrora caracterizó a líderes como Isidro Sosa o el mismo Alfonso López, se asoma de manera muy discreta sin lograr consolidar procesos que redunden en el tejido social. El hecho de que familiares de víctimas estén autoexcluidos o marginados de la vida social de la comunidad, es una triste muestra de no sentirse parte de esa sociedad.

Tibacuy es una comunidad cuyas relaciones sociales están mediadas por la oralidad toda vez que, pese a la mediatización de la información y emergencia de las redes, es palpable la centralidad del lenguaje. Prima lo que se dice a partir de lo que se ve y se interpreta. Al no ser foco de atención en los medios por su conflicto como sí lo fueron otros municipios y regiones aún en el mismo Sumapaz, Tibacuy permanece oculto, poco visible, en parte a que no han prosperado iniciativas de medios ni mediaciones, un mensaje más para promover y respaldar iniciativa en radio, prensa o televisión local, o mediaciones que ayuden a promover y visibilizar tanto la producción de contenidos, como especialmente la materialización de conocimiento. Es momento de los proyectos intelectuales.

De esta forma y como le expresa Grossberg (2017), para Hall, no hay garantías, las relaciones existen y están ahí, su naturaleza es otra cosa y es menester entender cómo se configuran y constituyen. En Tibacuy hay afectaciones psicosociales que no han sido atendidas y eso es un determinante de la manera como se vinculan las personas, sean víctimas o no víctimas. Para los estudios culturales, la tarea está en comprender estas relaciones, lo que las tensiona, sin aspiración a desestructurarlas o reestructurarlas, lo que lleva a la afirmación que este campo implica ser «anti-antiesencialistas, creer que hay relaciones pero que estas son contingentes» (Pág. 29). Las cosas pueden cambiar si hay proyectos intelectuales y políticos.

PROYECTO INTELECTUAL Y POLÍTICO

Para los estudios culturales es necesaria la producción de conocimiento, toda vez que se define como una práctica intelectual, pero no es el conocimiento de decoro, ni el conocimiento bonsái, es decir aquel para mostrarse y obtener figuraciones, reconocimientos con aplausos... ese es un nivel egoísta del saber. Lo que aquí se promulga, es un conocimiento que se convierta en lucha política; es decir, que el saber promueve el moverse, entrar en conciencia y determinación. A la voz de Zemelman (2002), la primera voluntad que se llama es la de conocer. Aquí la pesquisa indica sí la gente de

Tibacuy quiere conocer... la respuesta es sí, precisamente por lo narrado por las víctimas, quienes ven en el conocimiento una forma de movimiento y actuación, que, a la postre, es política.

Ese conocimiento identifica las relaciones de poder, no solo de dominación, sino de posibilidad. Por ello acude la búsqueda a conocer lo que la gente quiere, lo que las víctimas sueñan, pero también su herencia, sus hijos y nietos, estos últimos, con anuncios de conciencia y cambio, de acción frente al olvido. Hay anuncios, pero no globales ni determinantes, porque hay conocimiento de las situaciones que pasaron, pero no se sabe aún qué hacer con ellas.

Con la idea de coyuntura ya expuesta, se entiende que el saber implica tensionar las formas tradicionales de poder. Y no solo el poder de gobierno, sino el poder de permitirse gobernar. ¿Cómo es posible que décadas de dejación continúen y mostrando como evidencia los deterioros ambientales y de patrimonio arqueológico, cultural y económico? Quizá se pueda decir que es un mal general, porque “así somos”, pero el conocimiento debe aportar a la construcción de conciencia que dé la posibilidad a su vez de tomar decisiones distintas o al menos elevar la exigibilidad a los representantes de la voluntad popular. Y, sobre todo, comprender que esa voluntad no termina en la representación, sino que la mayoría de las decisiones de cambio y transformación está en manos propias. Así que el conocimiento debe llevar a la reflexividad, concienciación y acción transformadora, de lo contrario no tiene sentido. Lo maravilloso del campesino, es que no pierde la humildad, y esto debe ser fehaciente al momento de imaginar una nueva forma de encontrarse con otros saberes.

En su tarea no reduccionista, los estudios culturales han sido elocuentes en su transdisciplinariedad. Aquí ratificamos la necesidad de ser incluso contradisciplinares, porque el saber de los habitantes del campo va paralelo a las disciplinas, porque siendo propio y alimentado especialmente por la tradición y la experiencia directa, hace parte de un saber colectivo que se amalgama cuando se le da espacio. El muy entrecomillas centro de conocimiento llamado universidad, estará siempre en la misión de proponer formas nuevas de acercamiento, diálogo e interacción que ayuden a construir nuevas formas de convivencia “con la aceptación de la diversidad de conocimientos, potencialidades y habilidades” (Grossberg, 2017, pág. 35). Y que este sea el sabor del conocimiento y la lucha política, el construirse continuamente y con claras evidencias que se está haciendo.

EL LUGAR DE LA MEMORIA

Los proyectos y *Resiliencia y emprendimiento. Una ruta para potenciar el encuentro entre la UNAD y la comunidad de Tibacuy* centraron su interés en la memoria como dispositivo de tejido social. En el recorrido, el equipo se dio cuenta de la complejidad del concepto de memoria, pues pese a contar con preceptos y ser tendencia en el país, la idea de memoria desborda el bagaje teórico y exige otras miradas epistémicas. ¿De qué memoria estamos hablando? Sabemos de la multiplicidad de las memorias, pero encontramos lugares comunes. La memoria está hecha de representaciones, materiales y simbólicas que exigen un cuidadoso manejo para entender su funcionamiento (Kansteiner, *Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva*, 2007). El trabajo realizado en Tibacuy dio cuenta de tremendos inconvenientes metodológicos ante el arriesgado esfuerzo de tejer memoria colectiva... por ello, es muy ambicioso catalogarlo dentro de esa categoría.

MEMORIA COLECTIVA

Volvamos con Kansteiner, crítico de las apuestas sobre la memoria colectiva, la cual nos aclara que esta “no es historia, aunque en ocasiones está hecha de un material similar. Es un fenómeno colectivo, pero solo se manifiesta en las acciones y declaraciones individuales [que, en conjunto] favorece intereses contemporáneos. Es tanto resultado de una manipulación consciente como absorción inconsciente y está siempre sujeta a mediación” (pág. 32)

En efecto la memoria colectiva puede traer eventos históricos (Tibacuy fue fundada en 1592), con ricos antecedentes prehispánicos y una resistencia indígena digna de película (cosa que no existe pese a tener el municipio el remoquete de Hollywood criollo), y responde a demandas intelectuales y cierto esnobismo académico que, hasta el momento, es tímido en sus alcances y transformación. ¿Qué ha logrado la recuperación de la memoria en nuestro país? ¿Qué puede significar en un municipio como Tibacuy hacer memoria? ¿Qué metodologías y el papel que cumplan allí las disciplinas que intervengan? ¿Cuáles serán sus efectos? No es fácil ir a las fuentes directas, aunque estén vivas, muchos de los impedimentos son psicológicos, no pocos morales y éticos (¿conversar con el promotor del asesinato de un familiar que siendo vecino ahora es comerciante en el pueblo?). Estas son algunas razones que llevan a acudir a las percepciones,

las representaciones y testimonios de testigos o referentes no siempre presentes. La memoria se siente en los efectos, las heridas, traumas y dolores vigentes, o en los silencios y evocaciones, y claro, no faltan los chistes y el humor negro. “En definitiva, los estudios de la memoria colectiva representan una nueva aproximación «al más elusivo de los fenómenos, la conciencia popular»” (Op. cit).

Ya mencionamos que Tibacuy no ha pasado por esta zona, la de la conciencia colectiva, producto de escenarios de reflexividad, entre otros asuntos porque no ha sido propio de un espacio político, así que no hace parte de lo que para Gramsci sería una “crisis orgánica”, esto no ha sucedido pues posterior a la salida de la guerrilla y la presencia paramilitar, el pueblo y su gente siguió su vida (obviamente), llegaron nuevas personas, y se reguló la vida política según las normas institucionales comunes a todo municipio. Su eslogan de la joya escondida de Cundinamarca, le va bien porque el municipio en sí ha estado silenciado, adormecido y casi sin protagonismo regional o departamental, y en materia de memoria, se ha cultivado en un pasmoso olvido.

La memoria colectiva se constituye a partir de las experiencias cotidianas y cómo se socializan ya sea en espacios abiertos o cerrados. Es en la interacción social donde se tratan, configuran y significan los hechos del pasado, lo material y simbólico del patrimonio que le son propios y que llega a representarse en materializaciones o en los discursos e imaginarios. Para Tibacuy, es significativo su pasado panche, más allá que comprendan o no, esta desaparecida cultura, y para muchos lugareños los lleva a su relación con la tierra y lo que les ha podido ser productivos. Apoyando las tesis de Halbwachs, Kansteiner, reitera el valor de lo colectivo donde se encuentran distintas subjetividades colocando lo colectivo sobre lo individual, “El propio lenguaje y las pautas narrativas que utilizamos para dar expresión a la memoria, incluso a la memoria autobiográfica, son inseparables de los criterios sociales de plausibilidad y autenticidad implícitas en ellos” (Kansteiner, 2007, pág. 35), colocando la existencia de la memoria individual en estado dudoso. Sin embargo, para distensionar esta disputa teórica y conceptual, él mismo argumenta la necesidad de “distinguir entre diferentes tipos de memoria «social», la memoria autobiográfica por una parte y la memoria colectiva”, y negando su base orgánica, concluye que la memoria colectiva “tiene su origen en comunicaciones compartidas sobre el significado del pasado y arraigadas en los mundos de vida de individuos que participan de la vida común de sus colectivos” (Pág. 34), para que finalmente logren su significación mientras se socialicen, signifiquen y logren un nivel de representatividad amplio, lo que en otros términos implica el vínculo con la comunicación.

MEMORIA CULTURAL

Desde la perspectiva cultural, la memoria debe entenderse como el encuentro de múltiples subjetividades que buscan un asidero en las materializaciones de su historia. Recopilar no solo los testimonios sino llevarlos a piezas visibles para las nuevas generaciones es lo que le da cierta determinación a esta memoria. Es el camino espinoso, porque demanda aceptar las “interpretaciones plurales, diversas, simultáneas y en ocasiones contradictorias, en las que se juegan disputas, conflictos y luchas en torno a cómo procesar y reinterpretar el pasado”; pero, además, la responsabilidad sobre los mismos; es lo que llevaría a un momento tensionante el construir un monumento a las víctimas, sobre todo porque ese sustantivo ya genera una ardua dispersión de disencuentros. El mejor enclave para pensar la memoria cultural pasa por determinar, o al menos pautar una aproximación a lo que sería la identidad tibacuyense. Tratar de acercar esta idea ya es un desafío por indagar toda vez que la fuerza migratoria de distintos momentos se ha hecho sentir, sin que ello implique que los residentes tradicionales sean invisibles. La pregunta por la identidad es una cuestión cultural y comunicacional, y la memoria cultural es de todos modos un referente que aporta a esta noción toda vez que las materializaciones se constituyen en representaciones colectivas. El error para diferentes autores es confundir esta memoria cultural con la colectiva.

El encuentro de subjetividades, representaciones y materializaciones trae de nuevo a Honneth y su lucha por el reconocimiento, capaz de implicar la compasión, acoger la exposición de sujetos jóvenes, mayores, residentes y migrantes, víctimas y no víctimas, supervivientes y victimarios, para llevar ese reconocimiento a un nivel crítico donde se palpe la voz del colectivo en representaciones donde las gentes se encuentren y sientan que su voz está ahí. Con lo expuesto en contexto, hay unos referentes valiosos sobre los cuales la municipalidad podría andar y proyectar ese trabajo sobre la identidad, requiriendo obviamente un proceso intelectual; valorar el legado misca y panche, la herencia colonial, republicana y llevar a conciencia las transformaciones que se vienen sucediendo. Pero, además, reconocerse en el homenaje de conmemoración de las víctimas, punto de encuentro que podría llevar un mensaje resiliente y también de proyección.

Un proceso comunicacional trasciende el reconocimiento de la pluralidad y adopta la mirada sistémica donde todas las fuerzas implicativas y contextuales entran en juego. Estos procesos tienen como fundamento la resignificación del recuerdo y por ende del pasado, tener en cuenta nuevas hipótesis y conjeturas (Waldman, 2006) que superen el “cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas” (Richard,

1998), para lo cual enfatiza la autora chilena que “...es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha que nunca se da por vencida la que perturba la voluntad de sepultura oficial del recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas” (pág. 65).

Hay un cúmulo de pasado, de historia, de sujetos, de identidades resentidas, todo aplica para aceptar el momento de una memoria potencial.

PENSAR EL FUTURO ACEPTANDO LA COMPLEJIDAD DEL PRESENTE

COMPLEJIDAD Y CONTRADICCIÓN

De los estudios culturales retomamos el concepto de complejidad y contradicción. En efecto Tibacuy cuenta con un pasado silencioso y un presente efervescente, taimado, discreto y oportunista (parece haber una revolución descontrolada de turismo como motor de la economía, y al mismo tiempo, precaria disposición política, mediana capacidad estructural, y precaria infraestructura). Mucho para contar, poco para decir, muchos implicados, pocos reconocidos, hemos aprendido a vivir en medio de una discreción, como si no hubiera pasado nada o este sea apenas parte del paisaje. Tenemos mucho por decir, y por ello mucho por callar. Y el callar es un rechazo para hacer memoria y también para revisar los aprendizajes que traen consigo esos pasados, y este silencio figura como opción política. Una perspectiva desde los estudios culturales nos permite conocer las complejidades y contradicciones que se manifiestan en los diálogos y situaciones de la experiencia cotidiana. Por allí se atraviesan las formas de pronunciar esos pasados y los significados emergentes, todo ello presentes en el lenguaje.

¿Qué hace complejo tener una cultura de la memoria contraria a una cultura del olvido? Lo primero es no reducir la idea de la memoria, ni aun considerando que la memoria histórica, colectiva o individual, de por sí amplias, no se cierne a la violencia, sino a la vida de décadas e inclusive siglos atrás. Así, valorar que el análisis va más allá de víctimas y victimarios por el enrarecimiento del presente, lo que invita a llevarlo más allá, y tejer con las generaciones nuevas que no estuvieron allí, pero que reciben ciertos impactos heredados. Lo segundo es considerar que la memoria no está hecha solo de datos, acontecimientos o hechos ajenos, sino que allí todos están presentes; uno de los aspectos más críticos disuelto, más no ausente en estos tramados relacionales, es el emocional, justo donde se dirimen o fortalecen los vínculos. Sin atención de esta

dimensión emocional es difícil entramar socialmente desde el reconocimiento con fines de identidad y futuro. Y allí se vinculan gentes que van y vienen, se van o llegan.

Ahora bien, la complejidad de incursionar en el tema de la memoria en un municipio con gran historia, pero renuente a adoptarla, confronta factores históricos (cp): uno de estos es «las tradiciones intelectuales y culturales que enmarcan todas las representaciones del pasado». Si entendemos como tradición intelectual como la existencia de un pensamiento, debatido, discutible, confrontado y sobre todo materializado, Tibacuy no tiene una construcción de pensamiento, pues, aunque en su seno vivan profesionales de distintas disciplinas, son escasas las convocatorias para realizar esa confrontación de pensamiento o al menos trazar una ruta. Tampoco hay práctica de construcción de saberes, y como se anotará en otro apartado, tampoco se recupera el saber de los más ancianos, y el acercamiento a ellos es sospechoso en algunas de las veredas pues han notado los lugareños una práctica extractiva de su saber, lo que implica un desafío a tejer confianza.

Otro factor está relacionado con «los creadores de memoria, aquellos que de manera selectiva eligen y manipulan esas tradiciones», podríamos afirmar que si no existe lo primero, tampoco lo segundo, pero tampoco es cierto pues Aprenat, asociación de campesinos siendo una de las pocas funcionales en el municipio, da cuenta de un trabajo de protección al cerro Quininí, y allí utilizan el patrimonio natural y arqueológico del cerro para ofrecerlo a un turismo abierto; en sus guías a turistas, se preocupan por dar elementos de las antiguas civilizaciones que habitaron el territorio, y con su trabajo, se ha creado, recreado y sostenido la herencia panche, lo ponen en sus discursos y en buena medida es parte del atractivo del cerro. Además, presentarse como protectores del ambiente, da cuenta de otro elemento que aporta a la memoria del lugar como lo es mantenerlo para que otros lo disfruten. El manejo que hacen del entorno y sus patrimonios da cuenta de una tradición que es darle relevancia a la cultura panche, que aún está en deuda materializarla (producción intelectual) y hacerla más visible.

Un tercer factor para nominar la memoria colectiva está vinculado con los receptores, es decir, «consumidores de memoria, aquellos que usan, ignoran o transforman tales artefactos de acuerdo con sus propios intereses» (Kansteiner, 2007, pág. 32), que bien reconocemos a los turistas, pero no se sabe aún qué se llevan de su experiencia cognitiva del cerro; esto sería un material de investigación. Allí se vale preguntar por qué les interesa conocer, pero, aún se desconoce información sobre el tipo de turismo y de turista que llega al territorio... se sabe que mucha gente llega al municipio, pero, es poco lo que interactúa o recorre la región; es decir, se cierra sobre lo mínimo sin abrirse a otras potencialidades de la región.

PESIMISMO INTELECTUAL

En la explosión contemporánea y prácticamente global sobre la memoria que apela a los adjetivos esnobistas, no dejan de ser prácticas más discursivas y figurativa que reales. No existe lo que Kansteiner reclama como *ejercitar el saber de la memoria*, pues las políticas de la última administración del Estado han mostrado el camino contrario, como si recordar fuera el problema, inclusive al punto de cuestionar un hecho tan irrefutable como la existencia del conflicto armado en Colombia. Así mismo, cuestiona el currículo oficial en materia de enseñar o no historia en los colegios, es una tarea pendiente, en especial o entre otras cosas, por el hecho de centralizar su estudio desde una mirada oficial. Con todo, para notar este punto de cerramiento intelectual, cabe afirmar que la memoria ha sido tema de interés, en el periodismo y en algunos otros especialistas, pero no es el tema central de la cultura y precariamente de la academia.

La reflexión que vamos construyendo nos lleva a ver la memoria como patrimonio, dado que es una poderosa alternativa que tiene hoy el municipio, donde no existe aún el discurso sobre la memoria, pero tiene todos los elementos que podrían darle valor a lo que ya es patrimonial. Desde lo ancestral, el manejo del recurso natural y su llegada actual, hasta el mismo conflicto y su particularidad. Sus centenarios habitantes, retan la recuperación de su oralidad. Por ello cabe sugerir que la memoria potencial debe incluirse en la agenda pública como forma de darle centralidad al tema de derechos, de tan incipiente discusión en el municipio, así como la “justicia y responsabilidad colectiva” (Waldman, 2006), y retener que “la identidad, memoria y patrimonio cultural son conceptos unidos”, articulación que otorga valor y significado a la memoria, y sobre todo a la manera como se constituye tanto en la identidad como en lo que se le pueda materializar o visibilizar, de allí la importancia de producir “textos y relatos académicos que asuman la complejidad y conflictividad propias...” (Gili, 2010).

PRESENTE

Esta es una categoría retadora. Solemos estar o en el pasado o en el futuro más solemos aislarnos de lo que nos permita sentir y pensar reflexivamente lo que acontece en el aquí y en el ahora. Planteada por Zemelman como acceso a la realidad, vehicula en Tibacuy una batalla soterrada y perdida. El hecho que no entre en el campo de la discusión, reflexión o al menos estudio, saca de la palestra eso que para Wlad-

man llama “batallas por la memoria” (2006). En no volver sobre ello ni revelar posibles aprendizajes, coloca a la memoria como un lugar de otros. Por los testimonios escuchados, resentimientos, rabia y nostalgia e impotencia, recordar duele, y el dolor separa, y máxime cuando no se cura, el sabor de injusticia imposibilita estructurar un relato del pasado, en donde este se descoloca en las miradas hacia el futuro. En otras palabras, puede que recordar, y en concreto los hechos de violencia por el conflicto, no sirva para nada. Cada uno se siente víctima en particular, pero sienten también que los otros no lo son.

Pero la memoria sigue siendo objeto de estudio, porque tiene la potencialidad de crear significados sobre lo que aconteció, no solo en el conflicto, sino en un pasado que bien se entiende milenario. Los portadores de la memoria son portadores de las representaciones que definen la identidad. La construcción simbólica es el resultado de procesos de apropiación y reapropiación que dan sentido a los nuevos tiempos, donde la vocación agrícola ha disminuido, el interés por la conservación se manifiesta y el turismo se asienta como vocación productiva, y donde también existen líderes campesinos que desde su voz emerge la revalorización por lo ancestral demandando acompañamiento, tejido de saberes y por supuesto materialidad intelectual. Tibacuy merece ser un municipio que concentre la preocupación por el saber, el cual es desde los estudios culturales necesario, y obligadamente de tejido mancomunado.



LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO Y LA IDEA DEL SUJETO POLÍTICO

Según Marcuse, el proceso hacia algo nuevo se expresaría en el rechazo a participar en la productividad destructiva que se manifiesta en el movimiento feminista, en el movimiento estudiantil, en los movimientos cívicos, en la lucha de las “minorías” étnicas, en los marginados y excluidos del “tercer mundo”.

La historia de las luchas en América Latina y en el mundo, ha estado marcada particularmente por la lucha hacia el reconocimiento y en palabras de Habermas de la “reafirmación colectiva” (1997) que ha sido, por años, negada por la “coerción” de las mayorías, aquellas que tienen el poder y que han sido privilegiadas en todo escenario social no por su coherencia y pertinencia en su accionar sino por su habilidad de dominio y manipulación grupal, aquí entonces la reciprocidad pierde sentido ubicando así a las llamadas minorías (población vulnerable) en un lugar marginado, que las desconoce y deslegitima.

De acuerdo con lo anterior, entonces todo lo que es reconocido socialmente está ligado al conformismo y al sometimiento de los demás, aquellos que aún reclaman el derecho a la dignidad y la integridad; en pocas palabras, al respeto “por todas aquellas formas de acción, prácticas, variedades de concepciones del mundo las cuales gozan de un alto aprecio entre los miembros de grupos discriminados o con las cuales estos se sienten estrechamente vinculados (...) las mujeres, los asiático-americanos, los afroamericanos, los indígenas americanos y otros grupos” (Gutman, citado en Habermas, 1997, p.27).

Resulta paradójico considerarlo así, pero el control expresado en las prácticas de los grupos armados tiene algunas similitudes con la exclusión social que ejerce poder, controla los comportamientos y de paso termina colocando en una situación de desventaja social a las víctimas del conflicto armado, quienes en general, han demostrado una gran dignidad como sobrevivientes de la histórica confrontación que ha tenido que soportar a lo largo de 70 años. Grupos como el de las víctimas del conflicto armado que en Colombia han estado sumergidas en el silencio y el olvido, desestimadas por la historia oficial; aquella que narra hechos victimizantes que marcaron la vida de los pobladores en determinadas partes del territorio pero que aún no concibe otros escenarios como muchas localidades y regiones que fueron marcadas por muchos años por la presencia de grupos al margen de la ley como es el caso del municipio de Tibacuy en la región de Sumapaz.

Es una historia que privilegia sentimientos y miradas generalizadas, aquellas que son “protagonizadas” por diversos medios; entre ellos, los medios de comunicación masiva, que visibilizan unas partes de la historia, pero paralelamente invisibilizan y ocultan otras; aquellas que involucran por ejemplo a las víctimas del conflicto en Tibacuy cuya historia se construye en medio de la incertidumbre, la desconfianza y el miedo. Se pueden aventurar algunas hipótesis acerca de este desconocimiento; por ejemplo, que su cercanía a Bogotá hizo que de forma intencionada no se quisiera decir que ya la guerrilla estaba cerca del gran centro político – administrativo de la nación. También se puede considerar que un municipio de sexta categoría con una población que

ronda en los 20 mil habitantes no es significativo, o que por considerarse como un accionar aislado por parte de los grupos armados, no resultan visibles en la cartografía del conflicto armado.

Lo cierto es que en la lectura local son pérdidas reales de personas reales, de comunidades que luchan por un reconocimiento como sujetos de derechos, que merecen un espacio en el escenario político y que buscan en medio del dolor una oportunidad para crecer en colectivo. En palabras de Honneth, enmarcadas en la Teoría social de Reconocimiento, se advierte que “si la teoría analiza únicamente aquellas experiencias que han sido capaces de llamar la atención de los medios de comunicación de masas, puede dejar sin tematizar situaciones socialmente injustas que no han ganado espacio en la opinión pública y que se mantienen desconocidas, justamente, porque sus actores permanecen invisibilizados”. (2006. p. 93). En este sentido la situación de la víctima representa una articulación entre el sentimiento generalizado de injusticia y la acción individual. Esto a pesar de que en Tibacuy el accionar de la guerrilla afectó de manera integral a toda la población. Cabe recordar aquellos momentos en los que, en palabras de Lida Delgado, se citaba a reunión puerta a puerta, se llamaba a lista, se impartían directrices orientadas a ejercer un control colectivo, acciones que denotan que fue todo un Municipio el que se vio golpeado y relegado por las distintas imposiciones por parte del frente que operaba en el territorio.

Reparación, justicia y verdad: acciones que se concretan en la reciente política de Ley de Víctimas (2011) y que anhelan con esperanza quienes demandan una pronta respuesta a pesar de que el silencio permanente y la expectativa en el cumplimiento de la normatividad se desvanezca como resultado de una pieza suelta que es vital para armar el rompecabezas de lo que ha sido la violencia del conflicto armado en Colombia, la de la historia del conflicto local; esa que se opaca y pierde relevancia por aquellas historias que prevalecen, que son escuchadas, que se narran y que son seleccionadas bajo criterios que aún se desconocen. Hablar del conflicto en Colombia exige ampliar el horizonte, trasladarse y descubrir otras realidades, compromete en palabras de Honneth “el reconocer la existencia de un conflicto, una tensión y una inconformidad...” que marcaron la vida, para el caso del municipio de Tibacuy de un aproximado de 1 027 personas, integrantes de familias que vieron profundamente transformadas sus vidas; un pasado que dejó muertes, desplazamientos, desapariciones, violaciones; un dolor que prevalece en la mente y en el corazón de los habitantes, y más en aquellos que fueron directamente vulnerados.

El sufrimiento puesto en la escena social, debe ser una recompensa de la lucha por la indiferencia e incluso de la estigmatización y el prejuicio a los que han sido sometidos, víctimas que reclaman sus derechos y que en diversas situaciones se sienten

rechazados hasta por su propia comunidad; “mendigan del Estado” es una de las expresiones que se construyen y que se condicionan a una lectura única y sesgada de la realidad. Son representaciones sociales del conflicto armado, que distorsionan y que condenan, que ocultan el dolor y callan la verdad; en su funcionamiento las representaciones sociales activan entre otros un principio de referencia semántico y cognitivo que permite la comprensión mutua entre las personas, pero que puede bloquear la comunicación entre los grupos muy alejados en el plano simbólico.

Es una forma de saber común” (Prevert, et al., 2012). Bloqueo que ubica en el mismo contexto a comunidades que compartieron por años una misma historia pero que el conflicto dividió hasta el punto de convertir en enemigos a aquellos que alguna vez formaron parte la misma familia. Cabe considerar en términos comunicativos, que el sentir por lo sucedido no circuló lo suficiente, se quedó habitando el sentimiento de doña Ana, o de Héctor, lo que ha dificultado de manera muy fuerte la posibilidad de elaborar la tragedia vivida en aquellos aciagos momentos.

LA COMUNICACIÓN MEDIA HACIA EL RECONOCIMIENTO SOCIAL DEL CONFLICTO

A través del tiempo varios autores han cuestionado el papel relevante que los medios de comunicación han desempeñado en la construcción de historia, de sentidos, de representaciones; de su incidencia en el moldeamiento de los comportamientos, de la afectación de las percepciones que se elaboran acerca del mundo. Marcados por la línea consumista del capitalismo construyen discursos, diseñan imaginarios y definen estilos de vida, en resumidas palabras, fomentan ideales de cultura que la mayoría de las veces están condicionados por el poder político y económico.

Ideologías homogéneas que deslegitiman y niegan al otro; a ese sujeto político que requiere de espacios de diálogo, de encuentro, de reflexión; que debe ser reconocido desde la diferencia, desde su forma de actuar, desde su identidad, desde sus condiciones y circunstancias de vida; sin importar raza, procedencia o clase social; se trata de un sujeto político definido como “aquel agente o actor susceptible o capaz no solo de intervenir en el plano de lo político, sino también apto para gestarlo” (Velázquez, 2015, p. 86), pero a quien se le niega su participación en el plano político ya que desde lo cotidiano se le desvincula por la vehemente prevalencia de los discursos monopolizadores que privilegian la individualidad y el actuar de determinados actores promo-

tores de dinámicas sociales adversas, que aumentan la diferencia, la desigualdad, la injusticia e inequidad.

Es justo aquí, cuando se cuestiona el papel que la comunicación y los medios desempeñan en el constructo de esa sociedad incluyente y tan anhelada desprovista de injusticias y coherente con las necesidades e intereses sociales. Y se abre paso al interrogante sobre la forma en que estos medios técnicos tradicionales favorecen miradas universales del conflicto armado *¿Median realmente hacia el reconocimiento de sus repercusiones desde lo local? ¿Interviene aquí la comunicación en la construcción de las sociedades?*

Pareciera que no, pues da la sensación de que más que construir, terminan afirmando lo que el sistema proyecta, borrando de esta forma los matices que frente al conflicto armado se vislumbran en los comportamientos, las reflexiones y el accionar político de pequeñas poblaciones, que como es el caso de Tibacuy, se pararon en el lugar que su cultura, historia y territorio les sugirieron al oído. La mediación para el caso adquiere una connotación de intervención y más a partir de cómo la comunicación posibilita un lugar para la interacción y el acercamiento a otras realidades, y por ende al planteamiento de alternativas a la variedad de conflictos sociales, privilegiando así la construcción social pues abre las posibilidades de:

- Visualizar actores. Aportar a la legitimización de los actores invisibilizados, facilitar la toma de la palabra.
- Sensibilizar y motivar desde el valor del esfuerzo colectivo para el cambio social y trascender el pragmatismo.
- Construir y consolidar relaciones estratégicas entre sujetos e instituciones.
- Construir desde lo particular el sentido del desarrollo social con temas y actores articulados. El comunicador debe ser un tejedor. (Alfaro, citado en Bustamante, 2012, p. 7)

El colectivo de víctimas del conflicto armado en el municipio de Tibacuy empieza apenas, a reconocer el valor de abrir espacios de escucha y de habla como estrategia comunicativa para sensibilizar, fortalecer relaciones quebrantadas por la desconfianza; conocer la historia para no caer en su repetición y abrir espacio a la participación y la toma de decisiones políticas pertinentes, porque solo el que conoce su historia es capaz de definir su propia ruta y gestionar acciones que le ayuden a la recomposición del tejido social. “En ese sentido, el protagonismo en ese proceso también es una cuestión de legitimación de los actores y saberes socialmente habilitados para protagonizar” (Bustamante, 2012, p. 6).

Se media desde diversos lugares, a partir de la investigación, que precisó en los relatos de vida y las entrevistas colectivas como una oportunidad para narrar y conocer las experiencias emergentes de la violencia local protagonizada por los grupos ilegales, se trata de dar un paso para legitimar a las víctimas que por muchos años habían quedado relegadas al olvido. En palabras de Habermas (Citado en Domínguez, 2013, p. 311): “Legitimidad significa el hecho del merecimiento de reconocimiento por parte de un orden político” y aquí la comunicación es clave para la comprensión y el entendimiento entre sujetos sociales que vivieron el dolor y de los que tan solo fueron testigos; se trata de estrechar vínculos que fueron fragmentados, de llegar a una comprensión recíproca, de identificar el dolor y buscar una estrategia para subsanarlo, de generar empatía y por ende el fortalecimiento del tejido social.”

“La meta del entendimiento, con Habermas, es acceder a un acuerdo que tiene como término una comunidad intersubjetiva de comprensión recíproca, de saber compartido, confianza mutua y coincidencia.” (Domínguez, 2013, p. 312). Desde esta perspectiva, el sentido del acuerdo en Tibacuy se encuentra íntimamente relacionado con la posibilidad de que transiten por todo el territorio esas diferentes verdades que se encuentran entrañadas en cada persona, en cada hecho particular y por supuesto, en los sentimientos y emociones generados a partir de lo acontecido. Con ello queda claro que un acuerdo concebido para toda una población y para cientos de hechos relacionados con el conflicto armado, no representa un consenso carente de contradicciones, instrumentalizado y homogenizado. Es más, un espacio para compartir las verdades con otros, permitir que ese otro ingrese a cada subjetividad y ¿por qué no?, fracture las propias miradas y así lograr una cierta unidad de conocimiento que nos aproxime a una versión totalizadora, aunque, cabe reiterar, no carente de contradicciones.

RUTAS DEL PROCESO COMUNICATIVO QUE MEDIA

Ni siquiera el mejor explorador del mundo hace viajes tan largos como aquel hombre que desciende a las profundidades de su corazón”

-Julien Green

A partir del acercamiento con la comunidad del municipio de Tibacuy se puede establecer una ruta en dos sentidos claves para el proceso de comunicación; por un lado,

el reconocimiento del papel de la comunicación intrapersonal, propio del escenario íntimo de la víctima; el discurso que como individuos se construye desde la cotidianidad frente a sus experiencias y que es expuesto en contextos locales (red íntima); con diálogos internos de naturaleza psicológica, que se caracteriza por la autoconciencia y la interacción simbólica propia del hecho victimizante que marcó cada una de las historias; cabe anotar que esto sucede de manera distinta de acuerdo con cada uno de los hechos victimizantes; es más fácil procesar la información que surge frente a hechos como el desplazamiento forzoso que ante la desaparición o el homicidio, para cada situación se entablan interacciones simbólicas íntimas diversas en las que prevalecen emociones como el dolor, el rencor, la ira, la incertidumbre, la nostalgia e indignación; pero también la esperanza, especialmente para quienes aguardan la llegada de su hijo/a, hermano/a, padre, madre u otro integrante de la comunidad que desapareció y que a pesar del tiempo sigue allí en cada uno de los espacios por los que habitó. En ese sentido, prevalece una dicotomía entre el dolor y la esperanza implícito como una constante pues el anhelo del encuentro que se abre con la posibilidad de un nuevo día se diluye y se frustra al culminar ese día.

En otro sentido aparece el escenario colectivo activado desde la investigación, que a partir del encuentro entre actores internos y externos abre posibilidades, espacios como los grupos de discusión, las estrategias mediadas por la radio como el programa *Contando Hasta diez* y el *Festival de radio viva*; aquí la comunicación media a un acercamiento entre dos mundos: la academia (estudiantes, docentes, institucionalidad educativa) y por otro lado, las experiencias, las narrativas de las víctimas, que se sintieron reconocidas en un ejercicio dialógico y de interacción, lo que permitió la apertura hacia sus experiencias, sus percepciones, sus representaciones y sentires sobre el conflicto y su posterior escenario definido por el post-acuerdo. Aquí los líderes naturales de la comunidad juegan un rol esencial, toda vez que se convierten en aquellos seres anfibios que circulan aquí y allá, tejiendo hilos, creando vasos comunicantes entre los distintos escenarios, sean estos de orden académico, institucional, político y/o las comunidades de veredas y centros poblados.

La comunicación refirma lo colectivo, y pone en común una serie de experiencias individuales que se consideraban desligadas de su propia historia, y es aquí cuando se incorporan otras miradas, y se da espacio al acto comunicativo privilegiado por la escucha y la puesta en común de narraciones de las que emergen el mismo dolor y en ese orden los diálogos internos se exteriorizan para darle sentido y razón para que lo ocurrido se conecte con otras realidades, con su propio existir, con sus vivencias psicológicas, con sus ideas de comprensión y de entendimiento.

Al hablar de comunicación necesariamente se piensa en un sistema abierto y dinámico, que esquemáticamente se puede pensar como un movimiento que va del individuo al colectivo, para, finalmente regresar al individuo, con la disposición para complejizar y comprender su circunstancia en clave de lo colectivo. No se pueden considerar componentes, resulta estratégico verlo como proceso, que se resuelve en la integralidad del ejercicio comunicativo.

En este sentido la ruta de inicio y el mismo recorrido pueden variar con el carácter y el estado de cada comunidad violentada y/o, cada víctima. Es algo así como una ruta en espiral que progresivamente va complejizándose, evolucionando a posturas de mayor integralidad y consenso. Obviamente ello implica un sistema de reglas implícito que se convierte en un escenario regulador del proceso comunicativo. Ello permite ubicar los niveles soportables de disenso, los lugares de acuerdo imprescindible y la posibilidad de garantizar la evolución del ejercicio comunicativo.

Así la comunicación fluye, pues es más fácil contar cuando se ha construido cierto grado de identidad con el otro; y hay un cambio de roles y de categorías desde lo emocional y lo comprensivo. Las historias empiezan a tener cierta afinidad; ya no se trata de mi dolor sino de un conflicto histórico influenciado por condiciones geográficas, como que Tibacuy es un corredor estratégico, que favorece la presencia de los grupos ilegales; se comienzan a entender los hechos a partir de lo que vivieron otros, y el evento deja de ser único, y pasa a una comprensión colectiva en las que se reconocen otras implicaciones mayores, incluso más allá del dolor.

El Festival de Radio Viva, por ejemplo, propicia la complicidad de un espacio comunicativo donde convergen intereses comunes; las de una audiencia motivada por el deseo de conocer la historia del conflicto armado en esta región del país, en la voces de sus protagonistas; una experiencia para algunos nueva para otros se convierte en la activación de relatos y recuerdos que permiten activar la memoria y garantizar la vigencia del conflicto como un escenario constructor de la diversidad, de la complejidad y de la colectividad.

Algo de resaltar en ese sentido es la capacidad resiliente que han tenido algunas de las víctimas del conflicto, que a pesar de la indiferencia, propia del silencio institucionalizado, que cuestiona, y muchas veces genera sentimientos de rechazo; permite el desarrollo social con la finalidad de seguir adelante y buscar otras salidas como estrategia para disminuir el dolor presente en la memoria, es esa capacidad humana que se beneficia del aprovechamiento de otros espacios de crecimiento y que se ha visto reflejado en algunos casos como el de Lida Delgado y Omar Larios, o el de Marinela, quienes han liderado propuestas sociales, amparados en la creencia de seguir cons-

truyendo una Tibacuy pujante y de la mano con la comunidad, que puede surgir del pasado a pesar de la desconfianza y que solo necesita fortalecer los lazos para entramar una nueva historia.

En eso anda el Tibacuy de hoy, organizándose desde grupos de víctimas que se piensan un nuevo territorio, este anclado a propuestas actuales, relacionadas con el cuidado del medio ambiente, con la intención de vivir de lo inefable del territorio, sus hermosas vistas, sus monumentales alturas, el cerro del Quininí, testigo de la gesta Panche, que luchó con todas sus fuerzas por no ser esclavizada en las manos de las prácticas de colonización.

Una nueva hibridación resuelta en términos creativos, neocampesinos que viene a poblar el territorio con sus maneras de gestionar el mundo, neocitadinos que han poblado sus bucólicas imágenes del pasado con proyectos del buen vivir, del bienestar, del avance hacia la sostenibilidad y la autorregulación como territorio.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los estudios culturales configuran un escenario plausible para la construcción de conocimientos locales. Su apuesta transdisciplinar y contradisciplinar favorece puntos de encuentros entre la academia, representada en este caso por la UNAD, y la comunidad, que, a través de sus distintos actores, pueden emprender transformaciones que favorezcan el tejido social, la productividad, y dé sentido a la identidad tibacuyense. La participación de docentes y estudiantes del IETAC, y también de padres y abuelos de familia son muestra de ello. Cuando se visibilizan los productos elaborados por los estudiantes, dimensiona al sujeto que se expone, y esa exposición es, de alguna manera, un desafío que tiene el municipio para emerger en muchos de los aspectos de su vida.

Es perentorio trazar una ruta de creación y producción intelectual para la visibilización del municipio en sus distintos aspectos. Su apasionante historia de resistencia panche, la mirada ancestral que aún se recrea en la conversación de los campesinos, el misticismo de sus cerros, las memorias que piden ser reales tanto aquellas imperceptibles pero que determinaron la vida que hoy vive Tibacuy, como la intervención de sus montañas que golpeó gravemente nacederos de agua y especies nativas, el conflicto armado y sus heridas que calladamente no sanan.

En términos prácticos, para la universidad, se trata de trabajar con la comunidad, particularmente las víctimas, en la definición de distintos procesos que les permitan mejorar, entre otras, su capacidad asociativa, productiva y creativa. El acompañamiento de la universidad al Colegio de Calandaima donde hoy se forman herederos de aquella violencia guerrillera, que en tiempos de pandemia funcionó a través de la red WhatsApp, permitió que los chicos fueran más expositivos, mostraran sus referentes del territorio, incursionaran tímidamente en la memoria del conflicto, y también en las prácticas orgánicas que hacían sus abuelos. Esto muestra que es posible construir escenarios de articulación con motivos como los propuestos por el proyecto de investigación del grupo Fisura de la UNAD, y para ello es necesario hacer más presencia y entablar más diálogo con las fuerzas vivas de la región, parafraseando al Dr. Ramón Martínez.

DESPLAZAMIENTO

El desplazamiento en el municipio dejó heridas en los supervivientes. La desconfianza y el resentimiento son las más profundas y son a la vez impedimento para recomponer el tejido social del municipio que, si bien tiene una vida normal de pueblo, en los diálogos se escucha la voz de la injusticia. Y este hecho es también una barrera para que se logren asociar con propósitos determinantes, y a sabiendas que es condición para recibir apoyos externos, estos se ven disminuidos al no lograr la esperada unión. Así, tejerse en confianza es un reto, y para ello, la comunicación tiene aportes claves cuando se plantea estratégicamente; contando con la transformación que protagonizaron algunas de estas víctimas por desplazamiento, se muestra que cuando se maneja con claridad los propósitos y se trabaja con determinación, la confianza va volviendo. Pero allí el Estado tiene aún tareas que hasta el momento son sordas, pues no tienen el eco de la necesidad pero que se reclaman para aprender a superar duelos y lograr apoyarse mancomunadamente. Es notoria también la necesidad de aplicar una justicia real, donde quienes fueron desplazados sientan que se les restituye sus derechos, pero esto solo llega a ser posible, cuando en conciencia las víctimas se transforman en sujetos políticamente activos y diligentes. Una tarea más en formación que puede abordar la universidad.

El destino del proceso de paz en los territorios invisibles de los que se ha venido hablando evoluciona después de las frivolidades del post-acuerdo. El por – venir descansa en los hombros de los actores locales; lo que hace visible cierta indignidad, cierto desencanto, cierta incompetencia por parte de algunos de los grandes actores insti-

tucionales con competencias directas o indirectas en el tema. Se han quedado cortos, han logrado algunos avances sectorizados e insuficientes, no han conseguido superar el conflicto e imponerse a las diferencias ancladas en la politización de los dictámenes y actuaciones.

Consecuencia de ello, el tiempo ha venido actuando como un tamiz en el que ha logrado imponerse un deseo vehemente de verdad, antes que reparación económica. La dignidad de los pueblos está en la posibilidad de conocer sus verdades para poder gestionarlas y así vincularlas a su ser histórico.

Es un camino recurrente en el que muchos actores llegan en un principio, se dicen muchas cosas, se prometen otras tantas, se crea legislación, se prometen partidas económicas, asesoramiento y muchas cosas más; pero poco a poco, estación a estación, el bus del conflicto armado se va desocupando y al final solo quedan aquellos que tienen claro cuál era su destino.

Las víctimas con su dolor, con su necesidad de elaboración, con la inquebrantable disposición a crecer en el sufrimiento se hacen actores ejemplares, resisten, se mantienen y terminan incorporando su constancia para mantener vigente el tema, en una especie de proyecto de persistencia y de constancia. Las personerías los acompañan en su intención, para ellas el vínculo con la mesa de víctimas resulta ser una función que ha venido ganando terreno en lo que se refiere a su competencia como representante y defensor de derechos fundamentales.

Cada hecho victimizante representa una circunstancia única y una lógica propia. La desaparición forzada genera un impacto característico en el círculo inmediato de familiares y amigos de la persona desaparecida. Decía el padre de un joven desaparecido, que se ha imaginado 1 027 muertes distintas para su hijo, por cada una de las noches en que no ha dormido en casa. No hay duelo, no hay muerte, pero tampoco hay alguna garantía de que el ser querido vuelva a ser parte de ese círculo del afecto de la familia y de las personas con las cuales tiene un vínculo afectivo.

Igual se genera ruptura y aislamiento en lo que se refiere al escenario social y comunicativo. Ello obedece a algunas razones, entre las que se pueden mencionar la necesidad de guardar silencio para cuidar a la víctima y no someterla a retaliaciones por hablar de más. El vínculo con la escena social también se ve afectado pues se está viviendo una experiencia inenarrable y, por ende, desvinculada del acto comunicativo, fundamental para construir vínculo social y/o red de apoyo.

FRENTE AL HOMICIDIO

El homicidio como hecho victimizante es una de las tragedias humanas más difíciles y complejas de superar, más cuando ha sido el resultado de una vulneración a todo tipo de derechos fundamentales: a la integridad, a la dignidad y a la vida misma; un dolor constante que transita en la mente y el corazón de familiares, amigos y allegados quienes ven pasar el tiempo sin encontrar respuestas a la búsqueda de verdad y de justicia. El clamor se convierte así en otra forma de morir, aquella persona que en vida reclama justicia y el derecho a conocer las razones y explicaciones, aunque no resulten válidas, del por qué asesinar y borrar de la escena social a líderes que tan solo luchaban por la defensa de los derechos de los otros, de su misma comunidad; esos que alguna vez fueron mediadores, que intervinieron y fueron protagonistas de decisiones claves para el desarrollo de su municipio. Resiliencia como la capacidad de superar el dolor, pero no eliminarlo del alma, es la actitud asumida por mujeres como doña Ana, Virginia, además de un sinnúmero de víctimas que no solo en Tibacuy sino en todo el país, han tenido que asumir para seguir adelante y tener las fuerzas necesarias para adaptarse a lo cotidiano, con la esperanza de una Tibacuy que logre entrelazar esos lazos que alguna vez los unieron, los convocó alrededor de una cerveza, de un plato de comida. Un lugar donde el miedo y el temor no vuelvan a tocar sus puertas y la confianza en el otro resurja. Las voces en silencio que reclaman reparación y justicia nunca callarán estarán allí a la espera de ser escuchados, de ser reconocidos; solo así el perdón ocupará el lugar necesario para recuperar el sentido del comunitario clave para construir tejido social.

LA COMUNICACIÓN COMO MEDIACIÓN

Narrar, ser escuchado, reconocerse en sí y a partir del otro, son aspectos importantes que se retoman del papel relevante que la comunicación desempeñó en el proceso de construcción de memoria histórica y en el acercamiento propuesto a través de los relatos de vida, a una serie de experiencias vividas por las víctimas del conflicto en el municipio de Tibacuy; y aquí retomo las palabras de Marinela Rico, una mujer líder quien encuentra significativo el poner en escena las voces de aquellos que fueron testigos y víctimas del conflicto “...parte fundamental de la construcción de esta historia son los campesinos desde sus diferentes veredas, (...) Deben ser escuchados y tenidos en cuenta. Es importante que ellos tengan la posibilidad de contar su historia, ade-

más de reivindicar ese dolor y esas condiciones difíciles que marcaron sus vidas; esas situaciones que no han tenido la oportunidad de expresar seguramente por temor o porque no existen los espacios en los cuales se nos tenga en cuenta; entonces es importante buscar todas esas miradas, todas esas visiones, todo aquello que no ha sido contado (...), y sería una construcción de un país más plural de una manera más incluyente y más extensa de ver las cosas desde la misma región, y no desde lo que se ha venido recogiendo de manera general. Hay voces que no han sido escuchadas y esas voces también son importantes en este momento de la historia...” Ello indica que la comunicación a través de los espacios radiales como el *Festival de Radio Viva* y el programa radial contando hasta 10, de Radio UNAD Virtual, se privilegian al mediar para el reconocimiento y el entendimiento de la víctima, a la que se le estigmatiza y se le niega; a la que sin pensar se excluye de la historia oficial. Contar es el ejercicio liberador y ordenador del conflicto en la región pues hay puntos de encuentro, lugares comunes que permiten identificar historias y reconocerse en ese otro actor social, que hace a la víctima menos vulnerable. Se abre paso al reconocimiento de identidades colectivas, que incluyen, legitiman y validan la presencia de un sujeto político de derechos.

REFERENCIAS

Acnur, (2004). Balance de la política pública de prevención, protección y atención al desplazamiento interno forzado en Colombia, agosto 2002–agosto 2004, Bogotá, Acnur.

Bustamante, F. (2012), Comunicación e intervención, una reflexión desde las propias prácticas. [Artículo web] En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5253291>

Centro Nacional de Memoria Histórica (Colombia). (2014). Normas y dimensiones de la desaparición forzada en Colombia. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2016), Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia, CNMH, Bogotá.

Cornejo, M., Mendoza, F., y Rojas, R. (2008). Research with Life Stories: Clues and Options of the Methodological Design. *Psykhe* (Santiago), 17(1), 29-39. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>

Defensoría del Pueblo de Colombia, (2004). Políticas públicas y desplazamiento: una reflexión desde la experiencia, Bogotá, Defensoría del Pueblo, OIM, Usaid.

Domínguez, H. (2013). Democracia deliberativa en Jürgen Habermas. [Archivo PDF] En <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/5206395.pdf>

Gili, M. L. (2010). La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado. *Revista Tefros- Vol. 8*.

GMH. (2013). ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Bogotá, Imprenta Nacional.

Gobernación de Cundinamarca. (2016). *Diagnóstico población víctima del conflicto armado departamento de Cundinamarca - Plan de Desarrollo de Cundinamarca 2016 - 2019 "Unidos Podemos Más"*. Bogotá D.C.: Gobernación de Cundinamarca.

Grossberg, L. (2017) Stuart Hall: diez lecciones para los estudios culturales. En, *Intervenciones en estudios culturales*, vol. 3, núm. 4, 2017, Enero-Junio, pp. 25-37 Pontificia Universidad Javeriana. Colombia

Guadarrama, L. (agosto - septiembre de 2004). *Don Jackson Contribuciones para Pensar en la Interacción Televisiva desde la Familia*. Obtenido de Revista Razón y Palabra: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n40/lguadarrama.html>

Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*(59), 83-97.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona: Crítica.

Kansteiner, W. (2007). Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva. *Revista de Pensamiento Contemporáneo*, N. 24, 31-43.

Klein, K. L. (2000). On the Emergence of Memory in Historical Discourse. *Representations*, No. 69, 127-150.

Naranjo, G. (2004). Ciudadanía y desplazamiento forzado en Colombia: una relación conflictiva interpretada desde la teoría del reconocimiento. *Estudios Políticos* No. 25, 137 - 160.

Pearce, W. B. (2002). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En D. F. Schnitman, *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad* (págs. 265-283). Buenos Aires: Paidós.

Política. (16 de julio de 2015). ¿Cómo se hace la exhumación de NN en los cementerios de Colombia?. El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16104297>

Prevert, Aline, Navarro Carrascal, Oscar, & Bogalska-Martin, Ewa. (2012). La discriminación social desde una perspectiva psicosociológica. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 4(1), 7-20. Recuperado em 16 de maio de 2022, de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2145-48922012000100002&lng=pt&lng=es.

Richard, N. (1998). Políticas de la memoria y técnicas de olvido En L. G. Arango, G. Restrepo y J. E. Jaramillo (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. En L. R. Arango, *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas.

Sauti (2014). *Espérame* [Grabado por J. Coy, & C. Cárdenas]. Bogotá, Colombia.

Villa, M. I. (2006). El miedo: Un eje Transversal del Éxodo y de la lucha por la ciudadanía. *Controversia, CINEP*, 11-45.

Waldman, M. (2006). La "cultura de la memoria": problemas y reflexiones. *Política y cultura*, (26), 11-34.

Worchel, S. C. (2002). *Psicología social*. México: Thomson Editores.

Zemelman, H. (2002). *Necesidad de conciencia, un modo de construir conocimiento*. Barcelona: Athropos.

Zemelman, H., & León, E. (1997). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.



UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA (UNAD)

Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia

www.unad.edu.co

